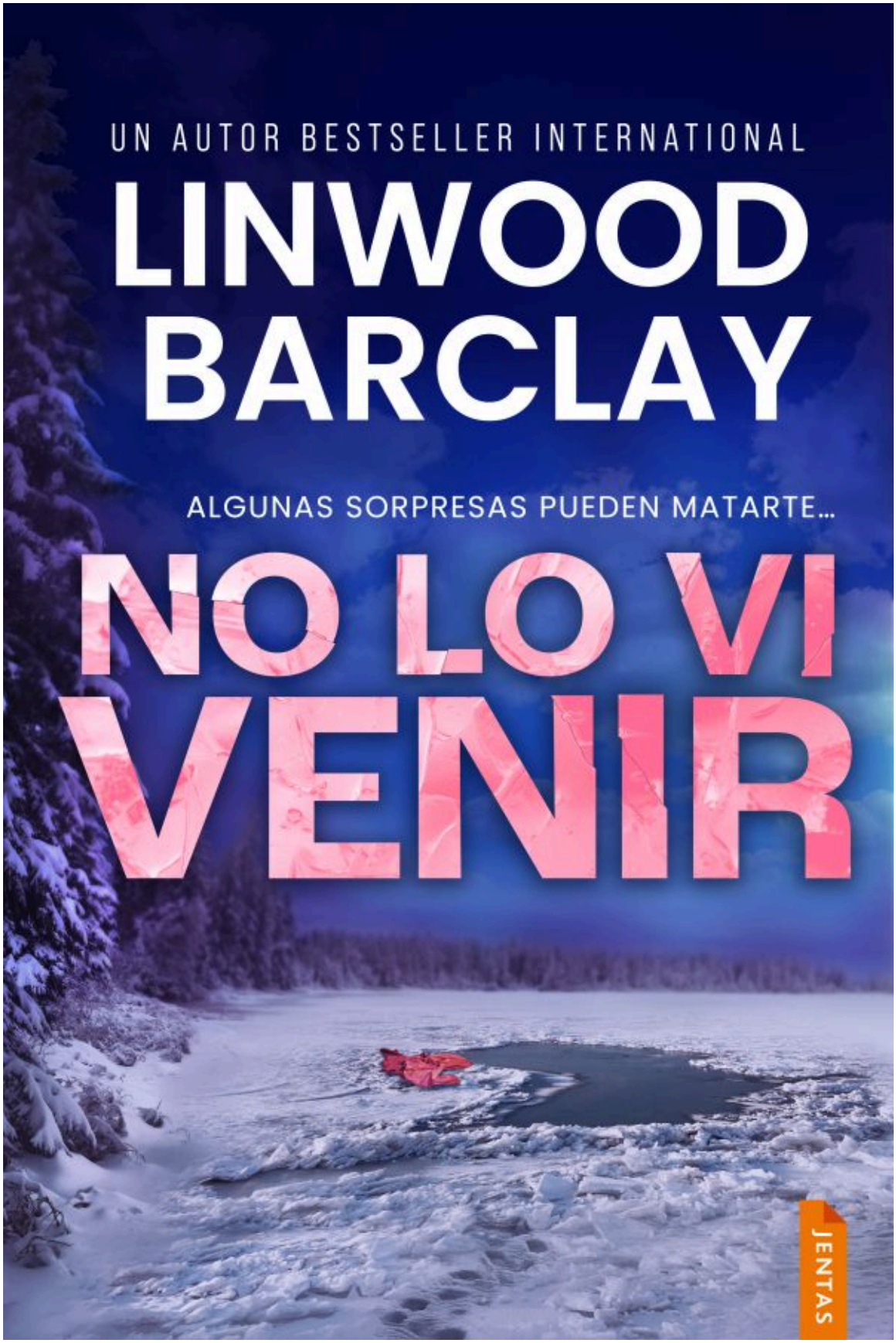

UN AUTOR BESTSELLER INTERNATIONAL
LINWOOD BARCLAY
ALGUNAS SORPRESAS PUEDEN MATARTE...
NO LO VI VENIR
JENTAS


UN AUTOR BESTSELLER INTERNATIONAL
LINWOOD BARCLAY
ALGUNAS SORPRESAS PUEDEN MATARTE...
NO LO VI VENIR
JENTAS

# No lo vi venir

Linwood Barclay
No lo vi venir

Título original: *Never Saw It Coming*
© 2011, Linwood Barclay. Reservados todos los derechos.
© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
Traducción: Enrique Barrasa © Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1400-0

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.
Published by agreement with The Marsh Agency Ltd. and The Helen Heller Agency.

# No lo vi venir

Linwood Barclay

# UNO

—Esto es ridículo —dijo Marcia Taggart—. ¿Me estás diciendo que esta mujer va a ser capaz de averiguar dónde está Justin solo sosteniendo en la mano algo suyo? ¿Es una broma? ¿Va a forjar algún tipo de *vínculo* psíquico con él acariciando uno de los muñecos de su infancia o abrazando su almohada? ¿Te crees que soy tonta?

—Marcia, por el amor de Dios —respondió su marido, Dwayn—. Si no vas a llamar a la policía, tienes que hacer *algo*. Tu hijo podría estar tirado en una zanja. Tenemos que encontrarlo.

—Sabes tan bien como yo que lo más probable es que sea eso exactamente lo que ha pasado —le espetó Marcia—. Estará borracho, drogado o se habrá liado con alguna puta, aunque lo más seguro es que hayan pasado las tres cosas. Si llamara corriendo a la policía cada vez que hace algo así, necesitaríamos una entrada más grande para que pudieran aparcar los coches patrulla que habría aquí todo el tiempo.

Keisha Ceylon se sentó y se limitó a escuchar y a observar. Dejaría que terminasen de discutir, no tenía prisa.

—Han pasado tres días, el niño nunca había pasado tanto tiempo fuera —dijo Dwayne.

—Ese es el problema —replicó Marcia, señalando con un dedo acusador a su marido—, que piensas en él como si fuera un niño. Y no es un *niño*. Tiene veintidós años y ya es hora de que aprenda a valerse por sí mismo, no a esperar limosnas de su madre. ¿Por qué crees que le he cerrado el grifo? Pues para que aprenda a ser responsable, por eso lo he hecho.

—No estoy diciendo que no lleves razón —murmuró Dwayne—, sé por lo que te ha hecho pasar, que ha sido duro criarlo sola tras la

muerte de Oscar, y sé que Justin tiene que ponerse las pilas. Es un grano en el culo maquiavélico.

Marcia le lanzó una mirada que significaba: «Solo yo puedo llamarlo así, tú no eres su padre, así que ten cuidado».

—Lo siento —se disculpó él, que había entendido a la perfección el mensaje—, pero no he dicho nada que no hayas dicho tú misma. A veces se vuelve muy difícil, pero, Marcia, que sea un irresponsable no significa que no pueda estar metido en algún lío gordo. —Señaló la ventana. Caía una ligera nevada—. Hace mucho frío. Supongamos que tienes razón, que está borracho o colocado, y que ha caído inconsciente en la nieve. Podría haber muerto congelado. ¿Es eso lo que quieres para tu propio…?

—¡Claro que no! —gritó. Le temblaba el labio inferior y le brillaban los ojos.

«Allá vamos», pensó Keisha.

—Dios mío —dijo Marcia Taggart, pasándose las manos por la cara mientras se acercaba al sofá y se sentaba. Se tapó la cara, no quería que ni su marido ni Keisha la vieran perder el control. Cogió un pañuelo de la caja que había sobre la mesita y se secó rápidamente los ojos, se sonó la nariz y se sentó muy erguida. Recuperó la compostura y adoptó una pose regia.

—Bueno —dijo—, ¿entonces qué?

Dwayne se acercó por detrás del sofá, se colocó a la espalda de su mujer y apoyó las manos con inquietud sobre sus hombros para reconfortarla, pero las tenía demasiado frías.

—Supongamos que estoy de acuerdo con lo que dices —dijo, girándose para hablar en dirección a la mano que tenía en el hombro izquierdo para indicar que dirigía esas palabras a su marido y no a la visita—, ¿por qué demonios íbamos a acudir a esta mujer en busca de ayuda?

Seguía hablando como si ella no estuviera. Keisha conocía a esa

clase de gente. Antes de dedicarse a lo que hacía en ese momento, cuando se ganaba la vida limpiando casas —trabajo que seguía haciendo cuando el dinero escaseaba—, había tenido clientes que la trataban como si fuera un mueble. Le dejaban notas con las tareas que querían que hiciera —«Limpia el polvo de la parte SUPERIOR de los ventiladores de techo, seca los fregaderos de acero inoxidable»—, aunque estuviera presente y habrían podido decírselo a la cara.

—No me dejas llamar a la policía —le recordó Dwayne.

—Ya hemos pasado por esto —le espetó ella—. Yo solo… Ya sabes cómo es el niño, de lo que es capaz —suspiró—. Supongamos que está bien, pero la razón por la que no hemos sabido nada de él es, no sé, que le ha robado el coche a alguien o ha vuelto a mangar en una tienda. Si llamamos a la policía para que lo busque, lo más seguro es que acaben acusándolo de algo cuando lo encuentren. ¿Es eso lo que quieres?

Esa vez fue a Dwayne al que le tocó suspirar. Asintió con falsa simpatía.

—Hemos llamado a todos sus amigos y hemos ido a todos los sitios donde pensábamos que podría estar. Nos estamos quedando sin opciones.

—Pero *¿ella*? —Marcia ladeó la cabeza hacia Keisha—. ¿No sería mejor un detective privado?

Dwayne rodeó el sofá y se sentó a su lado.

—Ya hemos pasado también por eso, Marcia. Cuando te sugerí que contratáramos a un detective privado, casi me arrancas la cabeza porque decías que hacen muchas preguntas, como la policía. Porque eso es lo que hacen, tienen que averiguar los hechos, tienen que desenterrarlos, tienen que hablar con mucha gente, y de esa manera es como los demás se enteran de tus asuntos, Marcia, y sé que quieres proteger a Justin, ser discreta sobre sus… errores de juicio.

Pero la señora Ceylon no trabaja de esa manera; ella *siente* cosas y podría averiguar dónde está Justin sin tener que revolverlo todo y sin hablar con nadie. —Miró a Keisha—. ¿No es así?

Ella asintió.

—Así es como trabajo. —Era la primera vez que hablaba en veinte minutos.

Marcia Taggart negó con la cabeza.

—Pero vamos a ver, Dwayne, esta mujer… De verdad, es que te crees todas las tonterías psíquicas que salen. Esta mujer…

—Me llamo Keisha —interrumpió por primera vez—, Keisha Ceylon. Suelo responder a Keisha, pero si quiere seguir refiriéndose a mí como «esta mujer», adelante.

Marcia volvió la mirada hacia ella.

—No creo que pueda hacer lo que dice.

—La mayoría de la gente piensa como usted —respondió Keisha.

—Es un disparate.

—Bueno, entonces —dijo Keisha, poniéndose de pie—, supongo que debería seguir mi camino. —Ofreció su sonrisa más sincera—. Le deseo mucho éxito en la búsqueda de su hijo.

Cuando se dirigía a la puerta, Dwayne se interpuso en su camino.

—No se vayas, espere un momento. Marcia, esta mujer, la señora Ceylon, se ha tomado la molestia de venir hasta aquí. Creo que por lo menos deberíamos escucharla.

Marcia resopló.

—¿Y cuánto nos va a costar?

Keisha se volvió para mirar a la mujer con total seguridad.

—Mis honorarios son de cinco mil dólares —consiguió decir sin inmutarse. Era una tarifa más alta de lo normal, pero por lo que le habían dicho, los Taggart podían permitírselo.

Marcia levantó las manos.

—Vaya, ya ha quedado claro, Dwayne. Creo que sabemos

exactamente lo que busca esta mujer.

—Pero, *solo* si encuentro a su hijo —añadió Keisha—. Si soy incapaz de guiarlos hasta él, entonces no me pagarán ni un centavo.

Después de ese comentario, la habitación se quedó en silencio durante varios segundos.

—A mí me parece justo —dijo Dwayne—. ¿A ti no, cariño? O sea, aunque creas que esta mujer es un fraude, ¿qué puedes perder?

Marcia Taggart se quedó pensando y, según suponía Keisha, tragándose su orgullo también. Lo suficiente como para volver a hablar.

—Siéntese, señora Ceylon.

Keisha obedeció.

—¿Y esto cómo va? ¿Apagamos las luces, sacamos una güija y empezamos a hablar en un idioma ininteligible?

—No —dijo Keisha—, solo necesito que me traigan cosas de Justin; pequeños objetos personales que sean importantes para él. También sería muy útil algún texto escrito de su puño y letra.

—Yo me encargo —se ofreció Dwayne, y salió precipitadamente de la habitación.

Se produjo un silencio incómodo entre las dos mujeres, que Marcia rompió.

—Mi marido cree que su difunta madre se comunica con él. —Puso los ojos en blanco. Quería que Keisha supiera que solo había aceptado llevar a cabo toda esa estupidez para complacer a su marido. Keisha no dijo nada—. Dice que se pone en contacto con él en sueños, que lo llama desde el más allá. —La mujer emitió otro de sus resoplidos—. Con lo tacaña que era, seguro que llama a cobro revertido.

Keisha no se rio.

—Sé que siente mucha rabia hacia su hijo, pero también percibo que lo quiere mucho.

—Vaya, lo intuye, ¿verdad?

—Sí, así es. Y sé que está muy preocupada por él.

—¿Gracias a sus poderes de médium? —preguntó Marcia con sarcasmo.

—No —respondió Keisha—, porque soy madre. Yo también tengo un hijo. —El rostro de Marcia se suavizó ligeramente—. Se llama Matthew, tiene diez años y hay días que… Pero haga lo que haga, se meta en los líos que se meta en el colegio, lo quiero. No hay nada que pueda hacer que cambie eso. Hay momentos en los que me gustaría retorcerle el pescuezo, pero lo seguiría queriendo mientras lo hacía. —Keisha sonrió—. Es una broma, claro. Lo de retorcerle el pescuezo, digo.

—No se preocupe, no tiene que disculparse —dijo Marcia—. Justin, a veces… Lo único que quiero es darle una bofetada para que entre en razón.

—Sí, lo sé.

—Desde que aprendió a andar ha sido un niño muy difícil, pero cuando llegó a la adolescencia, la cosa empeoró. Empezó a beber, a drogarse y faltar a clase. Dejé de darle dinero porque sabía que se lo iba a gastar en drogas. Pero lo más triste de todo es que es un chico muy inteligente.

—Seguro que sí —dijo Keisha.

—Me refiero a que puede hacer cualquier cosa que se proponga. Es un genio de los ordenadores y puede sumar mentalmente una columna entera de números. Le preguntas cuánto es cuatrocientos veinte por seiscientos tres y te da la respuesta sin inmutarse. Probablemente sea un genio, pero en lugar de utilizar su cerebro para hacer algo útil, siempre está buscando la forma de engañar al sistema, sacarle algo de dinero a su madre o… —señaló con la cabeza en la dirección en la que se había ido su marido— a Dwayne. Sé que le da dinero a Justin a mis espaldas. Tiene debilidad por él,

piensa que yo soy demasiado dura. Creo que la idea de convertirse en padre, aunque sea su padrastro, lo ha cegado tanto que no ve los defectos de Justin. El problema es que hay algo malo en él. A veces Justin, y sé que lo que voy a decir es algo horrible, pero a veces me da miedo. No físicamente, sino por lo que le pasa por la cabeza. Yo solo quiero… —Y entonces, sin previo aviso, las lágrimas brotaron de sus ojos y corrieron por sus mejillas—. Dios, espero que no le haya pasado nada.

Keisha se levantó de la silla y se sentó en el sofá junto a Marcia Taggart.

—Todo va a salir bien —la animó.

—Espero que valga con esto —dijo Dwayne, entrando en el salón con varios objetos en las manos.

—Póngalo todo ahí —pidió Keisha, señalando la mesa donde ya había colocado dos de sus tarjetas de visita.

Dwayne depositó los objetos con cuidado. Eran un iPod, un ejemplar de bolsillo de la novela *American Psycho*, un cheque cobrado y una figurita de plástico de una mujer exageradamente bien dotada vestida de superheroína.

Keisha los tocó, dubitativa.

—No estoy segura de… ¿Podría traerme alguna prenda de ropa? Algo que Justin use a menudo y que forme parte de su personalidad.

—Trae una de sus gorras —sugirió Marcia, y se volvió hacia Keisha. De repente, sus ojos estaban muy cansados—. ¿Servirá una gorra?

—Creo que sí. Mientras tanto, echaré un vistazo a lo que tenemos.

Marcia cogió el cheque de entre las cosas que Dwayne le había dado a Keisha y frunció el ceño. Tras sacudir la cabeza, lo dobló por la mitad y lo sostuvo en el puño. Con la otra mano cogió la figurita femenina y la escudriñó como si fuera un enigmático artefacto de una civilización alienígena.

—Justin colecciona este tipo de cosas —explicó Marcia—. Si por mí

fuera, lo tiraría todo a la basura. ¿Qué hace un hombretón de veinte años con juguetes así? Debe de tener unos quinientos. Ni siquiera sé quién se supone que es. Wonder Woman o…

—Shhh —dijo Keisha suavemente, y cerró los ojos. Manipuló el juguete unos segundos más, luego abrió los ojos y cogió el iPod—. Usa mucho esto.

—Sí.

—Puedo sentir que casi siempre lo lleva en el bolsillo de su camisa, justo al lado de su corazón —decidió.

—Bueno, supongo que mucha gente lo lleva ahí —replicó Marcia, mostrándose escéptica de nuevo—. Cuando toque los auriculares, ¿va a decir que los lleva justo al lado de su cerebro?

Keisha sonrió con pesar a la mujer.

—Creía que empezábamos a llevarnos bien.

—Lo que quiero decir es ha sido una observación bastante obvia sobre el iPod.

Keisha volvió a cerrar los ojos y recorrió con los dedos la fría superficie del dispositivo.

—Estoy viendo… ¿Justin duerme mucho?

Marcia entornó los ojos.

—No sé. O sea, a esa edad duermen mucho todos, ¿no? ¿Qué quiere decir con que si duerme mucho?

—No sé. Es que lo estoy viendo… Estoy segura de que no significa nada.

—No, ¿qué pasa? —preguntó Marcia, que parecía bastante interesada para lo desconfiada que era.

—Lo estoy viendo y tiene los ojos cerrados.

—¿Qué quiere decir con que tiene los ojos cerrados? ¿Que está dormido?

—No lo sé seguro.

—Traigo una de sus gorras —dijo Dwayne al entrar. Era una gorra

de béisbol básica, azul con visera verde y el logotipo de los Hartford Whalers en la parte delantera.

Marcia abrió el puño y le mostró el cheque a su marido.

—¿Qué es esto?

—Justin lo cobró. Su firma está en la parte de atrás —dijo Dwayne a la defensiva—. Keisha dijo que necesitaba una muestra de su letra. No se me ocurrió otra cosa. Los chicos de hoy en día lo escriben todo en ordenador.

—¿Le diste un cheque por valor de doscientos dólares a mis espaldas?

—Marcia, de verdad, no es el momento.

—Déjeme ver —dijo Keisha, y cogió el cheque de la mano de la mujer. Le dio la vuelta y pasó el dedo índice por la firma de Justin Wilcox. Wilcox era el apellido del primer marido de Marcia Taggart, el padre de Justin—. ¿Me lo puedo quedar?

Marcia se lo arrebató de las manos y arrancó todas las secciones del cheque que rodeaban la firma, incluidas las partes del anverso con el número de cuenta, y devolvió a Keisha el trozo de papel restante.

—No me parece prudente darle toda la información bancaria de mi marido.

—Por el amor de Dios… —se quejó Dwayne—. Venga, vamos a insultar a la mujer que intenta ayudarnos.

—No pasa nada —dijo Keisha con calma, metiéndose el papelito en el bolsillo de la chaqueta.

—Estaba viendo a Justin con los ojos cerrados —dijo Marcia, pasando por alto su oportunidad para disculparse—. ¿Qué significa eso?

En lugar de contestar, Keisha le quitó la gorra a Dwayne, se levantó y empezó a caminar muy despacio por la habitación.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Marcia, pero Keisha, que parecía

haber entrado en una especie de trance, no respondió.

—Déjala hacer su trabajo —pidió Dwayne.

Keisha murmuró algo con voz muy baja.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Marcia.

Levantó una mano y siguió deambulando. Entonces se detuvo bruscamente, se volvió y miró a Marcia.

—¿Significa algo para usted cica o sin cica, o algo así? ¿Tiene sentido esa palabra?

Marcia se quedó boquiabierta.

—¿Qué? No me dicen nada. No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Keisha pareció pensarlo intensamente.

—¿Podría ser «sin cicatrices»? ¿Es posible? Estoy viendo una especie de oficina. Con archivadores vacíos. Pero «sin cicatrices» no encaja. No puedo dejar de ver a Justin con los ojos cerrados. ¿Tiene Justin alguna cicatriz? ¿Puedo ver otra vez su foto?

Dwayne le había enseñado una foto de su hijastro al poco de llegar; una foto enmarcada de la graduación del instituto. Era un chico delgado, con cara larga y angulosa. Dwayne estaba a punto de cogerla de la repisa para enseñársela de nuevo cuando Marcia habló.

—Dios mío. ¿Ha dicho sin cicatrices? ¿Es eso lo que ha dicho? Eso significa algo.

Keisha dejó de mover la gorra entre sus manos.

—¿Qué?

—Era una clínica —dijo en voz baja.

—¿Una clínica?

—Hacían tratamientos con láser y cosas por el estilo.

—¿Y qué tiene que ver con su hijo, señora Taggart?

La mujer se había puesto nerviosa.

—Eran mis inquilinos. Tengo algunas propiedades, locales de

negocio para alquilar. Le alquilé un local a la Clínica Sin Cicatrices, pasando el Post Mall.

—Bueno, debo haberme equivocado, no creo que su hijo se pueda haber escondido en una clínica —comentó Keisha.

—No, pero cerraron. El local está vacío.

A Dwayne se le iluminaron los ojos. Le dirigió a Keisha una mirada de aprobación.

—Por eso acabas de ver los archivadores vacíos.

—¿Justin podría haber conseguido una llave de ese lugar? —preguntó Keisha.

—Supongo que es posible —contestó—. Un momento.

Se levantó del sofá y salió apresuradamente de la habitación.

—Tiene un despacho en casa y guarda ahí las llaves de las propiedades que tiene en alquiler —explicó Dwayne—. ¿Cree que podría estar allí? ¿Es eso lo que percibe? ¿Sale eso en su visión?

—Por favor —le advirtió Keisha—, no se haga ilusiones. Tengo pequeños *flashes*, veo cosas, pero esto podría no ser lo que…

—¡No están! —gritó Marcia desde otra parte de la casa—. ¡Las llaves no están!

* * *

Los tres se fueron en el Range Rover de Dwayne. Marcia, nerviosa, iba en el asiento del copiloto y se retorcía las manos. Dwayne accionó los limpiaparabrisas para quitar la nieve.

—¿Por qué está dormido? —seguía preguntando Marcia—. ¿Qué significa eso?

—No lo sé —murmuró Keisha desde los asientos traseros—, pero creo que deberíamos darnos prisa.

—¿No puedes ir más rápido? —preguntó Marcia.

—¡La carretera está resbaladiza! —respondió Dwayne.

—¡El coche tiene tracción a las cuatro ruedas, por el amor de Dios!

Las antiguas oficinas de Sin Cicatrices estaban en la segunda planta de un edificio de oficinas de cuatro pisos. Los tres entraron corriendo en el vestíbulo y, después de solo diez segundos esperando al ascensor, Marcia perdió la paciencia. Salió por un pasillo cercano, empujó una puerta en la que ponía «Escaleras» y las subió corriendo.

Al entrar en la segunda planta, se encontraron con la puerta de una empresa de contabilidad.

—Por aquí —ordenó Marcia mientras giraba a la izquierda; después, corrió hasta el final del pasillo y se detuvo delante de una puerta de cristal esmerilado con las palabras: «Clínica Sin Cicatrices» pintadas en negro. Alguien había escrito con rotulador «CERRADO» en una hoja de papel y lo había pegado al cristal—. No tengo la llave, no tengo la llave. ¿Cómo se supone que voy a entrar?

Dwayne intentó abrir la puerta, por si por casualidad estaba abierta, pero no hubo suerte. Inspiró hondo y se dirigió a las mujeres.

—Apartaos.

—Puede que esté equivocada —titubeó Keisha—. A lo mejor ni siquiera está dentro.

Pero Dwayne no la escuchaba. Se echó hacia atrás, levantó la pierna y le dio una patada al cristal, que cayó al suelo con un ruido ensordecedor. Unos segundos más tarde, se abrió de golpe la puerta de la oficina de contabilidad y apareció un hombre bajito y corpulento, con camisa blanca y corbata negra estrecha, que los miró alarmado.

—Pero qué demonios está… ¿Marcia?

—No pasa nada, Frank —dijo ella.

Metió la mano por hueco del cristal para abrir el pestillo. La puerta arrastró algunos cristales rotos al abrirla y entraron pisando fragmentos de cristal.

—¿Justin? —gritó Marcia.

No hubo respuesta

El lugar estaba tal cual lo había descrito Keisha: vacío. Estanterías despejadas y archivadores medio abiertos sin nada dentro. En las paredes no había fotos de paisajes ni diplomas ni nada por el estilo.

Pero en el suelo se podían ver envases de comida rápida vacíos. Una caja de *pizza,* un envase de Big Mac manchado de salsa y varias latas de cerveza vacías.

—Aquí ha estado alguien —dijo Dwayne—. Aquí ha estado viviendo alguien.

Había un vestíbulo bastante espacioso y, a continuación, un pasillo corto que daba a cuatro salas de reconocimiento. Marcia se movía en esa dirección, abriendo una puerta y luego otra; Dwayne y Keisha corrían detrás de ella.

Cuando abrió la última puerta, gritó.

—¡Ay, Dios mío!

Un segundo después, Keisha y Dwayne encontraron a Marcia de rodillas junto a Justin, que estaba tumbado en el suelo; llevaba unos vaqueros, una camiseta negra y los pies desnudos. Los zapatos y los calcetines estaban desperdigados a su lado, y su cabeza descansaba sobre un abrigo enrollado a modo de almohada.

El joven tenía los ojos cerrados.

A un palmo de su cabeza había tirado un frasco de pastillas opaco de color anaranjado. Dwayne se agachó, con una de las piernas estirada hacia atrás, y lo cogió del suelo como si estuviera sacando una pelota de golf del hoyo siete.

—Marcia —dijo—. Estas pastillas son las que te tomabas para dormir hace un año, ¿no?

—¡Justin! —exclamó ella—. ¡Despierta!

—Está lleno —comentó él—, parece que no se ha tomado ninguna.

Justin se revolvió.

—¿Pero qué…?, ¿qué está pasando?

Marcia lo estrechó entre sus brazos.

—¿Estás bien? ¿Te pasa algo?

—Estoy bien. Perdóname, lo siento mucho, mamá —dijo él, aturdido—. Lo siento muchísimo.

De repente, Dwayne vio que había algo más en el suelo. Era una hoja de papel, con algo escrito. La cogió, leyó lo que ponía y se lo dio a Keisha sin pronunciar palabra.

Decía: «Sé que te he causado mucho dolor, mamá. Quizá tu vida sea mejor a partir de ahora».

—Madre mía —susurró Keisha. Dwayne negó con la cabeza mientras miraba el bote de pastillas que tenía en la mano.

—Dios, si hubiéramos llegado unos minutos más tarde… —susurró.

—Justin, escúchame —dijo Marcia—. ¿Te has tomado algo? ¿Has tomado alguna pastilla?

—No, no, yo solo… solo me he bebido unas cervezas, nada más. Iba a tomármelas más tarde, a lo mejor. No sé. No sé lo que iba a hacer. Si te he asustado, lo siento mucho.

Marcia se aferró a él y empezó a sollozar mientras Justin le acariciaba la cabeza.

—Esta misma tarde recibirás tu dinero —le dijo Dwayne a Keisha; se arrodilló junto a su mujer y la abrazó, a ella y a su hijastro.

Keisha Ceylon sonrió de forma modesta.

Justin abrazó con debilidad a su madre y a su padrastro. Tenía la cara hundida en el cuello de su madre y los ojos cerrados, pero de repente los abrió, los fijó en Keisha y le guiñó un ojo.

Y Keisha le devolvió el guiño.

# DOS

Ellie Garfield estaba soñando que ya estaba muerta. Pero de repente, justo antes de que el sueño se hiciera realidad, abrió los ojos.

Aunque le quedaban muy pocas fuerzas, intentó moverse, pero estaba atrapada, atada de algún modo. Muy lentamente, levantó una mano ensangrentada de su regazo y tocó con los dedos la cinta que le cruzaba el pecho y sintió su textura familiar, su suavidad. Era un cinturón de seguridad.

Estaba en un coche. Estaba sentada en el asiento delantero de un coche.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que era su propio coche. Pero ella no estaba al volante. Estaba en el asiento del copiloto con el cinturón abrochado.

Parpadeó un par de veces, pensando que debía de tener algún problema de visión porque no distinguía nada más al otro lado del parabrisas. No había nada en el exterior. Ni carretera ni edificios ni farolas.

Entonces cayó en la cuenta de que no tenía ningún problema en los ojos.

La realidad era que no había nada fuera. Solo estrellas.

Podía verlas titilar en el cielo. Era una noche preciosa, si pasaba por alto que se estaba desangrando.

Le costaba mantener la cabeza erguida, pero con las fuerzas que aún le quedaban miró a su alrededor. Al percibir la oscuridad y lo extraño que era el entorno, se preguntó si ya estaría muerta. A lo mejor estaba en el cielo. Se respiraba paz y todo era tan blanco… Había una minúscula luna en el cielo despejado que iluminaba un

paisaje totalmente llano y que parecía no tener fin. Se le ocurrió que se asemejaba más a un paisaje lunar que a uno de la Tierra.

¿El coche estaba aparcado en un campo nevado? Creyó distinguir algo a lo lejos, un borde oscuro y desigual que recorría en línea recta la parte superior de la blancura. ¿Árboles, tal vez? La línea gruesa y negra, casi tenía el aspecto de… de una costa.

—¿Qué? —susurró para sí misma.

Poco a poco, empezó a comprender dónde se encontraba. No, no lo comprendía. Se daba cuenta de dónde estaba, pero no lo entendía.

Estaba en el hielo.

El coche estaba en un estanque helado. O a lo mejor era un lago. Y parecía que bastante adentro.

—No, no, no, no —se dijo a sí misma mientras se esforzaba por pensar. Era la primera semana de enero. El invierno había tardado en llegar y las temperaturas no habían empezado a descender hasta una o dos semanas antes, justo después de Navidad, y aunque podía haber hecho el frío suficiente para que el lago se congelara, desde luego no había hecho el frío suficiente para que el hielo fuera lo bastante grueso como para soportar el peso de un…

*Crac.*

Sintió que la parte delantera del coche se hundía un poco. Probablemente, no más de tres centímetros. Eso tendría sentido, ya que el coche pesaba más en la parte delantera, donde estaba el motor.

Tenía que salir. Si el hielo había conseguido soportar algo tan pesado como un coche durante tanto tiempo, seguro que aguantaría su peso si conseguía salir. Y luego caminaría en la dirección que la llevara a la orilla más cercana.

Si podía andar…

Se tocó la barriga con la mano y notó que estaba caliente y húmeda. ¿Cuántas veces la habían apuñalado? Eso era lo que había

pasado, ¿no? Recordó haber visto el cuchillo, la luz reflejada en la hoja, y luego…

La habían apuñalado dos veces, de eso estaba bastante segura. Recordaba haber mirado hacia abajo y ver con incredulidad cómo se le clavaba el cuchillo la primera vez, y luego verlo salir, con la hoja carmesí. Pero solo estuvo fuera de su cuerpo un instante antes de que rompiera su piel y se clavara por segunda vez.

Después de eso, todo se volvió negro.

«Como si estuviera muerta».

Aunque no lo estaba.

Debía de tener un pulso tan débil que pasó desapercibido cuando la metieron en el coche, le pusieron el cinturón y la llevaron hasta el centro del lago, donde alguien debió de pensar que el coche enseguida rompería el hielo y se hundiría hasta el fondo.

Un coche con un cuerpo dentro, abandonado cerca de la orilla de un lago, podía encontrarlo alguien.

Pero un coche con un cadáver dentro hundido en el fondo de un lago, ¿qué probabilidades había de que alguien lo encontrara?

Tenía que sacar fuerzas de flaqueza. Tenía que salir de ese coche inmediatamente, antes de que se hundiera más. ¿Tenía el móvil? Si pudiera pedir ayuda, podrían rescatarla en el hielo y no tendría que andar todo el camino de regreso a…

*Crac.*

El coche se hundió hacia delante. Tal y como estaba, inclinado, a través del parabrisas solo veía hielo cubierto de nieve en lugar de la costa. La luna arrojaba luz suficiente para que pudiera ver el interior del coche. ¿Dónde estaba su bolso? Tenía que encontrar su bolso. Guardaba el móvil en el bolso.

El bolso no estaba.

No había forma de pedir ayuda. No había forma de conseguir que

alguien fuera a rescatarla. Por lo que era crucial que saliera del coche.

«¡Inmediatamente!».

Se llevó la mano al costado, buscando el botón del cinturón de seguridad. Lo encontró y lo presionó fuertemente con el pulgar. La cinta comenzó a soltarse del regazo y el hombro comenzó a retraerse, pero se quedó enganchada brevemente en su brazo. Lo sacó y el cinturón se hundió en el hueco que había entre las puertas delantera y trasera.

*Crac.*

Alargó la mano hacia la manija de la puerta y tiró. La puerta solo se abrió ligeramente. Lo suficiente para que el agua helada se precipitara alrededor de sus pies.

—No, no —susurró.

«Está muy fría. Tremendamente fría».

A medida que entraba el agua, el coche se iba inclinando más, y su trayectoria se hacía cada vez más evidente. Con las manos apoyadas en el salpicadero, se preparó para que el mundo empezara a deslizarse hacia abajo. Apartó la mano derecha para empujar la puerta, pero no consiguió que se abriera más. La zona inferior de parte delantera estaba atascada en el hielo.

—Por favor, no.

El último crujido que oyó fue el más fuerte, resonó en el lago como si fuera un trueno.

Se hundió la parte delantera del coche. Empezó a entrar más agua. En unos segundos ya le llegaba más arriba de las rodillas. Luego hasta la cintura. El parabrisas se volvió negro.

En solo unos segundos, el agua le llegaba al cuello.

El intenso dolor en los lugares donde había penetrado el cuchillo remitió. El entumecimiento se extendió por todo su cuerpo.

Todo se volvió muy negro, y muy frío, y luego, de un modo

extraño, muy tranquilo.

Sus últimos pensamientos fueron para su hija y para el nieto al que no llegaría a conocer.

—Melissa —susurró.

Y entonces, el coche desapareció.

# TRES

La cuestión era que Keisha normalmente trabajaba sola, aunque a veces su novio Kirk estaba pendiente para contestar una llamada si era necesario, como referencia para un posible cliente escéptico. Pero aparte de eso, le gustaba manejar el cotarro. La única forma de controlarlo todo era ocuparse ella sola de todos los detalles.

Meter a otra persona en el tinglado, sobre todo a alguien sin mucha experiencia, era bastante arriesgado. Pero últimamente andaban mal de dinero, ya que Kirk tenía poco trabajo y el coche de Keisha necesitaba neumáticos nuevos —llevaba varios meses con tres desgastados— y a Matthew tenían que sacarle un par de muelas. Así que Keisha no podía permitirse el lujo de andarse con tonterías y, además, supuso que Justin Wilcox tenía tanto que perder como ella —quizá incluso más— si metía la pata en la estafa a su madre y a su padrastro.

Tuvo que admitir que el chico era bueno. No solo lo había planeado todo, sino que también había cumplido su parte sin problemas. Había oído hablar de Keisha a uno de sus antiguos profesores de Inglés del instituto, Terry Archer, a quien había convencido para que le contara a la clase algunos detalles de lo que le había ocurrido a su mujer, Cynthia, cuya familia había desaparecido cuando ella solo tenía catorce años y no se había sabido nada del asunto durante veinticinco años.

Fue una gran noticia en su momento, cuando descubrieron lo que había ocurrido realmente. La historia salió incluso en la CNN. Archer les había dicho a sus alumnos que un incidente como aquel hacía que apareciese todo tipo de gente, lo que lo llevó a contar lo de la vidente de Milford que decía saber lo que le había pasado a la

familia de Cynthia. Se dedicaba a ver las noticias para buscar a personas desesperadas por obtener información sobre sus seres queridos desaparecidos y luego se presentaba ante ellos y se ofrecía a ayudar a reunirlos a todos de nuevo. Una vez que hubieran pagado mil pavos, claro.

Keisha recordaba a Terry Archer perfectamente. Habría sido difícil olvidarlo. No le había gustado ni un pelo, ni tampoco su mujer. Ni durante la primera visita de Keisha a los Archer, en los estudios de televisión, donde iban a hacer un reportaje sobre los asombrosos poderes de Keisha, ni en su segunda visita, en casa de los Archer, cuando la echaron literalmente a la calle.

«Tú intenta ayudar a la gente, que te saldrá el tiro por la culata».

A Justin se le había quedado grabada la experiencia de Archer, aunque ya habían pasado cuatro años desde que la había escuchado. Resultó que a su nuevo padrastro, Dwayne, le encantaban esas cosas. Estaba seguro de que algunas personas poseían de verdad ese don, percibir cosas que otros no podían. Incluso veía reposiciones de *Entre fantasmas*, cosa que sacaba de quicio a su madre. Marcia dijo que ella también podría conseguir que los muertos se comunicaran con ella si se paseara siempre por ahí con vestidos superescotados como Jennifer Love Como se llame.

—Nuestro conocimiento —le había dicho Dwayne a su mujer— no entiende ciertas cosas.

Justin le dijo a Keisha que ese fue el momento en el que empezó a rondarle la idea en la cabeza. Pero lo que le dio el empujón definitivo fue que su madre le cerró el grifo. Ella solía darle, así porque sí, cincuenta dólares a la semana, sin hacer preguntas, pero ¿para qué daba eso? Con cincuenta dólares no podía ni salir una noche por la cuidad. ¿Cómo iba a comprarse una cerveza, algo de hierba o tal vez algo un poco más fuerte, y encima algo de comer? Intentó explicarle a su madre, sin mencionar la cerveza y la hierba,

que cincuenta pavos a lo mejor eran el sueldo de un año cuando ella era una niña que iba de un lado a otro en una antigualla con ruedas, pero que en esos tiempos ni siquiera se podía llenar ni medio depósito con eso.

—Pues búscate un trabajo —le dijo Marcia.

Así que iba a jugar a eso…

Durante un tiempo, se las apañó para sacarle cien por aquí, cien por allá. Una vez le dijo que se estaba pensando volver a estudiar, lo que hizo sonreír a su madre. Había dejado la Universidad de Connecticut después del primer semestre. La fiesta estaba bien, pero lo de ir a clase era muy molesto. Le dijo que había recuperado el sentido común y que estaba pensando en matricularse en una escuela de negocios de Manhattan. Le interesaban varias cosas. Ya era hora de que aprendiese algo *práctico*, no esas pamplinas que enseñaban en la universidad. Eso era justo lo que quería escuchar su madre. Así que necesitaba dinero para el billete de tren, los taxis, y a lo mejor tenía que quedarse a dormir una noche. Ella le dio cuatrocientos dólares. Así, sin más. Nunca se subió al tren, pero sí que fue a una fiesta fabulosa en New Haven y se desmayó en el piso de un amigo que iba a Yale. En otra ocasión, después de contarle a su madre que al final había decidido no estudiar más y que iba a buscar trabajo, le dijo que necesitaba ropa nueva para las entrevistas. Se guardó el dinero que le dio, pero robó algunas cosas en un Gap para tener pruebas de que había ido de compras.

Marcia le pidió que se pusiera la ropa nueva para ver cómo le quedaba. Cuando se la puso se dio cuenta de que todo lo que había robado era talla S, cuando él llevaba la L porque medía un metro ochenta. «No pasa nada», dijo su madre, y le pidió el *ticket* para cambiar las prendas la próxima vez que fuera al centro comercial.

«No te molestes —dijo Justin—. Iré yo».

Pero ella insistió.

«He perdido el *ticket*», insistió Justin.

No hacía falta ser Sherlock Holmes para darse cuenta de lo que había hecho. Fue entonces cuando ella le cerró el grifo por completo. Incluidos los cincuenta pavos.

Cero ingresos.

No tenía ningún reparo en robar alguna cosilla en Gap, pero no iba a ponerse a atracar bancos. Eso ya era demasiado arriesgado. Justin necesitaba encontrar la forma de sacarles dinero a su madre y a su padrastro, porque cuando estafabas a tu familia, no era robar, pero había que ser creativo.

Fue entonces cuando se puso en contacto con Keisha Ceylon y le propuso un plan. Era bastante sencillo.

—Desaparezco. Te llaman. Me encuentras. Te pagan. Nos lo repartimos.

Keisha vio pegas por todas partes.

—Supongamos que no quieren contratarme, que aparezco y me cierran la puerta en las narices.

—Tú no vas a llamarlos. Te llamarán ellos a ti. Mejor dicho, te llamará Dwayne, el nuevo marido de mi madre. Verás, mi madre no va a tener prisa por llamar a la policía, porque pensará que no he vuelto a casa porque he hecho algo horrible, como robar un DVD en Best Buy, romper la ventanilla de un coche de policía o arrancarle la cabeza de un mordisco a una ardilla. Si llama a la policía y me encuentran, tendré más problemas, y eso sería peor para ella. —Hizo una mueca—. Pero a Dwayne le interesa mucho la chorrada esa a la que te dedicas, sin ánimo de ofender. Keisha no dijo nada y Justin continuó—: Plantaré la semilla. La próxima vez que estemos viendo *Entre fantasmas*, le diré: «Oye, aquí en Milford hay una señora que se dedica a eso». Y le contaré que mi profesor nos habló de ti.

—Terry Archer.

—Sí.

—No es que hable precisamente bien de mí en mi página web. —La verdad era que todas las opiniones que había en su página web eran inventadas.

—Eso no se lo voy a decir a Dwayne, pero le enviaré un enlace a la página web para que sepa cómo encontrarte cuando yo desaparezca. Quién sabe, a lo mejor te llama antes de que hagamos nada. Porque dice que a veces le habla su madre muerta. Es un tío bastante simpático, pero está un poco chiflado. ¿Tú crees en esas cosas? ¿Que es posible contactar con los muertos y hablar con ellos?

Sabía que no tenía mucho sentido mentirle al chico, pero le costaba admitir abiertamente que todo lo que hacía era un fraude.

—Pues…

Justin hizo una mueca.

—Sí, yo también pienso lo mismo. De todos modos, cuando desaparezca, Dwayne se acordará del enlace.

Keisha negó con la cabeza.

—Puede que no muerda el anzuelo. A lo mejor no me llama.

—Bueno, creo que te equivocas, pero en el peor de los casos me tocaría volver a casa y pensar en otra forma de sacarles dinero. Pero si cae en la trampa y te llama, mándame un mensaje para que sepa que el plan está en marcha. No, espera, esa mierda queda registrada. Me comunicaré contigo desde una cabina.

Ella se lo pensó.

—Hay otro problema.

—¿Cuál?

—Que no vamos a sacar suficiente dinero. Yo suelo cobrar mil dólares y esto me va a dar muchos problemas por la mitad del dinero.

Justin le dirigió una sonrisa de lástima.

—Te conformas con muy poco. Tanto Dwayne como mi madre

tienen dinero. Se sentirían insultados si les sacases solo mil pavos. Podrías pedirles por lo menos cinco mil.

Si se repartía el dinero al cincuenta por ciento con el chico, le quedarían dos mil quinientos, libres de impuestos, ya que por supuesto se trataría de dinero negro. Al fin y al cabo, no sería una cantidad desdeñable para un día de trabajo. Era difícil decir que no a un trabajo tan sencillo, aunque tuviera que contar con un socio. Y no todos los días se le presentaba la ocasión de ofrecer sus talentos especiales a familias con parientes desaparecidos.

Había que ganarse la vida de alguna manera. Si no se le ocurría algo pronto, tendría que volver a limpiar casas, y no quería tener que aguantar a esas estúpidas amas de casa forradas de Darien que tenían un ataque al corazón si llegaban a casa y se encontraban un Cheerio húmedo en el fregadero.

Quizá fuera por la crisis, pero últimamente Keisha había tenido menos clientes en muchos de los servicios que ofrecía. Leía las palmas de las manos, adivinaba el futuro, organizaba sesiones de espiritismo… Y también podía añadir un poco de astrología si era eso lo que les gustaba. La realidad era que, mientras tuvieras imaginación, el trabajo estaba chupado. Lo único que había que hacer era inventárselo todo.

Unos años antes, Keisha limpiaba en casa de una mujer —no una de esas amas de casa de Darien, sino una señora muy agradable— que había trabajado en la redacción de un periódico del oeste. Se perdieron en el correo las predicciones de tres semanas de la sección de astrología, así que se las inventó ella misma. «Coge el segundo autobús, no el primero. Hoy es un buen día para invertir en amistad. Un simple acto de bondad te proporcionará grandes recompensas». Nada complicado, la verdad. Incluso hubo gente que llamó al periódico para decir que las últimas predicciones del

horóscopo habían dado en el clavo. Keisha pensó que, si esa señora podía hacerlo, ¿por qué no iba a poder ella?

Al menos Keisha tenía algunos clientes fijos, como Penny, una señora de ochenta y dos años totalmente pirada a la que Keisha iba a visitar todas las semanas para que pudiera hablar con el bebé que no tuvo porque abortó cuando tenía diecisiete años. Le daba cien dólares cada vez que iba solo porque Keisha le decía justo lo que quería oír.

—Tu hija nonata te perdona e incluso está agradecida. No querría haber venido a la vida en este mundo.

También estaba Chad, un gay que regentaba una tienda de alimentos saludables en Bridgeport y que le pedía que le leyera la palma de la mano cada vez que iba a empezar una nueva relación, lo que ocurría bastante a menudo. O Gail, una clienta rica que la llamaba muy a menudo y que creía que en una vida anterior había sido una reina egipcia, la esposa de Abraham Lincoln, Mary Todd o Juana de Arco. Pedía cita cada dos semanas como mínimo y serían más si Jerry, su marido, no les hubiera puesto límite a sus excéntricos gastos.

Aun así, apenas le llegaba el dinero para pagar las facturas, sobre todo porque su novio, Kirk, que vivía con ella, no podía trabajar mucho ya que se había aplastado el pie con un bloque de hormigón cinco meses antes, cuando trabajaba a tiempo parcial en Garber Contracting. El pie estaba casi curado. Kirk ya no cojeaba tanto, excepto cuando quería librarse de hacer algo, como sacar la basura o despejar el camino de entrada cuando había nieve suficiente para que Keisha se quedara atascada.

No siempre había sido así.

Vale, tenía que admitirlo, nunca había sido un genio. No era el más listo de la clase. No entendía muchos chistes, a menos que tuvieran que ver con tetas, y una vez preguntó cómo sacaban los huesos de

las alitas de pollo deshuesadas. Pero Kirk le pareció un buen tipo cuando lo había conocido trece meses antes. Salía de casa de Penny después de decirle que su hija nonata, de haber vivido y llegado a la edad adulta, habría acabado muy infelizmente casada, cuando vio que la rueda delantera derecha de su coche estaba pinchada. Nunca había pinchado una rueda. Le habían robado el coche antes, pero nunca había tenido un pinchazo. Keisha no sabía si había rueda de repuesto en el maletero y, aunque la hubiera, no tenía ni idea de cómo cambiarla. Se quedó mirando aquel neumático como solía hacer con las fórmulas garabateadas en la pizarra en la clase de Química del instituto. Para ella era como si estuviese escrito en sánscrito.

No tenía dinero para llamar a una grúa. Bueno, tenía los cien dólares que le había dado Penny, pero los necesitaba para hacer la compra y para el alquiler, que ya iba retrasada con el pago. Probablemente por eso empezó a llorar.

Al otro lado de la calle, había unos obreros sustituyendo un porche podrido en una de las casas centenarias de Milford. Uno de los trabajadores, que cortaba unas tablas para el entarimado, se dio cuenta de la difícil situación de Keisha, quitó el dedo del gatillo de la sierra y se acercó.

Dijo que se llamaba Kirk Nicholson.

Kirk miró en el maletero y no encontró ninguna rueda. Pero había un gato, que usó para quitar la rueda pinchada. Dijo que seguro que su jefe, Glen, que era un buen tipo, le dejaría tomarse antes el descanso para comer. Llevarían la rueda pinchada a una tienda de Firestone que había cerca en su Ford F-150 del 2003 —a Keisha le sorprendió lo inmaculado que lo tenía para ser un vehículo de trabajo— para que le cambiaran el neumático. Conocía a un tío que trabajaba allí y seguro que le hacían precio de mayorista. No tardarían mucho. Luego volverían y pondría la rueda.

Así fue como ocurrió.

Mientras esperaban en la tienda de Firestone, Keisha se enteró de que la madre de Kirk, que lo había criado sola, había muerto recientemente de un ataque al corazón. No tenía hermanos. Le dijo que Glen, el hombre para el que trabajaba, había perdido a su esposa, Sheila, en un grave accidente y que estaba criando a su hija él solo. Luego le habló de su camioneta, de que la había conseguido a buen precio, que él mismo le había hecho varias reparaciones y de que estaba ahorrando para comprarse unas llantas de alta gama.

Keisha estaba más interesada en saber si salía con alguien y le preguntó algo muy ingenioso.

—¿A tu novia le gusta la camioneta? —Y él dijo que en ese momento no salía con nadie. Fue paciente y cortés, y no se le insinuó ni una sola vez. Cuando terminó de poner la rueda y guardó el gato en el maletero, Keisha le dijo que lo invitaba a cenar en su casa.

Esa misma noche.

Él respondió: «Sí, vale».

Incluso pareció que a Kirk le había caído bien Matthew, que por aquel entonces tenía nueve años, y que comió con ellos los espaguetis con albóndigas que había preparado Keisha. Llevó al niño a dar una vuelta en su camioneta e incluso dejó que le enseñara lo bueno que era jugando a *Mario Bros*. Cuando Mathew se fue a la cama a las diez, Keisha sacó dos cervezas y ella y Kirk se sentaron en el sofá a ver la serie esa en la que actuaba Charlie Sheen antes de que lo echaran por volverse loco.

—Se duerme muy rápido —dijo Keisha—. Y duerme profundamente.

Kirk no era tan tonto como para no entender lo que quería decir. Esa noche empezó a quedarse a dormir. Al cabo de un mes, había dejado su apartamento para mudarse con Keisha y Matthew.

Todo era perfecto. Al principio. Era tan agradable tener un hombre en casa, sentir a alguien a tu lado en la cama, chocarse en la cocina, acurrucarse en el sofá para ver la tele… Keisha seguía esperando a que él le diera su parte del alquiler. Ni siquiera quería la mitad. Después de todo, ella tenía a Matthew. Solo quería un tercio.

Por fin, después de un mes y medio, se atrevió a preguntarle.

—Hay poco trabajo —dijo—. Esta semana Glen solo me ha necesitado dos días. ¿Y no os invité al Burger King el viernes por la noche? Hasta le pagué un postre al cabroncete.

Era la primera vez que se refería así a su hijo.

Si hasta un día, cuatro meses después de que Kirk se hubiera mudado y sin haber pagado nada de alquiler, cuando Keisha llegó a casa se encontró en el salón un juego de cuatro llantas de aluminio para su Ford F-150, por el amor de Dios.

—Se acerca el invierno —explicó—, así que no tiene sentido ponerlas en la camioneta ahora, y tú no tienes garaje, así que las dejaré aquí hasta primavera. Voy a comprar una estantería en el Ikea de New Haven y las pondré ahí, al lado del televisor.

Poco después se hizo daño en un pie.

Aunque llevaba las botas de seguridad, cuando el bloque de hormigón le cayó sobre el pie derecho le rompió un par de huesos. Kirk tuvo que dejar el trabajo y reposar mientras se recuperaba. Su mayor defecto hasta ese momento había sido lo tacaño que era, pero esos últimos meses se había vuelto cada vez más…, como decirlo…, mezquino. Si Keisha no le compraba suficiente cerveza, se quejaba. ¿Cómo se podía haber olvidado de comprarle Oreos? Que cuánto había ganado leyendo las palmas y adivinando el futuro esa semana, porque él quería su parte. ¿Y el niño? «¿Podría bajar un poco el tono? ¿Es que siempre tiene que estar gritando, corriendo y despertándome cuando intento echarme una siesta? Y si toca mi coche una vez más, te juro por Dios…».

Keisha, la reina de las estafas paranormales, había sido engañada. La había camelado. Se la había colado por toda la escuadra. Kirk la había hecho creer que era el hombre de sus sueños, pero resultó ser un ancla alrededor de su cuello.

Así que, en resumidas cuentas, Keisha necesitaba dinero. Si no podía echar a Kirk de su casa, necesitaría dinero suficiente para mudarse con Matthew a otro sitio. La estafa de Justin Wilcox presentaba una oportunidad que ella estaba dispuesta a aprovechar, aunque había algo en ese chico que le daba escalofríos.

—¿Seguro que puedes hacerlo? —le preguntó a Justin.

—Hice teatro —dijo—, es pan comido. Lo tengo todo pensado. Le he estado dando vueltas a que, si sacamos esto adelante, a lo mejor podemos hacer otras cosas juntos. Seguro que muchas veces necesitas un cómplice, ¿no? ¿Alguien que te ayude a que el cliente caiga en la trampa? ¿Un cebo? ¿No es así como lo llamáis?

—Lo que quieres hacer con tus padres es algo que solo se puede hacer una vez —le advirtió Keisha—. Cuando te gastes todo el dinero vas a tener que encontrar otra manera de ganar más, y yo no voy a formar parte de ello.

—Lo que tú digas —dijo Justin—, pero dime una cosa.

—¿Qué?

—Otras veces, cuando vas a ver a la gente y les dices que tienes una visión sobre lo que le ha pasado a un ser querido, ¿no se enfadan cuando resulta que estás equivocada?

—¿Quién ha dicho que me equivoque?

—Venga, estamos solos.

—En lo que cuento a mis clientes, siempre hay algo que conecta de alguna manera. Muchas veces doy en el clavo con algo que es verdad.

—Aunque sea inútil para encontrar a la persona que buscan —replicó, sonriendo.

—Lo que le doy a todo el mundo, durante más o menos tiempo, es esperanza —dijo Keisha a la defensiva.

—Sí, claro —sonrió Justin—, ¿pero sabes la tremenda ventaja de lo que vamos a hacer? Que esta vez tendrás razón. Vas a saber exactamente dónde estoy. Eso va a quedar muy bien en tu currículum. Puedes usarme como referencia.

* * *

El trabajo había quedado atrás.

Había pasado una semana desde que Keisha había guiado a Marcia y Dwayne Taggart hasta el escondite de Justin en aquellas oficinas desiertas. Dwayne, como ella le había pedido, le había pagado en efectivo ese mismo día. Había cogido la mitad de Justin y la había metido en una bolsa con abrefácil, había metido esa bolsa con dinero en un táper pequeño, le había echado salsa de espagueti alrededor y lo había metido en el congelador para que Kirk no lo encontrara. Él nunca cocinaba, así que no había peligro. En cuanto a su parte, le había mentido a Kirk, diciéndole que sólo había ganado mil dólares y él le había exigido la mitad. Los dos mil restantes los había metido en una caja de tampones que había debajo del lavabo.

Justin le había dicho que probablemente no iría a por su dinero hasta después de unos días. Sabía que su madre querría que viera a «alguien» y que no lo perdería de vista durante un tiempo. Por culpa de los somníferos y de la nota que le había escrito, tenía mucho miedo de que Justin se hiciera daño a sí mismo.

Pero tarde o temprano, escaparía. Planeaba recuperarse rápidamente, psicológicamente hablando. Le diría al psiquiatra de turno lo que fuera necesario para que pensara que solo había sido un desliz, que tenía toda la razón del mundo, que todo había sido provocado por su problemática relación con su madre —pensaba culpabilizarla todo lo posible—, pero que habían arreglado las cosas,

que estaba mejor que nunca, que no volvería a hacer nada parecido, y, ya que estaba allí, si le podría dar una muestra de algún medicamento divertido.

Así que cuando sonó el timbre esa mañana, siete días después, Keisha no se sorprendió al ver a Justin en su puerta.

Estaba preparándole el desayuno a Matthew, con la tele de la cocina encendida con el volumen bajo. Kirk estaba durmiendo. La última vez que le habían despertado demasiado pronto había entrado cojeando en la cocina como un oso con la pata atrapada en una trampa y había tirado un vaso contra la pared. Le había dado un susto de muerte a Matthew.

Así que Keisha intentaba no hacer ruido tan temprano, pero le gustaba saber lo que estaba pasando en el mundo, por lo que la televisión estaba encendida.

—Date prisa —le dijo a Matthew—, vas a llegar tarde al colegio.

Él le dio un bocado a su desayuno, que consistía en una tostada untada con mantequilla de cacahuete.

—¿Has oído lo que he dicho? —le preguntó.

—No tengo hambre —dijo.

Keisha había notado que últimamente estaba bastante decaído. Estaba callado, retraído y pasaba mucho tiempo en su habitación.

—¿Tienes idea de por qué está tan deprimido? —le había preguntado a Kirk.

—No sé qué le pasa al cabroncete. Solo está de mal humor —había respondido Kirk, que estaba en el salón limpiando el polvo de las llantas.

Pero Keisha creía que era algo más.

—¿Te pasa algo? —le había preguntado ese mismo día durante el desayuno. —Matthew negó con la cabeza—. ¿Ha ocurrido algo en el colegio?

—Todo va bien —dijo—. ¿Es que no me he portado bien

últimamente? ¿He hecho algo malo?

No tuvo ni que pensarlo.

—Te has portado muy bien.

—Entonces, no veo dónde está el problema.

—Se me ha ocurrido que, a lo mejor hoy, después de clase, podríamos ir al centro comercial Post para comprarte unos zapatos nuevos.

—Me tengo que ir —respondió; dejó la tostada sobre la mesa y se dirigió al baño para lavarse los dientes.

Keisha suspiró y miró la televisión.

«Hasta ahora, el invierno ha sido bastante suave, no ha hecho demasiado frío, pero eso va a cambiar a partir de mañana y durante todo el fin de semana, ya que las temperaturas van a descender por debajo de cero grados. Y un aviso: aunque va a hacer más frío, deben mantenerse alejados de estanques y lagos pequeños, porque el hielo aún no es lo bastante grueso y…».

Sonó el timbre.

Keisha salió de la cocina y se dirigió a la puerta principal. Allí de pie, escribiendo en su móvil, estaba Justin. Su padrastro, Dwayne, estaba dentro de su Range Rover, aparcado en la acera con el motor en marcha para mantener el calor. La saludó con la mano.

—Le dije a Dwayne que quería venir a darte las gracias —dijo Justin, intercalando la mirada entre su teléfono y Keisha—. Estoy hablando con mis amigos —explicó.

—Entra —pidió Keisha, y le hizo un gesto para que la siguiera a la cocina— y habla en voz baja. Mi novio está dormido.

Justin asintió, echó un vistazo al salón al entrar y sus ojos se detuvieron brevemente en las cuatro llantas de aluminio de gran tamaño que había en las baldas desvencijadas. Se acercó para verlas mejor y pasó el dedo por una para comprobar si había polvo, pero estaba limpia. La balda se tambaleó ligeramente.

—Nosotros tenemos libros en las estanterías —comentó.

—Ven a la cocina —ordenó Keisha.

«La policía está investigando unos robos cometido en dos licorerías de Bridgeport anoche. Para más información, vamos con…».

—Bueno —preguntó—, ¿cómo te va?

—Bien —dijo, asintiendo—. Como me imaginaba, me hicieron ver a una psiquiatra. Mamá quiere que la vea un par de veces a la semana durante un mes. Pero puedo soportarlo. Lo bueno es que mamá está siendo muy amable conmigo. Me compra cosas, como videojuegos y DVD. Acabo de conseguir la serie *Star Trek* original completa en Blu-Ray. —Asintió y sonrió, impresionado consigo mismo—. Va todo bien, pero sigue siendo un poco rata con el dinero.

Keisha abrió el congelador y sacó el táper.

—Aquí está tu parte.

—¿Eh? —dijo mirando el recipiente congelado—. ¿Qué hay ahí? ¿Lasaña?

Abrió el grifo hasta que salió agua caliente, quitó la tapa del recipiente y dejó que le cayera agua por el fondo. La salsa salió en un trozo sólido. Keisha lo mantuvo bajo el grifo caliente hasta que la salsa se derritió, dejando al descubierto la bolsa rellena de dinero.

—Tía, eres como un espía o algo así.

Keisha abrió la bolsa, sacó el dinero y se lo dio a Justin.

«Otras noticias, una mujer de la zona de Milford que desapareció el jueves por la noche sigue en paradero desconocido».

—Impresionante —dijo Justin, y se lo guardó en el bolsillo, justo cuando Matthew entraba en la cocina.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy Justin —dijo.

—¿Cuántas aplicaciones tienes ahí? —preguntó el chico al ver el móvil que llevaba en la mano.

—Un montón. —Sostuvo el teléfono de manera que el niño pudiera

ver la pantalla—. Tengo muchos juegos.

—Hazme una foto —pidió Matthew—. Mi madre dice que no tiene fotos mías buenas.

—Matthew, por favor, el señor...

—No pasa nada —dijo Justin, abrió la aplicación de la cámara y le hizo una foto a Matthew. Luego le pidió a Keisha su dirección de correo y se la envió. El móvil emitió un sonido como un silbido cuando se envió el mensaje.

Keisha le dio al niño una bolsa de papel con el almuerzo. Matthew se puso el abrigo, ignoró las súplicas de su madre de que se subiera la cremallera o se pusiera las manoplas y el gorro, y salió por la puerta principal.

—¿Recuerdas lo que te dije el otro día? —preguntó Justin cuando el niño se fue—. ¿Que podríamos intentar otra cosa? ¿Tú y yo? O sea, nos fue bien juntos, ¿verdad? Fue divertido. Debería haber ido a pasar el día contigo el día del trabajo cuando estaba en el instituto.

—Ya te lo dije, no vamos a hacer nada más juntos —respondió Keisha—. Tuviste una buena idea, salió bien, pero hemos terminado.

No quería saber nada más de él. Estaba mal de la cabeza.

—Bueno, vale, de acuerdo.

En la televisión, un hombre, con el brazo alrededor de una niña, hablaba de su mujer. De que estaba deseando que volviera a casa. Que si alguien sabía algo de lo que había sucedido…

—En fin, gracias de todas formas. Será mejor que me vaya. Si hago esperar más a Dwayne…

—Shhh —lo acalló Keisha, mirando el reportaje. Las palabras de la parte inferior de la pantalla decían: «Wendell y Melissa Garfield: "Mamá, ven a casa"».

—Vaya —comentó Justin, echando un vistazo a la televisión—, ¿un posible objetivo?

—No hagas esperar a tu padrastro —dijo, y lo acompañó a la

puerta.

Cuando volvió a la cocina, ya habían pasado a la siguiente noticia.

# CUATRO

Keisha Ceylon se quedó mirando la casa y pensó que a lo mejor sí que tenía algún don, porque había veces en las que, con solo mirar un lugar, sentía que había dolor dentro de sus paredes. Incluso en una casa con las persianas cerradas para que nadie pudiera ver el interior.

Se sentó en el coche con el motor en marcha; los limpiaparabrisas, jadeantes, mantenían los cristales limpios a duras penas. Keisha estaba segura de que sus sentimientos hacia la casa no estaban influidos por lo que ya sabía. Se dijo a sí misma que, si hubiera estado paseando por el barrio y se hubiera limitado a echar un vistazo a esa casa, habría captado algo. Desesperación. Ansiedad, por supuesto. Tal vez incluso miedo.

Keisha pensó en lo que ese hombre, el señor Garfield, debía de estar pasando. ¿Cómo lo estaba afrontando? ¿Todavía tenía esperanzas de que la policía encontrara a su mujer? ¿Empezaba a perder la confianza en ellos? ¿La había tenido alguna vez? ¿Estaba dispuesto a considerar otras opciones? ¿Estaría tan desesperado como para aceptar, y pagar, el servicio tan especial que ella podía proporcionarle?

Keisha estaba segura de que había llegado en el momento justo. El hombre había comparecido ante las cámaras el día anterior. Había salido en todos los noticiarios esa mañana. Acudir a los medios evidenciaba su desesperación. Seguramente significaba que la policía no estaba haciendo progresos y ese siempre era el mejor momento para entrar en acción. No podías arriesgarte a que fuera demasiado tarde. Si dudabas, la policía podría encontrar un cadáver,

momento en el que ningún pariente angustiado necesitaría las visiones de Keisha Ceylon para obtener indicaciones.

Todo se trataba, como le había dicho a Justin, de mantener la esperanza. Tenías que llegar a la vida de esa gente cuando todavía les quedaba un poco. Mientras tuvieran esperanza, estarían dispuestos a intentarlo todo, a malgastar su *dinero* en cualquier cosa. Sobre todo cuando todos los métodos convencionales —preguntar puerta por puerta, perros rastreadores, patrullas aéreas, vigilancia vecinal— no habían dado ningún resultado. Era entonces cuando los familiares se abrían a lo poco ortodoxo. Como que aparezca una simpática señora en su puerta y les dijera: «Tengo un don y quiero compartirlo con ustedes».

Por un precio, claro.

La persona desaparecida de ese día era Eleanor Garfield. Según las noticias, era blanca, tenía cuarenta y tres años, medía un metro setenta y cinco, pesaba unos cincuenta kilos y tenía el pelo corto y negro y los ojos marrones.

Todos la llamaban Ellie.

La última vez que la habían visto, según su marido, Wendell, había sido el jueves por la tarde, sobre las siete. Subió a su coche, un Nissan plateado, con la intención de ir al supermercado para hacer la compra para la semana siguiente. Ellie Garfield trabajaba en el departamento de Administración de la junta local de Educación y no le gustaba dejar todos los recados para el fin de semana. Quería tener el sábado y el domingo libres. Para ella, el fin de semana empezaba el viernes por la noche.

Así que la noche del jueves la dedicaba a hacer recados.

Así, el viernes, podría darse un largo baño en su *jacuzzi*, según lo que Keisha había leído y visto en Internet y en la televisión. Después del chapuzón, se ponía el pijama y una bata rosa y se sentaba delante de la tele. Era sobre todo para tener un ruido de fondo,

porque rara vez tenía los ojos puestos en ella. Su principal objetivo era tejer.

Tejer siempre había sido un *hobby* para ella, aunque en los últimos años no le había dedicado demasiado tiempo. Pero, según un artículo periodístico que había intentado captar la esencia de la mujer, Ellie había retomado las agujas cuando se enteró de que iba a ser abuela. Había estado haciendo patucos y calcetines de bebé y un par de jerséis. «Estoy tejiendo como una loca», le había dicho a una de sus amigas.

Pero esa semana en particular, Ellie Garfield no llegó al viernes por la noche.

Según todos los indicios, tampoco había llegado a la tienda el jueves. Ninguno de los empleados del supermercado, que conocían a Ellie Garfield de vista, no por su nombre, recordaba que hubiera ido aquella noche. Tampoco había constancia de que su tarjeta de crédito —prefería pagar con ella en vez de en efectivo porque así acumulaba puntos— se hubiera utilizado en ese establecimiento ni en ningún otro esa noche. Tampoco se había utilizado desde entonces. Su coche no fue captado por las cámaras de vigilancia que vigilaban el aparcamiento del supermercado.

Por lo que Keisha había podido deducir, la policía no sabía qué pensar. ¿Ellie había sido víctima de un acto violento? ¿Pretendía ir al supermercado, pero alguien se lo había impedido? ¿O era posible que Ellie hubiera desaparecido por voluntad propia? Las noticias no planteaban todas las preguntas que rondaban por la mente de Keisha. ¿La mujer tenía una aventura? ¿Había ido a encontrarse con su amante? ¿Se levantó esa mañana y decidió que ya estaba harta de la vida de casada? ¿Subió al coche y siguió su camino, sin importarle dónde iba a acabar?

Desde luego, no habría sido la primera.

Pero la mujer no tenía antecedentes de ese tipo de

comportamiento. Nunca se había marchado, ni siquiera durante medio día. El matrimonio, según todas las apariencias, era sólido. Y estaba el asunto del nieto. Ellie Garfield estaba a punto de convertirse en abuela por primera vez y ya le había tejido un armario completo. ¿Qué mujer desaparecía en vísperas de algo así?

La policía barajó la teoría de que había sido víctima de un robo de coche que había salido muy mal. En el último año se habían producido tres incidentes en los que habían sacado a la fuerza de su vehículo a las conductoras cuando estaban paradas en un semáforo. Después el autor, supuestamente el mismo hombre en los tres casos, se daba a la fuga con el coche. Pero ninguna de las mujeres había resultado herida de gravedad, solo habían quedado un poco conmocionadas.

Tal vez Ellie Garfield se había encontrado con el mismo hombre, pero esa vez las cosas se habían puesto feas.

El domingo, Wendell Garfield habló delante de las cámaras, con su hija embarazada a su lado. La chica lloraba tanto que no pudo decir nada, pero Wendell contuvo las lágrimas el tiempo suficiente como para hacer una súplica.

—Solo quiero decir, cariño, si nos estás viendo, por favor, por favor, ven a casa. Te queremos, te echamos de menos y solo queremos que vuelvas. Y… y, si te ha pasado algo, si alguien te ha hecho algo, entonces hago este llamamiento a quienquiera que haya hecho esto: te lo pido por favor, haznos saber qué le ha pasado a Ellie. Por favor, haznos saber dónde está, que está bien… Dinos algo… yo… yo…

En ese momento se apartó de la cámara, abrumado.

Keisha estuvo a punto de derramar una lágrima cuando volvió a ver el vídeo en la página web de la cadena de televisión. Era el momento de mover ficha.

Así que esa mañana, aproximadamente una hora después de que Justin se hubiera marchado, Keisha buscó la dirección de la casa de

los Garfield, que estaba alejada de la calle en un barrio lleno de árboles justo al lado de la carretera a Derby. Las parcelas eran grandes y las casas estaban muy separadas, tanto que algunas ni siquiera se veían entre sí. Keisha quería ver si el lugar estaba rodeado de coches de policía, normales o de incógnito.

Había un Buick de unos diez años en la entrada, empolvado de blanco por una ligera nevada nocturna. Nada más. Ese parecía tan buen momento como cualquier otro.

Ya había hecho suficientes trabajos de ese tipo como para no tener que pensar en la estrategia. En muchos sentidos, tratar con alguien cuyo ser querido había desaparecido no era muy diferente de tratar con alguien que quería que le contaran su fortuna. Eran los propios sujetos los que alimentaban la visión. Empezaba de forma vaga, algo así como: «Veo una casa… Una casa blanca con una valla delante…».

Y entonces ellos dirían: «¿Una casa blanca? Un momento, un momento, ¿no vivía la tía Gwen en una casa blanca?». Y otro añadiría: «¡Sí, es verdad!».

Y ella, retomando la conversación, apuntaría: «Y esta tía Gwen, presiento… presiento que ha fallecido». A lo que ellos responderían: «¡Dios mío, es verdad, ha muerto!».

La clave era escuchar, que ellos dieran las pistas. Darles algo a lo que agarrarse. Dejad que la llevasen a donde ella pensaba que querían que fuera.

Keisha solo esperaba que Wendell Garfield no fuera tan cerrado de mente como aquel personaje, Terry Archer, que no dejaba que Keisha ayudara a su esposa Cynthia. Lo malo era que había acertado en parte. Justo antes de que los Archer la echaran de su casa, les había dicho que su hija correría peligro. En un coche. En algún lugar alto.

¿No fue eso exactamente lo que pasó?

«Déjalo estar —se dijo a sí misma—. Eso fue hace años».

Pero Keisha tenía un buen presentimiento sobre Wendell Garfield. Y las circunstancias eran totalmente diferentes. El de los Archer era un caso no resuelto de hacía veinticinco años. No había prisa. Pero la desaparición de la señora Garfield estaba en sus primeras etapas. Si se estaba metida en un lío, lo más probable era que todavía hubiera tiempo para rescatarla.

Antes de salir para allá, Keisha había entrado de puntillas en el dormitorio para ponerse algunos complementos. Hacía falta un toque de excentricidad. La gente pensaba que para hablar con los muertos, visualizar dónde estaban personas vivas, o ver en otras dimensiones, había que estar un poco mal de la cabeza, ¿no? Era de esperar. Así que optó por unos pendientes con forma de pequeños loros verdes.

—¿Qué pasa, nena? —dijo Kirk, con la cara medio hundida en la almohada.

—Tengo un posible cliente —anunció Keisha—. Necesito que estés pendiente por si quieren referencias.

—Sí, sí, sé lo que hay que hacer —respondió sin abrir los ojos.

Sentada frente a la casa de los Garfield en su pequeño coche coreano de importación, comprobó en el retrovisor que no tenía pintura de labios en los dientes y se aseguró de estar mentalmente a punto.

Estaba preparada.

Había llegado el momento de entrar para explicarle al afligido marido que ella podía ayudarlo en esos momentos tan duros. Ella podría ser el instrumento que necesitaba para saber qué le había pasado a su esposa, Ellie.

Porque Keisha había visto algo. Había tenido una visión. Una visión que muy posiblemente contenía la respuesta a por qué su esposa desde hacía veintiún años había desaparecido cuatro noches antes.

Una visión que estaría encantada de compartir con él.

Por un precio justo.

Keisha Ceylon respiró hondo, echó un último vistazo a sus labios en el retrovisor y abrió la puerta del coche.

Empezaba el espectáculo.

# CINCO

—Entonces, ¿qué me está diciendo?, ¿que no ha habido nada?, ¿nada de nada? —preguntó Wendell Garfield al teléfono—. —Yo pensaba…, estaba seguro de que alguien… Bueno, si oye algo, cualquier cosa, espero enterarme, maldita sea. ¿Se hace a la idea de por lo que estamos pasando, de por lo que está pasando mi hija? Dígale a la detective Wedmore que he llamado. Quiero que me llame. Quiero que me llame en cuanto reciba este mensaje.

Colgó el teléfono de golpe. Había decidido, cuando se había levantado esa mañana, que ese día iba a estar encima de la policía, llamándolos cada hora si hacía falta. Había pasado un día entero desde la rueda de prensa. La noticia había salido en media docena de emisoras. Había un clip en YouTube. Había salido en los periódicos esa mañana. Si alguien iba a llamar con alguna pista, sería en ese momento. Wendell necesitaba que la policía supiera lo impaciente que estaba, cuánto anhelaba que ocurriera algo.

Había llamado exigiendo hablar con la detective jefe, una mujer llamada Rona Wedmore, pero no estaba, y le habían pasado con otra persona que afirmaba estar más o menos al tanto de la investigación y del tipo de respuesta que había producido la conferencia de prensa. Se habían producido media docena de llamadas a la línea directa que la policía había habilitado. Ninguna se había considerado útil. Al menos una era de una auténtica pirada, una mujer que afirmaba haber visto en una telenovela italiana a una actriz idéntica a Ellie Garfield. ¿La policía había comprobado si la mujer había huido para dedicarse a la interpretación?

Después de colgar, Garfield decidió prepararse un té, pensando que lo ayudaría a calmarse. En toda la noche solo había pegado ojo unos

minutos. Intentaba acordarse de cuánto había dormido desde el jueves, cuando había empezado todo. ¿Cinco, seis horas quizás? Su hija Melissa probablemente había descansado un poco más, aunque solo fuera porque el embarazo la dejaba exhausta.

Garfield no había querido que Melissa saliera delante de las cámaras. Le había dicho a la policía que no estaba seguro de que pudiera soportar el estrés. Estaba embarazada de siete meses, su madre había desaparecido, ¿y querían que saliera en las noticias de las seis?

—No quiero hacerla pasar por eso —le había dicho a la policía.

Pero fue la propia Melissa quien insistió en salir junto a su padre.

—Lo haremos juntos, papá —sugirió—. Todo el mundo tiene que saber que queremos que encuentren a mamá, que queremos que vuelva a casa.

Aceptó a regañadientes, pero con la condición de que solo hablaría él. Una vez encendidas las luces y con las cámaras enfocando sus caras, Melissa se vino abajo. Solo consiguió balbucear: «Mamá, por favor, vuelve con nosotros» antes de deshacerse en lágrimas y apoyar la cara en el pecho de su padre. Tampoco él fue capaz de decir gran cosa, solo que querían mucho a Ellie y que deseaban que volviera.

Escuchó los murmullos de los periodistas, todos ininteligibles menos uno: «Buen material».

«Sanguijuelas...».

Se llevó a Melissa a su casa para intentar que comiera algo.

—Todo va a salir bien —le dijo—. Vamos a superar esto. Lo haremos, te lo prometo. Pero tienes que comer. Tienes que cuidarte. Tienes que pensar en el bebé. Vas a tener este bebé, vas a cuidarlo y todo va a salir bien.

Estaba sentada a la mesa de la cocina y parecía que iba a desmoronarse.

—Ay, papá…

—Confía en mí. Todo va a salir bien —repitió.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Melissa, con los ojos enrojecidos por el llanto.

—Porque tiene que ser así —respondió.

Melissa pasó la noche en casa de sus padres, pero sobre las seis de la mañana entró en el dormitorio de su padre para decirle que quería volver a su apartamento al otro lado de la ciudad. Garfield seguía bajo las sábanas, pero estaba despierto, y lo había estado toda la noche. Se resistía a perderla de vista, pero Melissa insistió en que podía arreglárselas sola. No iba a quedarse en su casa. Volvería y se quedaría a dormir en la habitación en la que vivía antes de mudarse. Pero necesitaba coger algunas cosas, sobre todo ropa, y quería estar un rato sola. Melissa compartía el apartamento con su amiga Olivia, que no estaba porque se había ido a visitar a sus padres a Denver. Olivia no sabía nada de lo de la madre de Melissa.

—No vas a hacer nada por lo que deba preocuparme, ¿verdad? —inquirió Garfield, vacilante—. Me refiero a tu estado mental y eso.

Ella dijo que no.

Así que llevó a su hija de regreso a su casa y aparcó frente al apartamento, que en realidad era el último piso de una casa antigua con entrada independiente.

—¿Por qué no te espero aquí mientras coges algunas cosas? —ofreció—. Y luego te vuelves conmigo.

Melissa le dijo que se fuera a casa, que ya lo llamaría para recogerla cuando estuviera lista.

Aunque solo tenía diecinueve años, Melissa llevaba tres viviendo fuera de casa. Estaba dispuesta a admitir, en vísperas de cumplir los veinte, que había sido una adolescente difícil. Ya era difícil antes. Se emborrachó por primera vez a los once años, perdió la virginidad a los trece y fue tan tonta que dejó marihuana en su habitación y su

madre la encontró un año más tarde. Los límites establecidos por sus padres no significaban nada para ella. Los toques de queda eran para romperlos. Los castigos no significaban nada cuando se podía abrir la ventana de la habitación.

A los dieciséis años abandonó los estudios. Ellie y Wendell decidieron que no podían más. Le dieron un ultimátum: estudia y sigue las reglas de esta casa, o vete.

La segunda opción le atraía más.

Melissa encontró un sitio para vivir con un amiga del instituto. Olivia, dos años mayor que ella, también era demasiado joven para vivir sola, pero cuando tienes un padre al que le gusta meterse debajo de las sábanas contigo por la noche y una madre que se niega a ver lo que está pasando delante de sus narices, no tienes muchas opciones. Podías quedarte y aguantarlo, matar al cabrón de un sartenazo en la cabeza, o largarte. Ella se largó. Pero a pesar de lo difícil que era su vida en casa, Olivia iba bien en el colegio, no tomaba drogas y trabajaba a tiempo parcial en el Castillo de las tortitas. Presentó a Melissa al gerente, que le dio un puesto de camarera tres noches a la semana. Al final, que la echaran de casa de sus padres fue lo mejor que le había pasado a Melissa. Seguía los pasos de Olivia, que se estaba convirtiendo en su modelo. Melissa se estaba poniendo las pilas. Como ya no estaban sus padres para cogerla cuando se caía, tenía que dejar de caerse tanto.

Empezó a ser responsable. ¿Quién lo iba a decir?

Ellie y Wendell se mostraron cautelosamente optimistas. Se imaginaban que, cuando Melissa recuperara el sentido, volvería y terminaría sus estudios. Si lo hacía lo bastante bien, incluso podría tener la oportunidad de ir a la universidad, reflexionó Ellie una tarde. Quizá incluso pensara en hacerse veterinaria.

—¿Recuerdas —le preguntó a su marido— que cuando era pequeña dijo un día que le encantaría trabajar con animales y…?

—Por el amor de Dios, Ellie, no nos adelantemos —replicó Wendell.

Melissa iba a cenar a veces. Algunas de esas reuniones iban mejor que otras. Una noche, Melissa les contaba que estaba reconduciendo su vida y sus padres asentían y trataban de animarla. Pero otra noche, Ellie, ansiosa por ver que la rehabilitación de su hija avanzaba con más rapidez, empezaba a presionarla. Le decía a su hija que *ya* era hora de que dejara de ser una simple camarera y volviera al instituto para hacer algo de provecho. ¿Tenía Melissa alguna idea de lo vergonzoso que era para su madre, que trabajaba en el consejo de Educación, tener una hija que había dejado los estudios? ¿Que ni siquiera había terminado el undécimo grado? ¿Cuánto tiempo debía esperar para ver a su hija emprender un camino que le permitiera llegar a ser algo en la vida?

Entonces empezaban a pelearse y Melissa se iba furiosa, no sin antes preguntarse en voz alta cómo se las había arreglado para vivir en esa casa tanto tiempo sin volarse los sesos.

Después de una noche como aquella, el polvo siempre tardaba unos días en asentarse.

Ellie y Wendell seguían cruzando los dedos para que Melissa, a pesar de esas ocasionales meteduras de pata, estuviera madurando. Siguió trabajando de camarera. Ahorraba algo de dinero, sobre todo de las propinas. Cincuenta o sesenta dólares a la semana, que al menos era algo. Y un día, hablando con su madre por teléfono, Melissa le comentó que había estado consultando la página web de una universidad, para ver qué titulaciones se necesitaban para matricularse en Veterinaria.

Ellie no cabía en sí de gozo cuando le dio la noticia a Wendell.

—¿No es maravilloso? —preguntó—. Está madurando, eso es lo que pasa. Está madurando y pensando en el futuro.

Con lo que ni Ellie ni Wendell habían contado era con que su futuro inmediato incluiría un bebé.

Melissa estaba ya de tres meses cuando les dio la noticia a sus padres. No se lo tomaron muy bien, por no decir otra cosa, pero Wendell encontró un resquicio de esperanza. Tal vez eso significaba que Melissa se iba a casar. Era joven para ser madre, pero al menos, si tenía un hombre en su vida, un hombre que pudiera cuidar de ella, ¿no les quitaría eso parte de la presión a Ellie y a él?

El hombre se llamaba Lester Cody y tenía treinta años. Era un cliente habitual del Castillo de las tortitas. Siempre pedía cuatro tortitas de chocolate del tamaño de un *frisbee* con doble de sirope y una ración de salchichas; solo mil cuatrocientas calorías —Melissa había dejado de asombrarse por la cantidad de gente a la que le gustaba cenar esas cosas—. Con sus ciento veintisiete kilos era, como cabía esperar, algo más corpulento que la media, pero había noticias alentadoras. Era dentista. Conducía un Lexus. Tenía su propia clínica. Ganaba cien de los grandes al año. Y, lo mejor de todo, no estaba casado.

Ellie sintió que se deshacía. Un día le decía a Wendell que su hija se estaba arruinando la vida por tener un hijo tan joven, pero al siguiente le confesaba lo emocionada que estaba por ser abuela.

—A mi edad, ¿quién se va a creer que soy abuelita? —comentaba. Tenía largas discusiones con su marido sobre si sería niño o niña.

—Una cosa o la otra, sospecho —refunfuñaba su marido.

Luego, al día siguiente, divagaba sobre Lester Cody, que si era demasiado mayor para Melissa, pero que tenía un buen trabajo y podía mantener a su hija y a su nieto. Pero entonces Melissa soltó la bomba de que en realidad no sentía nada por Lester, que era bastante simpático y tal, pero que no se veía casada con un dentista. Había conocido a otro hombre, que trabajaba en el Cinabbon del centro comercial, que era bastante guapo, y no estaba tan gordo como Lester, aunque podía comer a escondidas todos los bollos glaseados que quisiera. Ellie intentó hacer entrar en razón a

su hija, diciéndole que, si Lester Cody estaba interesado en ella y podía mantenerla, estaba loca si no continuaba con esa relación. Porque, admitámoslo, aunque quisiera ir a la facultad de Veterinaria, primero iba a tener que terminar el instituto, ¿y cuánto tiempo le iba a llevar eso? Lester probablemente podría conseguirle un trabajo a tiempo parcial en la clínica dental, después de la llegada del bebé, respondiendo al teléfono, cogiendo citas y haciendo radiografías.

Melissa le gritaba a su madre que no se metiera en su vida. Y al día siguiente, la llamaba para que la llevara a la consulta del médico para que le hicieran una ecografía.

Entre lamentos y consuelos, Ellie Garfield volvió a tejer.

—Este niño va a venir al mundo de una forma u otra y va a necesitar algo que ponerse —decía, y levantaba media manga y le preguntaba a su marido qué le parecía.

Wendell Garfield ya no aguantaba más. La mayor parte del tiempo era así.

Toda esa tensión entre su mujer y su hija, las incesantes discusiones que Ellie quería tener con él sobre lo que su hija iba a hacer con su vida. Todo el rato hablando del bebé. ¿Cómo se las arreglaría Melissa? ¿Se casaría con Lester? ¿Mantendría al niño aunque Melissa no quisiera compartir su vida con él? ¿Melissa seguiría trabajando de camarera en el Castillo de las tortitas después de que naciera el bebé?

A veces Ellie daba un giro de ciento ochenta grados y arremetía contra Lester Cody como si estuviera en la casa con ellos.

—¡Un treintañero! ¡Acostándose con una adolescente! Se aprovechó de ella, eso es lo que hizo.

Las discusiones, no acababan nunca.

Wendell Garfield se preguntaba si habría sido todo eso lo que la había empujado a los brazos de Laci Harmon, o si habría ocurrido de todos modos.

# SEIS

Los dos trabajaban en Home Depot: Wendell en fontanería la mayoría de los días, a menos que les faltara personal en algún otro departamento, y Laci en accesorios de iluminación para el hogar. Pasaban el descanso para el café juntos, hablando de sus familias, de las alegrías y, sobre todo, de los sinsabores de criar a los hijos. Ella tenía dos hijos de quince y diecisiete años que no hacían más que pelearse. Laci confesó una vez, solo medio en broma, que deseaba que tuvieran una última batalla sin cuartel y que se mataran el uno al otro.

Wendell se rio y le dijo que sabía exactamente cómo se sentía.

Siempre encontraba motivos para pasearse por la sección de iluminación.

Laci empezó a pasarse a menudo por el pasillo de las tuberías.

Empezó con bromas amistosas y luego con dobles sentidos. Cuando Laci pasaba por allí, entrecerraba los ojos y decía que necesitaba ayuda con la fontanería. Cuando Garfield estaba en accesorios de iluminación, se encontraba con Laci a propósito y le decía que se preguntaba si podría ayudarlo a mantener el interruptor de la luz encendido.

No iba en serio, por supuesto, todo era de lo más inocente. Después de todo, los dos estaban, según parecía, felizmente casados. Wendell y Ellie llevaban juntos veintiún años. Laci y Trevor, subdirector de un banco de Bridgeport, acababan de celebrar su vigésimo tercer aniversario. Cogieron un tren a Nueva York, se registraron en el Hyatt de Grand Central y fueron a ver *Priscilla, reina del desierto*, que le encantó a Trevor, cosa que le sorprendió, ya que no era precisamente fan de las *drag queen*. Habría sido una

escapada perfecta si no fuera porque Laci cogió una cerveza del minibar y Trevor montó en cólera, diciéndole que podrían haber ido al supermercado más cercano y comprar un pack de seis por lo que les iba a costar una sola. No iba a mencionarlo cuando hicieran el *check out*, a ver si con suerte no se daban cuenta y no se lo cargaban a su Visa.

Y así fue.

Un día en el trabajo, le encargaron a Wendell que montase una caseta de herramientas con paredes de vinilo para la exposición. Estaba dentro de la estructura casi terminada, apretando algunos tornillos para asegurarse de que no se iba a caer con el viento, cuando entró Laci Harmon, cerró la puerta tras de sí y le puso la mano derecha en el pecho izquierdo.

—Tócame el pezón —le susurró—, ¿notas lo duro que está?

Wendell había estado tocando los dos mismos pezones durante los veintiún últimos años, aunque no tan a menudo como antes, así que sentir uno desconocido, incluso a través de la blusa de Laci, era una experiencia muy estimulante. Pensó que iba a explotar de un momento a otro, y probablemente lo habría hecho, si no hubiera recibido una llamada en el *walkie-talkie* diciendo que alguien necesitaba ayuda para elegir un soplador de hojas.

Quedaron en verse esa noche en un hotel, el Days Inn. Era jueves, lo que significaba que Ellie estaría fuera haciendo la compra semanal y Wendell no tendría que inventarse ninguna excusa para salir de casa. Pero debían ser rápidos. Ellie nunca estaba fuera más de dos horas.

Resultó que solo necesitaron noventa segundos.

—Solo estás nervioso —le dijo Laci—. Nunca has hecho esto antes.

—¿Tú sí? —preguntó Wendell.

A Laci le horrorizó la pregunta.

—Por supuesto que no. —Y añadió que ella no era de ese tipo de

chicas.

Aunque resultó que sí lo era.

Conseguían verse una o dos veces por semana. No siempre en el Days Inn, porque resultaba bastante caro tener que alquilar una habitación cada vez. A veces, lo hacían en la miniván Honda de Laci. Una vez lo intentaron en el asiento trasero del Buick de Wendell, pero él llegó a la conclusión de que uno no es tan ágil a los cuarenta como en la adolescencia, así que optaron por la miniván de Laci, que tenía asientos que se plegaban hasta el suelo, lo que resultaba muy práctico.

Las primeras veces, Wendell se sentía consumido por la culpa. Pero cuanto más hablaba Ellie de su hija, más se decía a sí mismo que se había visto empujado a ello. No había sido culpa suya. Era supervivencia. Era la única manera que tenía de sobrellevarlo todo.

A lo mejor, cuando naciera el bebé, y las cosas con Melissa se calmaran, dejaría a Laci.

Eso era lo que decía a sí mismo. Había momentos en los que incluso se lo creía.

* * *

Unos minutos después de terminar de hablar con la policía, sonó el teléfono. Pensó que a lo mejor era la detective Wedmore, pero cuando vio la pantalla de llamadas, soltó una palabrota en voz baja. ¿Qué demonios hacía llamándolo por teléfono a su casa? ¿Acaso esa mujer no tenía sentido común?

—¿Hola?

—Ay, Wen, tenía que ponerme en contacto contigo.

—Laci, no es un buen momento.

—Pero es que no puedo dejar de pensar en ti, en lo que debes de estar pasando —dijo. No susurraba, lo que indicó a Garfield que estaba sola en su casa.

—¿Dónde están Trevor y los chicos? —le preguntó.

—Se ha llevado a los chicos a Schenectady a pasar el puente con sus padres —explicó Laci—. Vuelven hoy. Estoy saliendo por la puerta para ir a trabajar. Wendell, tienes que hablar conmigo.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Han averiguado algo? ¿Sabe ya la policía lo que pasó? Lo he visto en la televisión. Lo vi a las seis y lo volví a ver a las once. Fue muy conmovedor. Estuviste muy bien, ¿sabes? Has mantenido muy bien el tipo. Creo que, si alguien sabe algo, si ha visto alguna cosa, seguro que llama.

—Acabo de hablar por teléfono con la policía —dijo Garfield—. No han recibido ninguna pista buena.

—Me siento… me siento tan… Es difícil de explicar —vaciló Laci—. Me siento, un poco culpable, ¿sabes? Por lo que hemos estado haciendo a sus espaldas.

—No tiene nada que ver una cosa con la otra.

—Seguro que tienes razón, pero no dejo de pensar ¿y si alguien se entera? ¿Y si alguien descubre lo que hay entre nosotros y cree que tiene algo que ver con lo que le ha pasado a Ellie? Y si, Dios no lo quiera, le ha pasado algo de verdad a Ellie, va a parecer que…

—Laci, por favor, no vayas por ahí —interrumpió—. A lo mejor ha decidido irse por un tiempo, para aclararse las ideas.

—¿De verdad lo crees?

—No sé qué creer, pero supongo que es una posibilidad. O sea, no han encontrado su coche. Si le hubiera pasado algo, sería lógico pensar que por lo menos tendrían que haber encontrado su coche.

—¿Así que crees que simplemente decidió irse en coche? ¿A Florida o a otro sitio así?

—Laci, no lo sé, ¿vale? No tengo ni puta idea.

Su tono hizo que Laci se callase durante un segundo.

—No tienes por qué enfadarte conmigo.

—Estoy pasando por muchas cosas ahora mismo. Solo intento mantener la calma.

—¿Cómo lo lleva Melissa?

—No muy bien.

—¿Y qué pasa con el hombre que la dejó embarazada? ¿Sigue con él? ¿Puede contar Melissa con él en un momento así?

—Ella dice que no quiere tener nada que ver con él. La verdad, no creo que me facilitara nada las cosas tenerlo pululando por aquí ahora.

—Dios mío, acabo de caer en algo —dijo.

—¿En qué?

—No tienes el teléfono pinchado, ¿verdad? ¿No nos estarán escuchando?

Sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. ¿Podrían estar haciéndolo? Se habría dado de bofetadas porque ni siquiera se le había ocurrido hasta que ella lo había mencionado. Había hecho un trabajo tan bueno comportándose como un marido angustiado que no había pensado que hubiera ninguna razón para que la policía pusiera un micrófono en su teléfono. Por supuesto, sabía que la policía lo investigaría tarde o temprano, pero creía que no había dado ningún motivo para que lo consideraran responsable de algún modo de la desaparición de su mujer.

—Quiero decir que, si nos están escuchando, y saben que nos hemos estado viendo, entonces…

—Cuelga, Laci —ordenó.

—Entonces podrían pensar que tuviste algo que ver, ya sabes, para poder pasar tu vida conmigo y…

Colgó el teléfono de golpe. Si la policía había estado escuchando, el daño ya estaba hecho. Sabrían que tenía una aventura. Sabrían que él y Laci se veían desde hacía semanas.

Eso no estaba bien, nada bien.

La llamada de Laci dejó a Garfield preocupado. Intentó convencerse a sí mismo de que iba a superarlo. Tenía que mantener la mente clara. Aunque la policía descubriera que se había acostado con Laci, no tenía por qué significar que hubiera tenido algo que ver con ese asunto de su mujer.

No habían encontrado su cuerpo. Ni su coche.

Y estaba segurísimo de que nunca lo harían.

—Contrólate —se dijo a sí mismo.

Sonó el timbre.

«Jesús», pensó. Sí que estaban escuchando su teléfono y ahora querían interrogarlo acerca de Laci para saber si había matado a su mujer para estar con otra.

Respiró hondo un par de veces, se recompuso y atravesó el salón hasta la puerta principal. Primero corrió la cortina para ver quién era.

Era una mujer.

Una mujer con pendientes de loros verdes.

Le parecía poco probable que la policía tuviera a su servicio a alguien que llevara pendientes de loros verdes.

# SIETE

Keisha Ceylon estaba preparada con su sonrisa de «siento tu dolor». La primera impresión era lo más importante. Había que aparentar sinceridad, así que no se podía exagerar la sonrisa. Había que contenerla. No debías enseñar ningún diente. No valían las sonrisas de esposa descerebrada de Stepford o de testigo de Jehová, que parecían impostadas. Había que meterse en el papel. Tenías que creerte que estabas en una misión. Y tenía que parecer que lamentabas mucho estar ahí, que, si hubiera algún otro lugar en la Tierra donde pudieras estar, irías allí.

Pero no tenías más remedio que estar ahí. Simplemente, no tenías elección.

Vio que el hombre descorría la cortina para ver quién era y le dedicó una sonrisa. Casi disculpándose.

Entonces se abrió la puerta.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Es el señor Garfield?

—¿Es periodista? Ayer dimos una rueda de prensa. No tengo nada más que decir en este momento. —Se asomó a la puerta y miró detrás de ella, hacia la calle, preguntándose si habría una furgoneta de algún programa de noticias cerca.

—No soy periodista, señor Garfield.

—Entonces, ¿qué quiere?

—Permítame darle mi tarjeta —le dijo, tendiéndole una.

Él la miró. La tarjeta decía:

*KEISHA CEYLON*
*Médium buscadora de almas perdidas*

Debajo, una dirección web y un número de teléfono.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó.

—Como dice ahí, soy Keisha, y siento mucho molestarlo en un momento así, pero creo que, si es tan amable de concederme un momento, no lamentará que haya llamado a su puerta.

Él volvió a mirar la tarjeta.

—Médium buscadora. A mí me parece una auténtica gilipollez.

Keisha sonrió, pero no demasiado e hizo que la sonrisa pareciera un poco triste.

—Me dicen eso a menudo. Quizá sería mejor que pusiera simplemente la palabra «consultora», pero eso sería tergiversar el tipo de servicios que presto.

—Una consultora —le dijo, guardándose la tarjeta en el bolsillo de la camisa.

—Hago consultas para gente que se encuentra en situaciones como la suya, señor Garfield.

—¿Así que es qué?, ¿una especie de detective paranormal? ¿Como esa médium de la televisión?

—La verdad es que sí, algo parecido.

—Que tenga un buen día, señorita Cylon.

—Es Ceylon —lo corrigió ella, y puso una palma en la puerta cuando él empezaba a cerrarla—. Déjeme preguntarle una cosa antes de irme.

—¿Qué? —dijo.

—¿Van tan bien las cosas en la búsqueda de su mujer que está dispuesto a descartar todas las demás vías? —Pudo ver la vacilación en sus ojos—. No voy a engañarlo, señor Garfield. Lo que hago requiere un acto de fe, lo sé y no siempre tengo razón porque no es una ciencia exacta. Pero si hay alguna posibilidad, quizá solo una entre diez, incluso entre cien, de que pueda ayudarlo a encontrar a

la señora Garfield, ¿no merecería la pena? Si no es así, dígamelo, y me iré y no volveré a molestarlo.

Sujetó la puerta, helado. Estaba lo bastante abierta como para poder verla, pero no lo suficiente como para dejarla entrar.

Tras varios segundos de vacilación, la abrió más.

—De acuerdo.

Entró en la casa. Había un pequeño vestíbulo y un salón a la derecha con un sofá y un par de sillones mullidos. Un conjunto de ventanas a lo largo de la fachada, cuyas persianas dejaban pasar muy poca luz, y una segunda ventana, más pequeña, en la pared lateral, donde las persianas no se habían cerrado bien.

—¿Le importa si me siento? —preguntó. Siempre les resultaba mucho más difícil echarla si estaba sentada.

Señaló un sillón. Antes de sentarse, tuvo que quitar un ovillo de lana verde atravesado por dos agujas de punto azules de treinta centímetros de largo. Lo puso en el borde del sillón.

—¿Ha oído hablar de mí alguna vez? —le preguntó mientras él se sentaba frente a ella en el sofá.

—No —dijo.

Ella asintió.

—Bueno, no es que sea famosa ni nada de eso. Pero tengo cierta reputación. La semana pasada ayudé a una pareja a encontrar a su hijo. Estaba deprimido y les preocupaba que pudiera hacerse daño a sí mismo. Lo encontramos justo a tiempo.

—Mi mujer no estaba deprimida —replicó Garfield.

Keisha asintió de nuevo.

—Por supuesto que no. Cada caso es diferente.

La miró como si ya le hubiera robado los cubiertos de plata.

—¿Por qué no me dice qué es exactamente lo que hace?

—Como ya le he dicho, ofrezco mis servicios a la gente cuando están en crisis. Cuando necesitan desesperadamente encontrar a

alguien. ¿Le importa que le haga primero un par de preguntas antes de empezar a hablar de cómo hago lo que hago?

—Supongo que no.

—Lo vi con su hija; Melissa, ¿verdad? —Él asintió—. Lo vi en las noticias, haciendo un llamamiento. Pidiendo información sobre la señora. Garfield, pidiéndole, si estaba mirando, que volviera a casa para dejar de preocuparse.

—Sí, correcto.

—Me gustaría saber qué tipo de pistas ha recibido la policía desde entonces. Supongo que han estado en contacto.

—No han recibido ninguna. Al menos ninguna útil. Llamaron un par de locos.

Keisha lo miró con simpatía, como si fuera lo que esperaba.

—Y, aparte de esperar pistas, ¿qué otros esfuerzos ha hecho la policía para encontrar a la señora Garfield?

—Han estado rastreando sus movimientos desde que salió de casa el jueves por la noche. Esa es la noche que hace la compra, pero nunca llegó al supermercado.

—Sí, ya lo sabía.

—Y sus tarjetas de crédito no se han utilizado. Sé que han enseñado su foto por todos los sitios a los que suele ir y que han hablado con sus amigos y con sus compañeros de trabajo. Todo lo que cabía esperar.

Otro gesto de simpatía.

—Pero como con las pistas, nada útil. ¿Es eso lo que quiere decir, señor Garfield?

—Eso parece —aceptó.

Keisha Ceylon hizo una pausa que le pareció dramáticamente apropiada antes de continuar.

—Creo que puedo ayudarlo donde la policía no puede.

—¿De verdad?

—La policía hace lo que hace, pero no está entrenada para, ¿cómo decirlo?, pensar de otra manera. Lo que yo ofrezco es algo menos convencional.

—La escucho.

Lo miró a los ojos.

—Veo cosas, señor Garfield.

Abrió la boca, pero se quedó sin palabras.

—Ve cosas —repitió por fin.

—Así es, veo cosas. Permítame explicárselo de la forma más sencilla y directa que pueda. Señor Garfield, tengo visiones.

Se le escapó una pequeña carcajada.

—¿Visiones?

Keisha tuvo mucho cuidado de mantener la calma.

—Sí —dijo simplemente. «Haz que hable. Que sea él el que haga las preguntas».

—¿Qué tipo de visiones?

—He tenido este don, si se puede llamar así, no estoy muy segura, desde que era una niña, señor Garfield. Tengo visiones de gente en apuros.

—En apuros —murmuró—. ¿En serio?

—Sí —dijo.

—¿Y ha tenido una visión de mi mujer? ¿En apuros?

Asintió solemnemente.

—Sí, la he tenido.

—Ya veo. —Una sonrisa desconcertada cruzó sus labios—. Y ha decidido compartir esa visión conmigo y no con la policía.

—Como seguramente comprenderá, señor Garfield, la policía no suele ser receptiva a personas con mi talento. No es solo que sean escépticos. Si soy capaz de hacer progresos cuando ellos no lo han hecho, sienten que han quedado mal. Así que me dirijo directamente a los principales implicados.

—Por supuesto. ¿Y cómo es que tiene esas visiones? ¿Tiene una antena de televisión en la cabeza o algo así?

Ella sonrió.

—Ojalá pudiera responder a sus preguntas de forma sencilla. Porque si supiera cómo me vienen las visiones, podría encontrar la manera de apagarlas.

—Entonces, es a la vez una maldición y una bendición —ironizó.

Keisha ignoró el sarcasmo.

—Sí, es un poco así. Le voy a contar una historia. Una noche, hace unos tres años, iba conduciendo hacia el centro comercial, pensando en mis cosas, cuando me vino a la cabeza una imagen. De repente, apenas podía ver la carretera que había delante. Era como si el parabrisas se hubiera convertido en una pantalla de cine. Y vi a una niña que no debía tener más de cinco o seis años en un dormitorio, pero no era el dormitorio de una niña pequeña. No había muñecas ni casas de juegos ni nada por el estilo. La habitación estaba decorada con adornos deportivos. Había trofeos, pósteres de jugadores de fútbol en la pared, un guante de béisbol sobre el escritorio, un bate de béisbol apoyado en la pared de la esquina… Y esa niña lloraba diciendo que quería irse a casa, suplicando a alguien que la dejara salir. Y entonces se oyó la voz de un hombre, que decía: «Todavía no, aún no puedes irte a casa, tenemos que conocernos un poco mejor».

Tomó aire. Garfield intentaba parecer desinteresado, pero Keisha se daba cuenta de que lo tenía enganchado.

—Bueno, casi me salgo de la carretera. Frené en seco y me aparté al arcén. Pero para entonces, la visión y las imágenes se habían desvanecido, como el humo que se ha llevado el viento. Pero sabía lo que había visto. Había visto a una niña en apuros, una niña retenida contra su voluntad.

»Así que, en esa situación concreta, como no sabía quiénes eran

los verdaderos implicados, tomé la decisión de acudir a la policía. Los llamé y les dije: «¿Estáis trabajando en un caso de una niña desaparecida? ¿En algo que a lo mejor aún no habéis hecho público? La verdad es que se quedaron bastante sorprendidos. Dijeron que no podían dar ese tipo de información. Y yo dije: «¿Tiene la niña unos seis años? ¿Y la última vez que la vieron llevaba una camiseta con un personaje de Barrio Sésamo?». Ya tenía su atención. Enviaron a un detective a hablar conmigo, y creía en las visiones tanto como imagino que cree usted. A lo mejor pensaban que yo tenía algo que ver con la desaparición de la niña, porque ¿cómo si no iba a conocer ese tipo de detalles? Pero yo le dije: «Hablad con la familia, averiguad si conocen a alguien que se dedique a los deportes, que haya ganado muchos trofeos, sobre todo de fútbol, quizá incluso de béisbol», y el detective dijo: «Sí, claro, nos pondremos a ello», como si me estuviera siguiendo la corriente. Pero luego se marchó, hizo algunas llamadas y, en menos de una hora, la policía fue a casa de un vecino que encajaba con esa descripción y rescataron a la niña. La encontraron justo a tiempo. —Keisha hizo una pausa—. Se llamaba Nina. Y la semana pasada celebró su noveno cumpleaños. Sana y salva.

«Todo mentira».

Keisha juntó las manos y las apoyó en su regazo, sin apartar los ojos de Garfield.

—¿Quiere hablar con el padre de Nina? —preguntó—. Podría llamarlo. —Keisha no creía que aceptara la oferta, pero si lo hacía, tenía a Kirk a la espera. Si Garfield llamaba, Kirk fingiría ser el padre de la niña desaparecida. Diría que le debían la vida de su hija a Keisha. Había hecho eso otra vez para Keisha, no en un caso de desaparición, sino para darle referencias a una mujer que quería que Keisha le leyera la palma de la mano, y no lo había hecho mal. El truco era conseguir que la llamada fuera breve. Kirk era el tipo de

persona que no podía seguir la pista de las mentiras que había dicho, y, cuantas más preguntas había, más probable era que se pusiera la zancadilla a sí mismo.

Como Keisha había sospechado, Garfield no estaba interesado en confirmar su historia.

—No, no hace falta —negó—. Pero menuda historia.

Keisha detectó sarcasmo, pero menos de lo que había esperado.

—Aun así, entendería perfectamente que me pidiera que me vaya. A lo mejor piensa que soy una estafadora. Hay muchos por ahí, la verdad. Si no quiere que comparta mi visión con usted, me iré ahora mismo y no volverá a saber de mí. Y solo quiero decirle que espero que la policía encuentre pronto a su mujer, señor Garfield, para que usted y su hija puedan volver a la normalidad. —Se puso de pie. Garfield también estaba de pie y, cuando Keisha le tendió la mano, él se la estrechó—. Gracias por su tiempo, y siento mucho las molestias.

—¿Qué va a hacer? —preguntó—. Me refiero a que, si ha tenido esa supuesta visión, y yo no soy el tipo de persona que se traga ese tipo de cosas, ¿qué va a hacer ahora?

—Supongo que iré a contárselo a la policía todo lo que sé, a ver si hay alguien allí a quien le importe —respondió—. A veces, sin embargo, eso puede tener un efecto negativo. No siempre son tan receptivos a mi implicación como cuando los llamé para hablar de Nina. He descubierto que tienen tendencia a hacer oídos sordos, y el consejo que les das acaba siendo el último que siguen. —Sonrió—. Puede que desprecien las capacidades que pongo sobre la mesa. Espero, por el bien de su mujer, que no tomen esa actitud.

—Entonces, va a ir a la policía —meditó, más para sí mismo que para Keisha.

—De nuevo, gracias por…

—Siéntese y explíqueme cómo funciona todo esto.

# OCHO

¿Qué demonios iba a hacer con esa mujer?

Wendell Garfield no sabía qué pensar. ¿De verdad Keisha Ceylon tenía visiones? La historia de la niña era bastante convincente, pero no lo suficiente como para que pensara que Keisha era de fiar. Sin embargo, había algo en ella que era difícil de ignorar.

Y preocupante.

Empezó a repasar las distintas posibilidades. La mujer estaba intentando chantajearlo, simple y llanamente. Tenía la sensación de que, aunque aún no había salido el tema del dinero, estaba a la vuelta de la esquina. ¿Qué mejor objetivo que un marido desesperado por saber qué le había ocurrido a su mujer desaparecida? ¿No estaría mucha gente en su situación dispuesta a contratar a una vidente, médium, espiritista, experta en lo paranormal o como demonios quisiera llamarse a sí misma esa mujer, aunque creyeran que, en el mejor de los casos, solo había una posibilidad entre un millón de que ella supiera algo? ¿No era eso lo que haría alguien que quisiera de verdad a su mujer?

O a lo mejor no estaba intentando estafarlo. Quizá realmente creía que podía hacer lo que decía. Era posible que hubiera ido por un deseo sincero de ayudar. Eso no quería decir que tuviera algún don paranormal. Podría ser una loca bienintencionada. Una ilusa. Sus visiones podrían ser producto de una mente retorcida y desordenada.

Y había, por supuesto, una tercera posibilidad: que todo fuera verdad.

Garfield consideró que esa era la posibilidad menos probable. Pero

¿y si, de algún modo, por razones que él aún desconocía, ella estaba tramando algo? ¿Le convenía que ella hablara con la policía?

En realidad, no.

Por el momento, lo más inteligente sería escucharla. Oír lo que tenía que decir.

Una vez sentada Keisha de nuevo en el sillón, con Garfield sentado frente a ella, este volvió a hablar.

—En primer lugar, discúlpeme si he sido grosero antes.

—No pasa nada. Sé que lo que hago, el talento que tengo, no lo entiende mucha gente.

—Sí, bueno, he de admitir que tengo mis dudas. Pero como he dicho, quiero saber qué le ha pasado a Ellie con todas mis fuerzas. La quiero muchísimo. No es propio de ella desaparecer de esa manera. Ella no es así. Y ha sido muy duro para Melissa.

—¿Está aquí? —preguntó Keisha.

—Ahora mismo no está. Además, no vive aquí. Se ha quedado a dormir las dos últimas noches, pero ha vuelto a su casa esta mañana. Iré más tarde a recogerla.

—No es lo bastante mayor como para vivir sola —comentó Keisha.

—Cuando Melissa era más joven no le importaba mucho respetar nuestras normas. Así que todos estuvimos de acuerdo en que sería una buena experiencia de aprendizaje para ella.

—Entiendo —dijo Keisha—. Y cuando la vi en las noticias, me pareció que podría estar…

—Sí, está embarazada.

Keisha forzó una sonrisa.

—¡Qué bien!, ¿no?

Garfield no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Sí, es estupendo. La verdad es que no quiero hablar de Melissa. Si tiene algo que decirme sobre Ellie, vaya al grano. Si ha tenido una puta visión y me la quiere contar, hágalo ya.

—Tengo la sensación de que no va a estar muy receptivo con nada de lo que le diga.

Él negó con la cabeza.

—Para nada. Empiece.

—Hay otro asunto que tenemos que tratar antes.

—Ya salió el tema.

—¿Perdón?

—Me lo esperaba. ¿Cuánto me va a costar escuchar un trocito de esa visión suya?

Keisha adoptó una expresión tranquila.

—¿A qué se dedica, señor Garfield?

—Trabajo en Home Depot —dijo.

—¿Y le pagan un sueldo por trabajar allí?

—Desde luego que sí.

—Seguro que hay que tener muchos conocimientos para trabajar allí. Hay que saber de muchas cosas. Sobre pintura, madera, fontanería y electrodomésticos. Y conocer los distintos tipos de tornillos, tuercas y pernos. ¿Estoy en lo cierto? No le pagan solo por el trabajo que hace. Le pagan por lo que sabe. Por su experiencia.

—Continúe.

—Yo no soy diferente —explicó Keisha—. Este es mi medio de vida. Tengo un don y le estoy ofreciendo usarlo para ayudarlo. Pero no presto ningún servicio si no es a cambio de alguna recompensa por mis conocimientos y experiencia. Si contratase a un detective privado para que lo ayudara a localizar a su mujer, no esperaría que dedicara su tiempo y utilizara su experiencia sin recibir una compensación.

—No, claro que no.

—Me alegra oírle decir eso.

—¿Y de qué cantidad de dinero estamos hablando, señora Ceylon? —preguntó.

—Mil dólares —dijo, sin el menor pudor.

Él arqueó las cejas.

—Será una broma.

—Creo que la suma es razonable —replicó Keisha.

Se lo pensó.

—No soy un rico.

—Lo sé —respondió ella—, lo he tenido en cuenta.

—¿Así que la cantidad es variable? ¿Echa un vistazo a la casa y a los coches que hay en la entrada, y si ve un BMW subes el precio? El coste que soporte el mercado, ¿no?

Keisha empezó a levantarse de nuevo.

—Creo que seguiré mi camino, señor Garfield, si le parece bien...

—A ver qué le parece esto —ofreció—. Me da una pista de lo que trata su visión, un pequeño adelanto, y si me parece creíble, le pago quinientos dólares. Y si la información que tiene me lleva a encontrar a Ellie, le pagaré quinientos más.

Keisha consideró sus palabras un momento.

—Le contaré algunos de los destellos iniciales que me han llegado. Si desea saber más, cómo evolucionaron las imágenes, se lo contaré todo por la cantidad total de mil dólares.

Dejó escapar un largo suspiro, preguntándose qué le parecería todo eso a un tercero. Su mujer estaba desaparecida y él dale que dale con un tira y afloja con ella como si se estuviera comprando un Toyota. Pero seguía sin saber a qué jugaba y desconfiaba. Aun así no le pareció que tuviera nada que perder aceptando el trato que le proponía.

—De acuerdo —aprobó.

—Me alegro mucho. No solo porque hayamos llegado a un acuerdo satisfactorio, sino también porque tengo muchas ganas de ayudarlo.

—Sí, sí, vale.

—¿Me puede dar algún objeto de su mujer para que pueda tocarlo?

—¿Por qué?

—Ayuda.

—Creía que ya había tenido una visión. No entiendo por qué necesita tocar algo de Ellie.

—Es parte del proceso. En la visión hay algunos detalles borrosos que pueden llegar a ser más nítidos si estoy en posesión de algo que pertenece a la persona en cuestión, algo que haya estado en estrecho contacto con ella.

—¿Qué necesita?

—Lo mejor sería una prenda de ropa.

—¿Su bata, por ejemplo?

Keisha asintió. Garfield suspiró, se levantó y subió las escaleras. Un momento después volvía a bajar con una bata rosa en las manos. Estaba descolorida y hecha jirones por el uso.

—Gracias —dijo Keisha; dejó la bata en su regazo y puso las dos manos sobre ella; pasó las yemas de los dedos por la franela y cerró los ojos.

Transcurrieron varios segundos sin que ella dijera una palabra. Finalmente, Garfield interrumpió su estado de trance.

—¿Qué pasa?, ¿que tiene mala cobertura? ¿Quiere salir? A lo mejor así consigue más rayitas para su visión.

Los ojos de Keisha se abrieron de golpe y lo miró con desprecio.

—¿Es que todo se lo toma a broma, señor Garfield? Su mujer ha desaparecido, no tiene ni idea de si le ha pasado algo, ¿y hace chistes?

—Lo siento. Adelante, haga su trabajo.

Volvió a cerrar los ojos y se tomó unos segundos para ponerse en situación.

—Siento una especie de… hormigueo.

—¿Hormigueo?

—Algo parecido a cuando se erizan los pelos de la nuca. Esa es la

señal de que voy a percibir algo.

—¿Qué? ¿Qué percibe?

Keisha abrió los ojos.

—Es lo primero que sentí, cuando empecé a captar algo sobre la situación en la que se encontraba Ellie. Su mujer, tiene…

—¿Tiene qué?

—Tiene frío —concluyó Keisha—. Su mujer tiene mucho mucho frío.

# NUEVE

Mientras Keisha esperaba a ver si picaba el anzuelo, dándole así la oportunidad de que cayera en sus redes, pensaba en su punto de partida. Primero lanzar una red grande y después ajustar el enfoque. ¿Por qué no empezar por el tiempo?

Después de todo, era invierno. Todo el mundo tenía frío. Dondequiera que estuviera Ellie Garfield, era lógico que sintiera frío. Vale, quizá no fuera cierto. La noche que desapareció pudo haber conducido hacia el sur y dirigirse directamente a Florida. En un día habría llegado y en ese momento podría estar tomando tranquilamente el sol.

—¿Qué quiere decir con que tiene frío? —preguntó Garfield, que, por primera vez desde que había llegado, parecía intrigado. Atraído.

—Exactamente lo que he dicho. Tiene mucho frío. ¿Se llevó algo de abrigo cuando se fue el jueves por la noche?

—¿Algo de abrigo? Claro que se habría llevado algo de abrigo. No habría salido de casa sin nada en esa época del año.

Keisha asintió.

—Sigo captando que tiene frío. No digo un poco de frío. Quiero decir que está helada hasta los huesos. A lo mejor no era un abrigo lo bastante grueso. O tal vez… ¿Tal vez lo ha perdido?

—No veo cómo podría haber pasado. Basta con mirar al exterior para saber que vas a necesitar un abrigo. Hay cinco centímetros de nieve ahí fuera, por el amor de Dios. —Se hundió de nuevo en el sofá, con cara de fastidio—. No veo que esto lleve a ninguna parte.

—Puedo volver a visualizarlo —ofreció—. A lo mejor, si empiezo a sentir otras cosas, la parte de que tiene frío cobrará más sentido.

—Creía que había tenido una visión. ¿Por qué no me dice cuál era

la visión en vez de manosear la bata de mi mujer?

—Por favor, señor Garfield, mi visión no es como un episodio de *Seinfeld*, no puedo simplemente decirle lo que he visto. Hay destellos, imágenes. Es un poco como vaciar una caja de zapatos llena de fotos sobre una mesa. Está todo revuelto, sin ningún orden en particular. Lo que estoy intentando hacer es parecido a ordenar esas fotos. En este momento, sentada aquí, en la casa de su mujer y con un objeto en las manos que ha estado en contacto con ella, puedo empezar a ensamblar esas imágenes, como si fuera un rompecabezas.

—Me está tomando el pelo. Creo que…

*—Melissa.*

—¿Qué?

—Algo sobre Melissa.

—¿Qué pasa con ella?

—Hay unos *flashes*, de su hija. Y está llorando. Está muy disgustada.

—Por supuesto que está disgustada. Su madre ha desaparecido. Aunque ya lo estaba antes. Melissa era muy problemática, bueno lo es. Ya se lo había dicho. Ha sido una niña difícil. Se fue de casa a los dieciséis años y ahora está embarazada. Tiene problemas. Menuda deducción.

—Hay algo más —dijo Keisha.

Garfield se echó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas, genuniamente interesado. A Keisha le gustaba lo que veía. Otro par de tirones y el anzuelo estaría bien clavado en su mejilla. Y lo único que había hecho por el momento había sido contarle a Garfield cosas que él ya sabía, cosas que todo el mundo sabía. Era invierno. Tenía una hija embarazada. Su madre había desaparecido. ¿Cómo no iba a estar disgustada? En un minuto más o menos llegaría a la

siguiente cosa asombrosamente obvia: el coche. «Pero, primero, tómale el pelo con la hija un poco más».

—¿Cómo que algo más?

—Algo relacionado con el bebé…

—¿Qué pasa con el bebé?

—Háblame del padre —pidió Keisha, dándole la vuelta, dejándole hacer parte del esfuerzo, para ofrecerle al mismo tiempo a ella unas cuantas perlas más con las que trabajar.

—Lester Cody —respondió Wendell Garfield, sacudiendo la cabeza con frustración—. Es dentista, gana más del doble que yo, conduce un Lexus y sería un buen partido para Melissa si despertara y se diera cuenta. Pero adivine qué: no está enamorada de él. Sí, le sobran unos treinta kilos y probablemente le dará un infarto antes de los cuarenta, pero mientras tanto ella podría formar una familia con él. —Señaló a Keisha con el dedo—. El matrimonio es algo más que amor. Eso es importante al principio, pero después de un tiempo, son los problemas del día a día los que hay que superar. Y Melissa va a tener muchos, teniendo que criar a un bebé. Necesita el apoyo de ese hombre. Financiero y emocional.

—¿Y qué piensa Ellie de todo esto?

Él parpadeó.

—Ella… piensa lo mismo. Al principio se enfadó porque era mucho mayor que ella, pero si pones todo en una balanza Melissa habría podido acabar con alguien mucho peor. Como ese tipo del Cinabbon. ¿Estamos locos?

—¿Han tenido Ellie y ese señor Cody algún tipo de enfrentamiento? Veo algunos destellos de discusiones.

«Destellos, sí, eso había estado bien». Keisha sabía que, si tuviera una hija que se hubiera quedado embarazada y no quisiera casarse con el padre, intentaría hacerla entrar en razón, a menos que el tipo fuera un completo gilipollas. Pero ¿un dentista? ¿Con la pasta que

ganaban? ¿Qué demonios le pasaba a esa chica? Lo que probablemente haría Keisha sería hablar con el tipo y le dará algunos consejos para que conquistase a la chica.

No era descabellado pensar que a Eleanor Garfield se le hubiera ocurrido lo mismo.

—Llamó a Lester un par de veces —explicó Garfield—. El tipo está bastante destrozado por todo el asunto. A él le gusta mucho Melissa y parece dispuesto a dar un paso al frente para mantener al niño, pero ella no quiere nada con él. —Frunció el ceño—. Ellie estaba muy disgustada por toda la situación. No hablaba de otra cosa.

«¿Estaba disgustada?».

«Avanza», pensó Keisha. El hombre estaba alterado y no pensaba con claridad lo que decía.

—A ver —dijo Keisha—, ¿cree que Ellie podría haber ido a ver a Lester para hablar con él sobre lo que pasaba?

Pero chirriaba algo, ¿verdad? Se había referido a Melissa y a Lester en presente, pero cuando había mencionado a Ellie se le había escapado el pretérito imperfecto.

Keisha estaba segura de que no se lo había imaginado. Ojalá hubiera grabado la conversación para poder escucharla de nuevo. Keisha pensó que a lo mejor significaba que Garfield ya había perdido la esperanza de que su mujer volviera a casa con vida. Ya había aceptado el hecho de que estaba muerta. Sin duda era una posibilidad, y si era así, era una lástima, porque la esperanza era el ingrediente principal. Si el hombre había perdido la esperanza, no vería el valor de contar con Keisha. Al fin y al cabo, hacía casi cuatro días que no la veía. No se le podía echar en cara que se temiera lo peor.

—¿Está sugiriendo que Lester podría estar involucrado en la desaparición de mi mujer? —preguntó Garfield.

Por fin se le había ocurrido algo interesante. Tal vez, en algún

rincón de su mente, Garfield albergaba sospechas sobre Lester. Y a Keisha le gustó que hubiera empezado a hacerle preguntas. Como si creyera que ella podría tener las respuestas. Sería fácil llevarlo por ese camino, que tal vez su mujer se había encontrado con Lester y que habían acabado discutiendo sobre Melissa, pero Keisha pensó que sería más prudente esperar un poco y volver a ello más tarde si se daba la oportunidad. A lo mejor eso era lo que Garfield esperaba de ella, que dirigiera la discusión hacia donde él la llevara. O a lo mejor todo era una especie de prueba, así que era mejor ir en otra dirección.

Tenía que hablarle de algo que no se esperara.

—El coche —dijo.

—¿Qué?

—Sigo viendo algo sobre el coche.

—¿Qué coche? ¿El de Lester?

—No, el coche de su mujer. Un Nissan. —Lo había leído en Internet.

—Correcto, es un Nissan del 2007. Plateado. ¿Qué pasa con el coche?

Keisha volvió a cerrar los ojos. Quitó las manos de la bata que seguía en su regazo y se frotó las sienes.

—El… el coche no está en una carretera. —Garfield no dijo nada—. No está en una carretera, seguro. Está… está…

Parecía que Garfield estaba conteniendo la respiración.

—¿Dónde está? —preguntó, de repente, con impaciencia—. Si no está en una carretera, ¿dónde demonios está?

Keisha apartó los dedos de la cabeza, abrió los ojos y miró al hombre directamente a los ojos.

—Creo que de momento no puedo llegar más allá, señor Garfield.

—Pero ¿a qué se refería? ¿Qué pasa con el coche?

—Señor Garfield, creo que me estoy acercando a algo y voy a

necesitar todo mi poder de concentración. No quiero estar distraída preguntándome si va a hacer lo correcto.

Se pasó la lengua por el interior de la boca y por los dientes.

—El dinero —dijo.

—Sí —replicó Keisha.

—No tengo mil dólares guardados en casa.

—¿Cuánto tiene?

—Puede que trescientos.

—Aceptaré un cheque por el resto —sugirió con amabilidad.

# DIEZ

Garfield tuvo que admitir que cuando la supuesta vidente le había dicho que Ellie tenía mucho frío, se había asustado mucho.

Pero como al final no había entrado en detalles, había supuesto que no significaba nada. Era invierno. Hacía frío. Era lo normal. No significaba que la mujer fuera el maldito Nostradamus. Tenía tanta habilidad para comunicarse con los desaparecidos y los muertos como la meteoróloga de las noticias de las seis para predecir si iba a nevar al día siguiente.

Pero entonces mencionó el coche. ¿Por qué de repente quería hablar del coche? Y luego dijo: «No está en una carretera, seguro».

En eso tenía toda la razón.

Ese coche estaba en el fondo del lago Fairfield, a sesenta kilómetros al norte de allí. Iban a tardar muchísimo tiempo en encontrarlo, si aparecía alguna vez. Estaba seguro de que allí el agua debía tener una profundidad de catorce o quince metros. Probablemente ya estaba cubierto de hielo. Habían bajado las temperaturas desde el jueves por la noche. Pasaría la primavera antes de que hubiera una remota posibilidad de que alguien lo encontrara. Alguien tendría que estar buceando, justo en ese lugar, para toparse con él. E incluso si algún pescador enganchaba el anzuelo en el coche, no iba a flotar a la superficie como si fuera una bota vieja. Tendrían que cortar el sedal y poner un anzuelo nuevo.

¿Cómo podía saber Keisha Ceylon que el coche no estaba en una carretera?

Podría haber acertado de casualidad. Así de sencillo. Pero ¿y si no hubiera sido así?

En ese caso, a Garfield solo se le ocurrían dos escenarios posibles.

Uno, que esa mujer de verdad tenía una especie de sexto sentido. Nunca se había creído esas cosas, no como su hermana mayor, Gail, que estaba pensaba que era muy probable que en una vida anterior hubiera sido Nefertiti, se había comprado todos los libros de Sylvia Browne —incluso los tenía en formato audiolibro para poder oírlos en el coche— y afirmaba que justo en el momento en que murió su padre, se presentó ante ella para decirle lo mucho que lamentaba no haberle dicho nunca que la quería. El marido de Gail, Jerry, decía que en ese momento roncaba como una morsa, pero que ella qué sabría.

Así que, aunque Garfield era un escéptico, estaba dispuesto a admitir que a lo mejor estaban actuando fuerzas que no comprendía del todo. Tal vez algunas personas tenían una sensibilidad especial y podían captar cosas que los demás pasaban por alto. Tal vez esa mujer tenía visiones de verdad. ¿De qué otra forma se podría explicar la historia de Nina, la niña secuestrada por el vecino?

Así que si ella tenía ese don, y de verdad había tenido una visión sobre Ellie, entonces sabía algo.

El otro escenario —no más tranquilizador— era que todo ese rollo médium fuera una actuación. Una farsa total. Una completa y absoluta mentira. Una actuación para ocultar que la información que tenía le había llegado de una forma mucho menos mística.

Ella había visto lo que había pasado. No en una visión, sino con sus propios ojos.

Garfield pensó en ello mientras iba a la cocina a coger los trescientos dólares en metálico y la chequera.

¿Y si estaba allí? ¿Y si Keisha Ceylon estaba en el lago esa noche? A lo mejor vivía en una de las cabañas que había en la orilla. En el trayecto hasta allí, Garfield estaba completamente seguro de que no habría testigos. En ese tramo del lago las viviendas que había eran de temporada. En esa época del año, la mayoría de las cabañas

estaban tapiadas. A finales de noviembre, casi todo el mundo había cortado el agua, había vertido anticongelante en las tuberías, había sacado las ratoneras, había esparcido bolas de naftalina, había tapado las ventanas y había regresado a sus cómodos hogares de la ciudad, sin planes de volver hasta la primavera.

Pero en ese momento, Garfield tenía que considerar la posibilidad de que hubiera gente en una de las cabañas. A lo mejor alguien —Keisha— estaba mirando por la ventana aquella noche y se había dado cuenta de que había conducido un coche con las luces apagadas hasta el reciente hielo cubierto solo por una fina capa de nieve. Con esa minúscula luna bastaba para que cualquiera pudiera hacerse una idea de lo que estaba pasando.

Alguien podría haber visto cómo llegaba esa coche en silencio y paraba allí. Luego habría visto salir del lado del conductor a un hombre que llevaba una escoba en la mano, y que había intentado barrer las huellas de los neumáticos mientras regresaba a la orilla.

Y entonces alguien podría haber visto a ese mismo hombre detenerse y mirar hacia atrás, esperando, esperando y esperando a que el coche se precipitara a través del fino hielo.

Garfield se estremeció al recordarlo. Había sido una pesadilla. Durante unos instantes, de pie bajo el frío glacial, creyó que el coche no iba a caer. Que se quedaría ahí, y allí seguiría por la mañana cuando saliera el sol.

Con el cadáver de su mujer aún con el cinturón puesto, en el asiento del copiloto.

Ese mismo día, había hablado con unos clientes del Home Depot, un par de tipos que vivían por allí, que le habían dicho que el lago estaba empezando a helarse muy deprisa, que ya se podía caminar por él, pero que el hielo todavía no era lo bastante grueso como para soportar peso. Al menos, no por mucho tiempo.

No le dio mucha importancia en ese momento. Pero volvió a pensar

en esa conversación esa noche.

Después de que hubiera pasado todo. Después de que estuviera muerta.

Cuando necesitaba un plan.

A lo mejor Keisha Ceylon estaba allí, en el lago. Era la persona que lo había visto todo desde una de esas cabañas. Cuando la historia de su mujer salió en las noticias, ella había atado cabos.

«Y ahora está aquí intentando sacarme dinero», pensó. No se trataba de chantaje. Si hubiera sido así de directa, si le hubiera dicho: «He visto lo que has hecho, e iré a la policía con lo que a no ser que me pagues», se habría arriesgado mucho. Por lo que había visto, él podría encontrar una manera de mantenerla callada que no implicara darle dinero.

Solo tendría que matarla.

Pero usar el numerito paranormal había sido una genialidad. Sabía lo suficiente como para despertar su curiosidad, para preocuparlo lo justo para que le pagase para averiguar cuánto sabía realmente. Después, una vez que tuviera el dinero, ella mantendría la información lo suficientemente vaga como para que él siempre se quedara con la duda. Nunca tendría que revelar su juego. Nunca tendría que decir que había estado allí. Pero cuando se fuera, le habría hecho saber que, si quisiera, podría hacer que lo encerraran para el resto de su vida.

Pues bien, Keisha Ceylon no era tan lista como se creía.

A Wendell Garfield no le interesaba nada correr riesgos.

# ONCE

Después de que su padre la dejara en la puerta de su edificio, cuando subió al apartamento, Melissa se sintió mareada y con náuseas.

Hacía solo un minuto que había entrado por la puerta cuando tuvo que ir corriendo al baño. Se arrodilló frente al retrete justo a tiempo.

Se lavó y se miró al espejo.

—Menuda pinta —dijo. Tenía el pelo sucio y apelmazado y bolsas en los ojos, lo que no era de extrañar, dado lo poco que había dormido desde el jueves por la noche.

Melissa apoyó la mano en la parte superior de su barriga de embarazada, la acarició y sintió que se movía algo por dentro. Entonces se echó a temblar y se le humedecieron los ojos. Con todo lo que había llorado en los últimos días, no podía creer que le quedaran lágrimas, pero seguían saliendo.

Quería arrastrarse dentro de la cama y no despertarse nunca. Meterse bajo las sábanas, taparse la cabeza con ellas y quedarse así para siempre. No quería volver a enfrentarse al mundo.

Todo era horrible.

No podía dejar de pensar en su madre, en su padre, en Lester, en el bebé y en cómo su vida se había descontrolado totalmente en el último año. Y en que no le parecía que fuera a mejorar.

Pensó en la rueda de prensa, en lo empeñado que estaba su padre en que no debía participar.

—No lo hagas —le había dicho—. No te obligues a pasar por eso. No es necesario. Yo puedo hacerlo solo.

—No, debo hacerlo.

—Melissa, te estoy diciendo…

—No, papá, tengo que hacerlo. No puedes impedírmelo.

Recordó lo fuerte que le había agarrado el brazo, hasta casi hacerle daño, cómo la había mirado a los ojos.

—Lo digo en serio, vas a cometer un error.

—Si no lo hago —había dicho ella—, la gente pensará que no me importa.

Y entonces, a regañadientes, había cedido. Pero fue muy firme con ella.

—Déjame hablar a mí. No quiero que digas nada, ¿has entendido? Puedes llorar todo lo que quieras, pero no vas a decir ni una maldita palabra.

Así que no lo había hecho. De todos modos, no estaba segura de haber podido. Tal y como él había supuesto, Melissa empezó a llorar a lágrima viva. Y esas lágrimas eran de verdad. No había sido capaz de parar. Estaba sumamente triste. Y no solo triste: estaba asustada.

Sabía que su padre la quería muchísimo. Lo creía de corazón. Pero no le servía de consuelo. En ese momento no.

Había dicho lo que tenía que decir. Lo había ensayado con ella.

—Tu madre se fue a hacer la compra y no sabemos nada más —había explicado—. Se fue como siempre. Podría haber pasado cualquier cosa. A lo mejor se ha fugado para irse con otro hombre o…

—Mamá nunca haría eso —lo había interrumpido Melissa, resoplando. Se preguntó si había puesto tanto énfasis en la palabra «mamá» que a lo mejor su padre se había dado por aludido. Lo había visto una noche, saliendo del hotel Days Inn con una mujer. Pero nunca le había dicho nada, nunca le había dicho que sabía lo que había estado haciendo.

Si había notado algo en su tono, no lo había demostrado. Estaba demasiado preocupado preparándose para la rueda de prensa. No paraba de decirle la historia que tenía que contar a la policía cuando

hablaran con ella. Porque la policía iba a querer hablar con ella, estaba segura.

—O a lo mejor el tío ese que roba coches, puede que haya sido él. Puede haber pasado cualquier cosa. El mundo está lleno de gente loca. La policía tendrá todo tipo de teorías, y si nunca lo resuelven, pues qué le vamos a hacer.

—Vale.

—Lo principal es que tú no lo sabes. No tienes ni idea. Esa noche estabas sola en casa. Eso es todo lo que sabes. ¿Está claro?

—Sí, papá.

Se metió en la cama, se tumbó de lado y apoyó la cabeza en la almohada. Cogió un par de pañuelos de la caja que tenía en la mesilla y se secó los ojos.

Sonó el teléfono.

Pensó que podría ser su padre, así que cogió el auricular sin mirar la pantalla de llamadas.

—¿Hola?

—Dios mío, ¿Mel? ¿Eres tú? —Era su compañera de piso, Olivia.

—Sí, soy yo.

—Acabo de recibir un mensaje en Facebook sobre tu madre. Ay, Dios mío, ¿qué ha pasado?

—Se ha ido —dijo Melissa, y al instante se dio cuenta de que habría sido mejor decir que había desaparecido.

—¿A dónde? —preguntó Olivia.

—No sé. Se fue a la compra el jueves por la noche y no la hemos vuelto a ver desde entonces. Estaba sola en casa, así que no sé nada al respecto.

Lo había contado como su padre le había dicho.

—Pero ¿qué creen que pasó? —insistió Olivia—. ¿Tuvo un accidente? ¿Se despeñó con el coche y aún no la han encontrado?

—No lo sé, ¿vale? No sabemos nada. Solo queremos…, solo

tenemos la esperanza de la policía la encuentre.

—¿Puedo hacer algo? ¿Puedo ayudarte con algo? Me siento fatal por no estar allí. ¿Cómo está tu padre? ¿Cómo lo lleva?

«Bastante bien», pensó.

—No puedo decirte nada más —dijo Melissa—. Tengo que dejarte.

—Sí, pero ¿qué pasa con…?

Melissa colgó.

—No puedo hacerlo —se dijo a sí misma.

Si no podía soportar unas cuantas preguntas de su compañera de piso, ¿cómo iba a aguantar a largo plazo? ¿Cuánto tiempo podría guardar el secreto? ¿Cuánto tiempo podría aguantar sin contar lo que realmente había pasado?

¿Cómo era eso que solía decirle su madre?

«Tienes que vivir la vida como si alguien te estuviera vigilando todo el rato. Compórtate de manera que nunca puedas avergonzarte de lo que has hecho».

Se giró para apoyarse sobre su otro costado y luego volvió a la postura inicial. Era muy difícil colocarse en una postura cómoda por culpa del bebé. Al final, echó las sábanas hacia atrás, puso los pies en el suelo y se sentó en el borde de la cama con la cabeza entre las manos.

—No puedo hacerlo —repitió—. Tengo que hacer lo correcto. No importa si le hago daño a alguien.

Se preguntó si debía llamar a un abogado, pero no conocía a ninguno. No quería elegir uno al azar de la guía telefónica. Tal vez debería llamar a Lester. Seguro que siendo dentista conocía a algún abogado. Los médicos y dentistas recibían un montón de demandas, ¿no? Pero ¿merecía la pena? Si su plan era decir la verdad, ¿en serio necesitaba que alguien la representara?

Melissa decidió ducharse primero para estar presentable. Antes de entrar en el baño, llamó a un taxi y pidió que la esperara fuera una

hora más tarde. Permaneció debajo del chorro hasta que dejó de salir agua caliente.

Se vistió despacio. Quería estar guapa. Últimamente no había mucha ropa que le quedara bien, pero encontró un vestido suelto y vaporoso que le podía hacer el apaño. Estaba esperando de pie en la acera cuando el coche amarillo dobló la esquina. Cuando subió, el conductor le preguntó adónde quería ir.

—A la comisaría —pidió.

—Vale —aceptó, y luego se echó a reír—. Pensaba que ibas a decir «al hospital».

—Todavía me faltan un par de meses. No voy a dar a luz en tu coche.

—Es bueno saberlo —dijo, y puso el coche en marcha—. Nunca ha nacido ningún niño en mi coche y espero que no pase nunca.

No volvió a hablar durante el resto del camino. Estaba demasiado ocupada pensando, dándole vueltas a lo mucho que se iba a enfadar su padre con ella.

# DOCE

Parecía que Garfield se estaba tomando su tiempo en la cocina, pero cuando regresó tenía un montón de billetes en la mano y un cheque.

—Al final tenía cuatrocientos veinte en efectivo y he puesto quinientos ochenta en un cheque —dijo, entregándole todo—. He dejado en blanco la parte del nombre. No estaba seguro de cómo se escribía. Tiene un nombre un poco raro.

Evidentemente, se había olvidado de que llevaba su tarjeta de visita en el bolsillo de la camisa, pero no importaba, ella podía rellenarlo más tarde. Echó un vistazo rápido para asegurarse de que estaba todo bien, por si acaso. Era increíble la frecuencia con la que la gente cometía un error a propósito para que no se pudiera cobrar. Se equivocaban de fecha o no lo firmaban. Keisha conocía todos los trucos. Ella misma los había probado con su casero. Pero el cheque estaba bien. Revisó los billetes para asegurarse de que el importe era correcto, introdujo el cheque dentro del fajo y lo metió todo en un bolsillo del forro de su bolso, que volvió a dejar a su lado, abierto, sobre la alfombra.

—¿Va todo bien? —preguntó—. Ha tardado bastante en volver. — En un momento dado, se había preguntado si no estaría llamando a la policía.

—Sí, todo bien —dijo—. Es que no encontraba ningún bolígrafo.

—Debería haberme preguntado. Tengo un par en el bolso.

—Al final encontré uno en el cajón.

—Bueno, ¿continuamos? —Movió el bolso al lado del sillón.

—¿Quiere un café? —preguntó.

—No, estoy bien, gracias.

—Estaba a punto de prepararme una taza de té cuando ha llamado

a la puerta. ¿Un té?

—No, estoy bien.

Garfield se sentó en el sofá.

—Entonces, ¿vive aquí? ¿En Milford?

¿Qué estaba pasando? Había llevado a Garfield casi al límite al decirle que el coche de su mujer no estaba en ninguna carretera. Lo había tenido en sus manos. Tenía curiosidad, no había duda.

Había sido el momento ideal para pedirle el dinero.

Así que había ido a la cocina a buscar el dinero y le había extendido un cheque, y ya estaba de regreso, listo para continuar, ¿y le preguntaba si quería un café? ¿O un té? ¿Dónde vivía?

¿Estaba ganado tiempo? A lo mejor sí que había llamado a la policía mientras estaba en la cocina y les había contado que había una loca en su casa intentando sacar provecho de su situación. ¿Pero no lo habría oído si hubiera llamado? Lo escuchó en la cocina todo el tiempo.

—Lo siento, ¿qué quería saber? —preguntó.

—Si vive en Milford.

—Sí, no muy lejos de aquí. Justo antes de cruzar el puente hacia Stratford. Vivimos allí desde hace tiempo.

—¿Tiene hijos?

—Sí, un niño de diez años.

—Un niño —dijo casi con nostalgia—. Habría estado bien tener un hijo. Tampoco lamento que tuviéramos a Melissa, pero un niño, además de ella, habría sido maravilloso. —Sonrió—. Entonces, Keisha, ¿pasa todo el año en la ciudad? ¿O tiene una casa de verano?

Keisha pensó que se estaba volviendo todo muy extraño.

—Solo tengo una casa, señor Garfield, y vivo en ella todo el año. ¿Quiere oír lo que tengo que decir, o no? Ya me ha pagado, supongo que querrá escuchar por lo que ha pagado.

Él le hizo un gesto con la mano.

—Por supuesto.

—Como iba diciendo, he visto una especie de *flashes* del coche que conducía su mujer. —Keisha seguía con las manos sobre la bata, amasando de vez en cuando la tela entre los dedos—. El Nissan plateado.

—Ha dicho que el coche no estaba en una carretera —dijo Wendell Garfield—. Si no está en una carretera, ¿dónde lo ve?

Keisha volvió a cerrar los ojos.

—No es un aparcamiento. Supongo que eso seguiría contando como estar en la carretera, en cierto modo. No lo veo en un garaje.

—¿Y en el agua? —preguntó Garfield—. ¿Ve algo de agua?

«Qué curioso», pensó Keisha. Le acababa de preguntar si tenía una casa de verano, y ahora le mencionaba el agua. Antes había pensado en Florida. Tal vez Garfield sabía más de lo que decía. A lo mejor ella se había marchado a Miami con otro hombre, pero a Garfield le daba vergüenza admitirlo. Pero ya había dejado caer que Ellie Garfield tenía mucho frío, así que, si planteaba Florida como posibilidad, iba a caer en una contradicción.

Había que seguir con el frío. Así que si hacía frío, el agua… podría estar congelada.

Cerró los ojos un momento y luego los abrió.

—Es curioso que mencione el agua. He visto algo, una cosa brillante y pensé que podía ser agua, pero a lo mejor era hielo.

—Hielo —dijo Garfield.

Esa vez, Keisha mantuvo los ojos abiertos.

—Sí, hielo. ¿Hielo en un vaso? ¿Hielo en una pista de patinaje? ¿Hielo muy plano? ¿Quizás hielo negro, en la carretera, que hizo que el coche derrapara? ¿Tiene el hielo algún significado para usted? ¿Algo relacionado con su mujer?

—¿Por qué iba a significar algo para mí? —respondió con un deje

defensivo en su voz—. Es usted la que ha mencionado el agua. Y luego ha mencionado el hielo. Yo no he dicho nada del hielo.

—Pero parece que tiene algún significado para usted —replicó Keisha—. Lo he visto en su expresión.

—¿Por qué ha dicho «hielo plano»? ¿Se refiere al de un lago?

—Solo ha sido uno de los tipos de hielo que he mencionado. Pero intuyo que hay una conexión ahí. ¿Por qué no me dice qué puede ser?

Garfield se puso de pie. Dio unos pasos a la derecha del sofá, se giró y caminó en la otra dirección. Se acariciaba la punta de la barbilla, meditando algo.

—¿Qué pasa? —preguntó Keisha.

Se paseó unos segundos más y luego se detuvo. Miró a Keisha, la estudió un momento y luego apuntó un dedo acusador en su dirección.

—Creo que ya es hora de que sea sincera.

—¿Acerca de qué?

—Sobre lo que de verdad está pasando aquí.

—Lo siento, señor. Garfield, pero no entiendo lo que dice.

—Todo ese numerito paranormal que tiene montado es una gilipollez, ¿no?

Keisha suspiró.

—Ya se lo he dicho, si quiere llamar al padre de Nina para quedarse tranquilo, no tengo ningún problema. Estaré encantada de darle el número.

—¿Tiene a un cómplice esperando para responder la llamada? ¿Alguien que me diga lo que quiero oír?

Keisha negó con la cabeza y lo miró con ojos de cordero degollado para hacerle creer que había herido sus sentimientos. Lo que ella pensaba en realidad era que menos mal que había pagado casi la

mitad en efectivo y que tenía el cheque. Iría al banco de camino a casa para cobrarlo antes de que él llamara para impedir el pago.

—Siento mucho que piense eso de mí, señor Garfield. Justo cuando pensaba que estábamos progresando de verdad. Tengo que contarle muchas cosas más.

—Apuesto a que sí. Y lo que sea que crea que sabe no tiene nada que ver con visiones ni con comunicarse con los muertos ni con malditas hojas de té ni nada por el estilo. Lo que sabe lo ha averiguado de otra manera.

—Le aseguro que yo...

—Deme la bata de mi mujer. No quiero que la toque más.

Keisha se la entregó. Estaba claro que ya no tenía nada más que hacer allí.

—Gracias —dijo, haciendo una bola con ella.

Keisha cogió el bolso, se lo puso en el regazo, se aseguró de que estaba bien cerrada la cremallera y empezó a levantarse.

—Espere, no se vaya todavía —la detuvo Garfield.

—No veo qué sentido tendría quedarme más tiempo, señor Garfield. Está claro que me ve como una especie de estafadora. Llevo en esto el tiempo suficiente para saber cuándo se están burlando de mi don. Así es como reaccionan algunas personas, pensando que lo que hago es una farsa, y si esa es la conclusión a la que ha llegado, entonces estaré encantada de seguir mi camino —dijo mientras pensaba: «No te pienso devolver el cheque, hijo de puta. Tendrás que rebuscar en mi bolso para conseguirlo».

—¿La he ofendido? Vaya, si ha sido así, lo siento muchísimo.

—Acaba de acusarme de tener un cómplice para mentirle sobre mis éxitos. ¿Le parece raro que me ofenda por eso?

Él seguía paseándose, acariciando la bata, manoseándola como si fuera un montón de arcilla al que estuviera dando forma. Keisha vio cómo daba unos pasos hacia un lado y luego hacia el otro. Se le

ocurrió que así era como formaba sus pensamientos, paseando por la habitación.

—Es muy lista, tengo que admitirlo —dijo. Keisha no respondió. Empezaba a intuir lo que estaba pasando. Debería haberse dado cuenta un poco antes—. Muy muy lista. —Se acercó a una de las ventanas del salón y mirando a través de las lamas de las persianas para echar un vistazo a la calle. Estaba ligeramente detrás de Keisha, a un lado, por lo que ella tuvo que girarse para poder verlo —. Me gustaría disculparme. Olvide lo que acabo de decir. ¿Por qué no sigue donde lo ha dejado y me cuenta más cosas de su *visión*?

—Señor Garfield, no estoy segura…

—No, no, por favor, siga hablando.

Keisha volvió a dejar el bolso sobre la alfombra y apoyó las manos en el asiento, a los lados de los muslos.

—¿Quiere que siga con el hielo, o que pase a otra cosa?

—¿Por qué no dice simplemente lo primero que se le pase por la cabeza?

Keisha tenía un mal presentimiento. Nunca había tratado con alguien así. Garfield no actuaba de manera coherente. En un momento dado, había perdido interés por lo que estaba diciendo, luego había querido que se fuera y en ese momento parecía que había cambiado de opinión y le había pedido que le contara más cosas.

No le importaba lo que tuviera que decir, pero no quería que se fuera.

Algo iba muy mal. Ya sabía lo que pasaba.

«Ha sido él. Lo ha hecho él».

Eso lo explicaba todo. Keisha quería darse de tortas por no haberse dado cuenta antes. Llevaba suficiente tiempo en el negocio, como para saber que cuando asesinaban a una mujer —o desaparecía— el marido era siempre el principal sospechoso. No era muy frecuente

que los asesinos fueran desconocidos. Los homicidas eran personas del entorno. A las mujeres las asesinaban sus maridos. A los hombres los asesinaban sus mujeres.

El hombre se había alejado de la ventana y estaba andando por detrás de la silla de Keisha. Iba a tener que darse la vuelta para no perderlo de vista.

—Pensándolo mejor, háble me del hielo, por qué no.

Lo que la había desconcertado había sido la rueda de prensa televisada. Había supuesto que, si la policía hubiera sospechado que Garfield había asesinado a su mujer, no le habrían dejado comparecer ante las cámaras. ¿O sí? Tuvo que admitir que era bueno. Sus lágrimas parecían de verdad. La forma en la que había abrazado a su hija embarazada para consolarla también había sido muy convincente.

Keisha no pensaba que todas las personas a las que engañaba fueran inocentes. Los culpables solían ser los mejores objetivos. A veces estaban tan ansiosos por aparentar que no sabían nada que pagaban sin dudar por escuchar lo que ella tenía que contarles, diciéndose a sí mismos «Así pareceré más inocente. Un auténtico asesino nunca contrataría a una médium para que lo ayudase, ¿verdad?*».*

Quizá eso explicaba por qué Garfield, al principio, había accedido a escucharla. Pero algo había ocurrido durante su conversación. Las tornas habían cambiado. Cada vez estaba más ansioso. ¿Había dado realmente con algo por accidente?

¿Fue cuando dijo que su mujer tenía frío? ¿Cuando dijo algo así como que el coche estaba fuera de la carretera? ¿Esos comentarios se habían acercado lo suficiente a la verdad como para que Garfield pensara que ella sabía lo que había ocurrido?

Era hora de largarse. A lo mejor —y no podía creerse que estuviera pensando en eso— incluso le devolvía su dinero. Diría algo así como:

«¿Sabe una cosa? Cualquier visión que pudiera haber tenido se ha ido. No puedo ver nada. Las señales se han desvanecido. Los *flashes* se han acabado. Así que creo que lo mejor sería que le devolviera el dinero y siguiera mi…».

Pero justo entonces, apareció un destello rosa ante sus ojos. Aunque esa vez no era una visión. Era el cinturón de la bata.

Y en ese momento Garfield lo estaba enrollando alrededor del cuello apretando con fuerza.

# TRECE

La detective de la policía de Milford Rona Wedmore se identificó en el mostrador de atención al cliente de Home Depot y explicó que estaba investigando la desaparición de Eleanor Garfield, esposa de uno de sus empleados.

—Nos gustaría hablar con los compañeros del señor Garfield para ver si pueden sernos de alguna ayuda —explicó Rona.

—Ah, ¿sí? —dijo una mujer bajita y rechoncha con un delantal naranja.

—Hemos pensado que, a lo mejor, la señora Garfield conoce o es amiga de algunos de los compañeros de trabajo de su marido.

—No creo que conozca a nadie que trabaje aquí —respondió la mujer—. Ni siquiera yo la conocía. Creo que nunca la he visto en la tienda, aunque todos nos sentimos fatal por lo que ha pasado, ya sabe. Nos sentimos muy mal por Wendell. Qué cosa tan horrible, ¿verdad?

Rona miró la etiqueta con el nombre de la mujer.

—¿Crees que es posible que conozcas al señor Garfield tan bien como cualquiera de por aquí, Sylvia?

La mujer se encogió de hombros.

—Lo conozco bien. —Se inclinó sobre el mostrador para no tener que levantar la voz—. Pero supongo que, si quiere hablar con la persona que mejor lo conoce, esa es Laci.

—¿Laci?

—Laci Harmon —aclaró Sylvia, asintiendo.

—¿Son amigos la señora Harmon y el señor Garfield, Sylvia?

—Bueno, no quiero decir nada que pueda meter en un lío a alguien —dudó Sylvia.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, nada en absoluto. Solo digo que, si quiere hablar con alguien que conoce a Wendell, ya sabe, de forma íntima, ella es la indicada. —Puso el énfasis justo en la palabra, no demasiado fuerte, pero lo suficiente.

—Ya veo —comentó la detective Wedmore—. ¿Sabes si se encuentra aquí ahora?

—Sí que está. Lo más probable es que esté en Electricidad o en Accesorios de iluminación.

—¿Por dónde queda eso?

Rona se dirigió hacia donde Sylvia le había indicado. Solo encontró clientes en el pasillo de componentes eléctricos, pero había una mujer reponiendo estantes bajo un grupo de lámparas. Wedmore podía sentir en la cabeza el calor que desprendían.

—Perdone —dijo Wedmore—. ¿Es usted Laci Harmon?

La mujer se volvió, sobresaltada. Wedmore calculó que tendría unos cuarenta y cinco años y que pesaba unos setenta kilos. Bien proporcionada en los lugares correctos, y un poco demasiado rechoncha en los equivocados. Tenía el pelo castaño y lo llevaba suelto e iba sin maquillar; miró a Wedmore a través de unas gafas de montura negra.

—¿Sí?

Wedmore mostró su identificación.

—Intento averiguar qué le ha pasado a Eleanor Garfield.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Ellie! Qué horror.

—Esperamos que no le haya ocurrido nada horrible —dijo Wedmore —. Estamos hablando con todos los que podrían ayudarnos y tengo entendido que usted y el señor Garfield son compañeros de trabajo.

El cuello de Laci Harmon se sonrojó.

—Pues claro, todos trabajamos con Wendell. Tiene muchos compañeros de trabajo. Desde luego, yo no soy la única.

—Tengo entendido que usted podría conocerlo un poco mejor que los demás.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó Laci.

—¿No es verdad?

Laci se encogió de hombros.

—A ver, hablamos, claro. Cuando ves a alguien en el trabajo todos los días, lo saludas, bromeas, cosas así… Nada importante.

—Yo no he dicho que lo fuera —replicó Wedmore—. Parece que está un poco nerviosa, señora Harmon. ¿Va todo bien?

—Estoy bien. Perfectamente bien. Es que no estoy acostumbrada a que me interrogue la policía.

—¿Le parece esto un interrogatorio? Solo le estoy haciendo un par de preguntas.

Laci Harmon se rio, nerviosa.

—Supongo que, bueno, estamos todo un poco nerviosos, nada más. Nos preocupa Wendell. Ya sabe, por lo de Ellie.

—Por supuesto, es lo normal. ¿Conoce a la señora Garfield?

Laci negó con la cabeza.

—No, no la conozco. Puede que la haya visto una vez, en alguna fiesta de empresa hace un par de años, pero no la reconocería ni aunque me tropezara con ella. —Se llevó la mano a la boca—. Eso no ha sonado nada bien. Como si fuera a tropezar con ella. Como si estuviera tirada en el suelo o algo así. —Soltó una risita nerviosa—. Dios mío, parezco idiota.

Wedmore no dijo nada, pero estaba pensando que en la placa de identificación de la mujer debería poner «culpable».

—Como ya le he dicho, estoy muy preocupada por ella, espero que no le haya pasado nada malo.

—¿Por qué está tan preocupada por ella si no la conoce?

—No hace falta conocer a una persona para preocuparse por ella.

Es decir, cuando le pasa algo a alguien que está relacionado con alguien que te importa, no creo que sea nada raro.

—¿Y a usted le importa Wendell? —preguntó Wedmore.

—Vale, a lo mejor he elegido mal las palabras. Me preocupo por él lo mismo que me preocuparía por cualquiera de mis compañeros, ¿entiende? Eso es todo. —Se secó un hilo de sudor que le corría por la sien—. Estas luces dan un montón de calor.

—Yo estoy bien —dijo Rona, aunque sentía lo mismo. Podría haberle ofrecido irse a hablar a otra parte, pero decidió que ese estaba resultando ser un buen sitio—. ¿Cuánto hace que conoce al señor Garfield?

—Vale, a ver, empecé a trabajar aquí hace tres años. Trabajaba en Sears, pero cuando empezaron a publicar ofertas de trabajo aquí presenté mi currículum porque está más cerca de mi casa, y Wendell ya trabajaba aquí en aquel momento, así que supongo que desde hace tres años. Lo conozco desde hace tres años. Sí, eso es. Tres años. —Se rio.

—¿Cómo lo ha visto últimamente?

—¿A qué se refiere?

—Exactamente lo que he dicho. ¿Cómo lo ha visto? ¿Era el de siempre? ¿Últimamente parece más estresado?

—¿Cómo no va a estar estresado? A ver, su mujer ha desaparecido. ¿Quién no se estresaría por eso?

—Entonces, ¿ha hablado con él desde que desapareció su mujer?

—¿Eh?

—He dicho que si ha hablado usted con él desde que desapareció su mujer.

—A ver, déjeme pensar… —Se pasó los dedos por la barbilla en una exagerada muestra de concentración.

—Señora Harmon, solo han pasado tres días. ¿Le cuesta recordar sucesos tan recientes?

—No, no, es que estaba intentando acordarme de cuando lo había llamado exactamente. Ya sabe, para decirle que aquí en la tienda todos pensábamos en él y que, si había algo que pudiéramos hacer, podía contar con nosotros.

—¿Y cuándo cree que fue eso exactamente?

—Creo que ha sido esta mañana —dijo. Forzó una sonrisa y asintió ante la precisión de su recuerdo—. Sí, estoy segura, ha sido esta mañana.

—Excelente —aprobó la detective Wedmore—. ¿Y qué le ha contado el señor Garfield?

—Ah, pues, ya sabe, gracias por llamar, lo estamos pasando muy mal, bla, bla, bla. —Asentía tanto que a Wedmore le recordaba una de esas figuritas de perros que se veían en las lunas traseras de los coches. En vez de hablar, Wedmore se cruzó de brazos y la miró—. ¿Qué? —preguntó Laci Harmon. Wedmore siguió sin decir nada—. Ya lo sabía, ¿no? —preguntó Laci.

—¿Si sabía qué?

—Lo de la llamada telefónica.

—¿Por qué piensa eso?

—Lo sabía —dijo—. Le he dicho que podrían estar haciéndolo.

—¿De qué habla, señora Harmon?

—Que le habían pinchado el teléfono. Eso es lo que han hecho, ¿no? Han pinchado su teléfono. Están escuchando sus llamadas. Sé que no puede admitirlo, lo entiendo, pero tiene sentido que lo hayan hecho.

Wedmore se lo pensó detenidamente antes de responder.

—Cuando le ha dicho al señor Garfield que creía que la policía podría haber pinchado su teléfono, ¿por qué lo ha hecho?

—Ay, Dios, ¿así que es verdad? Ay, Dios mío, no.

—¿Por qué cree que hemos pinchado su teléfono, Laci?

—Le juro que yo no he tenido nada que ver con eso.

—¿Nada que ver con qué, Laci?

—Quiero decir que no sé lo que ha hecho con ella. Ni siquiera sé si le ha hecho algo. Pero si lo ha hecho, tiene que saber que yo no he tenido *nada* que ver. Nunca me involucraría en algo así. Tengo *hijos*.

La detective Wedmore asintió.

—¿Cuánto tiempo lleva teniendo una aventura con él?

Se puso la mano en la frente y entornó los ojos en dirección a las luces incandescentes.

—Oh, no, esto es horrible, esto es…

—¿Cree que Wendell Garfield le ha hecho algo a su mujer?

—No puedo… Esto es… Por favor, no le diga nada a mi marido.

—¿No sabe lo de la aventura?

—No tiene ni idea. Por favor, por favor, vuelve hoy de Schenectady con los niños. Por favor, prométame que no le va a decir nada de esto.

—Señora Harmon, me temo que no puedo hacerle ninguna…

El móvil de Wedmore empezó a sonar. Lo sacó del bolsillo, se lo puso en la oreja y contestó.

—Wedmore.

—Soy Kip. —Era otro detective.

—¿Qué pasa?

—Acaba de venir la hija del caso de la madre desaparecida. Creo que quiere decirte algo.

# CATORCE

Rona Wedmore se encontró a Melissa Garfield sentada en la sala de interrogatorios con Kip Jennings. Kip no era el detective principal del caso, así que estaba acompañando a Melissa hasta que llegara Wedmore.

—Hola —dijo Kip cuando entró Rona—. Estábamos hablando de niños.

A Melissa le brillaban los ojos. En ese momento no estaba llorando, pero estaba claro que lo había hecho en algún momento desde que había llegado a la comisaría.

—Hola, Melissa —saludó Rona—, ¿cómo estás? Sé que es una pregunta tonta, teniendo en cuenta por lo que estás pasando, pero ¿cómo lo llevas?

—No demasiado bien.

—Ya, no me extraña.

—Melissa quiere hablarte de su padre —explicó Kip; se levantó de la silla y se hizo a un lado para dejar paso a su colega.

—Claro, lo entiendo —dijo Rona, sentándose mientras Kip salía de la habitación—. Lo está pasando muy mal. Debe de estar muy preocupado. Igual que tú.

Melissa asintió.

—Quiero contarle una cosa.

—Adelante.

—Pero, primero, quiero que me prometa algo.

—¿Prometerte algo sobre qué?

—Sobre mi padre.

—A ver —dijo Rona—, me resulta un poco difícil prometer nada si no sé lo que me vas a pedir.

—Quiero que se porte bien con mi padre.

—Te refieres a que no sea dura con él.

Melissa asintió.

—Debido a, ya sabe, ¿cómo se llaman? Circunstancias atenuantes. O sea, ya sé que, por haber venido aquí para contarle lo que le voy a contar puedo meter a mi padre en un lío, pero quiero que me prometa que lo tendrá todo en cuenta.

—Eso es lo que hacemos —comentó Rona—, intentamos fijarnos en todo. Pero no puedo prometerte ahora mismo que no habrá consecuencias por las cosas que haya podido hacer tu padre.

—Detesto meterlo en un lío —murmuró Melissa—. Aunque sé que eso es probablemente lo que va a pasar.

—¿Sabes lo que creo, Melissa? Que tienes que hacer lo que consideres correcto. Creo que ahora mismo llevas una gran carga sobre los hombros, y hacer lo correcto te aliviará mucho. Por eso estás aquí, ¿no?

—Más o menos —aceptó Melissa—. ¿Sabe qué? Sé que acabo de sentarme, pero tengo muchas ganas de ir al baño. Por el bebé, ya sabe.

—Claro, faltaría más —asintió Rona—. Te diré dónde está.

Melissa fue al baño y un par de minutos después estaban de nuevo sentadas una frente a la otra. Melissa tenía una mano sobre la mesa y la otra sobre el vientre.

—Quiero mucho a mi padre —dijo—. De verdad.

—Por supuesto. Y apuesto a que también quieres a tu madre. —Melissa bajó la mirada—. Melissa —dijo amablemente la detective Wedmore—, ¿puedes decirme si tu madre sigue viva? —Melissa murmuró algo en voz tan baja que Rona no pudo oírlo—. ¿Qué has dicho?

—No.

—No, ¿que no está viva?

—Exacto. Papá se va a enfadar mucho conmigo por contarle esto.

—Podemos asegurarnos de que no te haga daño.

—Nunca me haría daño, pero va a estar supercabreado.

—No me extrañaría nada —dijo Rona—. Pero supongo que quieres hacer lo correcto por tu madre.

—Sí, yo también he estado pensando en eso.

—¿Por qué no empiezas diciéndome dónde está tu madre?

—Está en el coche.

La detective asintió.

—Te refieres al coche de tu madre, el Nissan.

—Sí, eso es.

—¿Y dónde está el coche, Melissa?

—Está en el fondo del lago.

La detective volvió a asentir.

—Vale, ¿de qué lago?

—No sé cómo se llama, pero creo que podría decirle cómo llegar. Está a una hora en coche, más o menos. Pero, aunque la llevase hasta allí, no sé en qué parte del lago está exactamente. Y es probable que el hielo ya se haya congelado. Ha hecho mucho frío. Solo sé que está en el lago. Dentro del coche.

—Vale, no hay problema, tenemos buzos que se ocupan de estas cosas.

Melissa parecía sorprendida.

—¿Pueden meterse en el agua aunque esté superfría? ¿Y cuando hay hielo?

—Sí, claro, tienen unos trajes de neopreno especiales que los ayudan a mantener el calor.

—Yo no podría hacerlo. Nadar en agua helada. Ni siquiera puedo meterme en una piscina si no hay por lo menos 29 o 30 grados.

Wedmore le dedicó una cálida sonrisa.

—A mí me pasa lo mismo. Para que me bañe el agua tiene que

estar como una sopa. Entonces, Melissa, ¿tu padre puso el coche en el agua?

—Sí. Condujo el coche por el lago, hasta donde el hielo era fino. Y luego esperó a que se sumergiera. —Se echó a llorar—. Y lo hizo.

—¿Cómo lo sabes, Melissa? ¿Te contó tu padre lo que hizo?

—Lo vi. Vi cómo atravesaba el hielo.

—¿Dónde estabas?

—Estaba en la orilla, mirando. —Una lágrima solitaria corrió por su mejilla. Se mordió el labio, intentando mantener la compostura.

—¿Por qué estabas allí?

—Papá necesitaba un coche para volver. Conduje detrás de él.

—¿Así que lo viste todo? —Melissa asintió—. Melissa, ¿conoces a una mujer llamada Laci Harmon?

—Sé quién es. Trabaja en Home Depot con mi padre.

—¿Sabes si son amigos íntimos?

Melissa bajó la mirada otra vez.

—Creo que tienen una aventura.

—¿Cuánto tiempo crees que llevan juntos?

—No sé. Yo solo los he visto una vez.

—¿Cuándo fue eso?

—¿Hace un mes, aproximadamente? Pasaba por delante de un hotel y vi el coche de mi padre y a ellos sentados delante. Se estaban enrollando.

—¿Cómo te sentiste?

—Triste. Y me pareció un poco… desagradable.

—¿Le dijiste a tu padre que lo habías visto con esa mujer?

—No.

—¿Y a tu madre? ¿Se lo dijiste?

—No, no se lo dije. Seguía con la esperanza de que a lo mejor me había equivocado, de que a lo mejor no había visto lo que creí ver, así que no quería decir nada.

—¿Crees que por eso mató tu padre a tu madre? ¿Por esa mujer? ¿Que lo mejor quería huir con ella?

Melissa parpadeó.

—¿Qué?

Wedmore repitió la pregunta.

—Esas cosas pasan, ¿sabes? —añadió—. Un hombre empieza a verse con otra mujer, su mujer lo descubre, discuten, y entonces, bueno, ya sabes. La mujer acaba muerta.

—¿Es eso lo que cree que pasó?

—Es una posibilidad. Pero a lo mejor tú sabes otra cosa. ¿Sabes por qué mató tu padre a tu madre?

—Papá no la mató. ¿Pensaba que había pasado eso?

Ahora le tocó a Wedmore poner cara de sorpresa.

—¿No estás aquí por eso, Melissa?

La hija de la difunta suspiró y sacudió la cabeza.

—Supongo que debería empezar por el principio.

# QUINCE

Cuando Keisha Ceylon vio caer el cinturón rosa delante de sus ojos, alzó instintivamente la mano para meter los dedos entre él y su cuello. Pero no fue lo bastante rápida. Wendell Garfield se lo puso con fuerza alrededor de la garganta y empezó a retorcerlo.

—Te juro que no sé cómo lo sabes, pero no se lo vas a contar a nadie —dijo.

Keisha arañó el cinturón y se rasgó la piel con las uñas mientras intentaba aflojarlo. Pero la cinta satinada ya le cortaba profundamente el cuello y no había esperanza de meter los dedos.

Garfield estaba echado sobre ella, con la boca cerca de su oreja derecha. Sentía su aliento caliente en su mejilla.

Intentó decir algo, gritar, pero con la tráquea apretada no le salía nada. Ni un sonido. Sintió que los ojos se le salían de las órbitas. Pateó el suelo, clavó los tacones en la alfombra.

Keisha Ceylon supo, en ese instante, que iba a morir. No necesitaba habilidades místicas para esa visión del futuro.

Desde luego, no iba a ser un futuro lejano.

Durante esos milisegundos se le pasaron por la cabeza varios pensamientos. No era de esperar que hubiera mucho tiempo para la introspección, pero el mundo tiene una forma de ralentizarse durante esos momentos, y Keisha tuvo la oportunidad de pensar: «Puede que me lo haya buscado».

Si te ganas la vida aprovechándote de las personas en sus momentos más vulnerables, ¿no tenía que haber un ajuste de cuentas en algún momento? Si había alguien que tenía que creer en el karma, ¿no sería Keisha?

¿No le encantaría al profesor de inglés, Terry Archer, verla ahora?

¿No sería su situación la lección perfecta la próxima vez que intentara transmitir a sus alumnos los conceptos de la ironía? ¿Especialmente la parte sobre cómo Keisha no lo vio venir? ¿Cómo se había metido en eso?

Era una puta ironía, tenía que admitirlo.

Y sin embargo, en ese momento, no sintió pena. Lo que sí sintió fue arrepentimiento. Si hubiera podido hablar, si hubiera podido tomar una bocanada de aire, lo que habría dicho habría sido: «Lo siento».

No eran pocos los que merecían sus disculpas. Pero la persona cuyo rostro flotó primero ante sus ojos fue Matthew.

—Lo siento, cariño —se oyó decir—. Siento que mamá la haya cagado.

Todos esos pensamientos recorrieron sus sinapsis en una fracción de segundo. Le habría gustado dedicar aún más tiempo a reflexionar sobre el impacto que sus fechorías habían tenido en ella misma y en los demás, hacer un poco de examen de conciencia, pero una parte de su cerebro deliberaba sobre asuntos más inmediatos.

«Aunque todo pinta muy mal, tengo que intentar salir de esta».

Por eso seguía arañándose el cuello, intentando, sin éxito, meter los dedos bajo el cinturón de la bata.

—Seguro que estabas allí —masculló Garfield apretando los dientes —. Estabas mirando. Es la única manera que se me ocurre. Estabas ahí arriba, me viste poner el coche en el hielo, lo viste hundirse, y entonces pensaste que podías chantajearme. Mil hoy, otros mil la semana que viene, y la siguiente, hasta que no me quedara nada.

Tenía los extremos del cinturón retorcidos varias veces alrededor de las palmas de las manos y seguía tirando. Keisha sentía que empezaba a perder el conocimiento. Sus dedos dejaron de intentarlo. Sus manos se apartaron de su cuello y cayeron a su lado, apoyadas en el asiento del sillón. Se preguntó brevemente qué haría

él con su cuerpo. Esperaba que no la pusiera en el lago junto con la señora Garfield.

No le gustaba el agua. Cuando tenía diez años, su madre salió una breve temporada con un hombre que tenía una casa en Cape Cod, y Keisha nunca llegó a meter el pie en el océano Atlántico. Les tenía miedo a los tiburones por culpa de la película. De ninguna manera iba a meterse allí. Por suerte, nunca regresaron porque el hombre decidió volver con su mujer.

En los segundos que precedieron al desmayo, Keisha clavó los dedos en el asiento del sillón.

Su mano derecha rozó algo.

Algo suave, peludo.

*Lana.*

Y cuando sus dedos tantearon la lana, se posaron en otra cosa. Algo largo, estrecho y puntiagudo. Como un palo, o una aguja.

Una aguja de tejer.

En el último segundo que Keisha tuvo antes de perder el conocimiento, agarró la aguja de tejer con la mano derecha y giró la mano hacia arriba, por encima del hombro. Tan fuerte como pudo.

El grito sonó a un palmo de su oído. Y fue horrible.

Cuando se aflojó la presión del cuello de Keisha, se cayó de la silla. Se desplomó en el suelo, jadeando. Estaba de rodillas, con una mano en el suelo para no caerse y la otra en el cuello. El aire entraba en sus pulmones tan rápido que dolía. Si no fuera por los gritos de angustia de Wendell Garfield, sus jadeos habrían podido oírse desde cualquier rincón de la casa.

Keisha, aunque luchaba por recuperar el aliento, tuvo que girarse para ver lo que había hecho.

La aguja de tejer estaba clavada directamente en el ojo derecho de Garfield. La sangre manaba de la cuenca y le cubría la mitad derecha de la cara. A juzgar por la parte de la aguja que quedaba al

descubierto, Keisha calculó que tenía unos diez o quince centímetros dentro de la cabeza.

Pero la vio con el ojo izquierdo y, sin dejar de gritar, rodeó la silla que había detrás ella.

Keisha se levantó con dificultad y se dirigió hacia la puerta. Pero se golpeó la rodilla con la esquina de la mesa de centro y tropezó, lo que le permitió a Garfield acercarse lo suficiente para sujetarle el brazo con la mano.

—¡Zorra! —exclamó Garfield, aunque, como le entraba mucha sangre por la garganta, sonó como si estuviera haciendo gárgaras.

Garfield tiró tan fuerte de su brazo que Keisha volvió a caer al suelo. Aterrizó de espaldas y, antes de que pudiera darse la vuelta, él estaba encima de ella, a horcajadas sobre su torso.

Ya no tenía el cinturón. Iba a acabar con ella con las manos. Se inclinó hacia delante, con la aguja de tejer aún clavada en la cuenca del ojo, la sangre goteando —no, a borbotones— sobre Keisha, y le rodeó el cuello con los dedos y los pulgares. Ella se revolvió, pero las manos de él le inmovilizaron el cuello contra el suelo.

Empezó a desmayarse de nuevo. Con sus últimas fuerzas, estampó la palma de su mano contra el extremo de la aguja de tejer.

Clavó la lanza de plástico otros cinco centímetros más en la cabeza de Garfield.

Hubo otro grito, y luego, por un momento, se congeló encima de ella. Relajó la presión en el cuello, sus brazos se debilitaron y su cuerpo se desplomó sobre ella.

Esa vez, Keisha ni siquiera se tomó un segundo para recuperar el aliento. Empujó frenéticamente su cadáver hasta quitárselo de encima, se arrastró unos metros y, una vez que pudo volver a respirar con normalidad, decidió que se había ganado el derecho a tomarse un momento y ponerse histérica.

# DIECISÉIS

—¿Estás segura de que no quieres un abogado? —preguntó Rona Wedmore.

—Estoy segura —dijo Melissa Garfield—, voy a declararme culpable de todo. —Como un niña diciendo que se ha comido todas las verduras.

—Entonces tienes que firmar aquí. Y aquí.

Melissa garabateó su firma.

—Vale, ¿entonces por qué no empiezas desde el principio?

—Veamos —dijo Melissa—, en lugar de ir directamente a la compra, mamá decidió hacerme una visita. Lo hacía de vez en cuando, se pasaba sin llamar ni nada. Decía: «¿Es que una madre no puede ir a visitar a su hija?». Cuando entró yo estaba en la cocina, cortando unos palitos de apio y zanahoria para ponerlos en una ensalada porque estoy intentando comer bien para que el bebé esté sano, aunque preferiría comer *pizza* y hamburguesas, pero lo estoy intentando, ¿vale? Lo estoy intento con todas mis fuerzas.

—Claro —aceptó Wedmore.

—Era como si quisiera controlarme todo el tiempo. Siempre me estaba preguntando qué pasaba con Lester, si me iba a casar con él para que se ocupara de nosotros o si volvería a vivir con ella y papá, cómo si yo quisiera hacer eso, ¿verdad? Y luego quiso saber si había conseguido más información sobre la facultad de Veterinaria a la que he pensado ir algún día porque me gustan los animales, sobre todo los perros y los gatos.

—A mí también me gustan los perros y los gatos —confirmó Wedmore.

—Sí. Me preguntó eso y le dije que todavía no, pero que me lo

estaba planteando y ella dijo que cuál era el motivo por el que no daba el paso. Que por qué no miraba si me podía matricular ya, aunque eso no tiene ningún sentido porque primero tengo que terminar el bachillerato, ¿entiende?, y ella ya lo sabía, ¿no? Pero ella dijo que, si presentaba ya la solicitud, les demostraría que de verdad estaba interesada, y yo dije: «Jesús, ¿puedes dejarme respirar tranquila? Voy a dar a luz dentro de unas semanas y tengo muchas cosas en la cabeza y, vale, puede que se trate de mi futuro, pero ¿tengo que hacer algo al respecto justo en este puto segundo?». Y ella dijo: «Solo vas a tardar dos minutos así que por qué no lo haces y mientras yo termino de cortar el apio y las zanahorias». Y luego me dijo que no los estaba cortando lo bastante pequeños de todos maneras e intentó quitarme el cuchillo y no sé qué pasó pero como que se me cruzaron los cables o algo así, ¿entiende?

—Claro —respondió Rona Wedmore, asintiendo con simpatía.

—No sé cómo ocurrió exactamente, pero le clavé el cuchillo y supongo que debí de clavárselo una segunda vez, y entonces me miró y me dijo: «¿Qué has hecho?». Y luego se cayó y no se movía ni nada.

—¿Y qué hiciste después? ¿Pensaste en llamar a una ambulancia?

—Supongo que perdí la razón durante un rato, ¿sabe? Pero conseguí llamar a mi padre.

—Sigue.

Le dije que le había pasado algo a mamá, que tenía que ir a mi casa, y él me dijo que si le había dado un ataque al corazón o algo así, y yo le dije que no, y él me dijo que llamara al 911, y entonces le dije que la había apuñalado y que no respiraba, ni se movía ni nada, y él se puso en plan: «¿Qué?». Y me dijo que no hiciera nada y que iría enseguida.

—Para ayudarte.

Melissa asintió.

—Llegó enseguida, y estaba como asustado, y echó un vistazo a mamá y vio que estaba muerta, y dijo que tenía que pensar. Le pregunté si iba a ir a la cárcel. Si iba a tener a mi bebé en la cárcel, y él me dijo que me callara, que estaba pensando, y entonces se le ocurrió una idea. Sacó a mamá del apartamento por la parte de atrás y la metió en su coche, y luego me dijo que iba a tener que seguirle en el coche de él. Y lo seguí hasta el lago, y puso el coche en el hielo y se hundió. Creo que ya le he contado esa parte.

—¿Y luego qué pasó?

—Papá volvió a mi casa para limpiarla. Había sangre por todas partes. Fue horrible. Tardó varias horas en limpiarlo todo. Menos mal que mi compañera de piso no estaba o habría visto todo lo que pasó y eso habría supuesto un problema. No pude ayudar a mi padre con la limpieza. En ese momento yo estaba como en *shock* y supercansada por todo lo que había pasado, y por el viaje en coche hasta el lago. Me quedé en la cama, bajo las sábanas. Cuando mi padre terminó me dijo que todo iba a ir bien y que no tendría que ir a la cárcel. —Sonrió con tristeza—. Me dijo que me quería mucho y que quería que todo me fuera bien, que había hecho algo malo, pero que a veces la gente cometía errores y que no quería que se me arruinara la vida, ¿sabe?

—Es muy buen padre.

—Dijo que la policía pensaría que mamá se había ido o que la había matado el ladrón de coches, pero que nunca sabrían lo que había pasado porque no encontrarían nunca a mamá ni a su coche. Y si la policía no sabía lo que había pasado, no podía imputar a nadie. —Sacudió la cabeza—. Se va a enfadar mucho conmigo. Porque todo lo que hizo fue para protegerme, y ahora…, en fin, estoy aquí. Pero es que yo… no podía con ello. Me siento mal por lo que hice. Quería mucho a mi madre.

Wedmore alargó la mano y le tocó la suya.

—Por supuesto que la querías.

—¿Va a tener muchos problemas mi padre?

—Pues me temo que sí, pero con el abogado adecuado, y un jurado comprensivo… Muchos de ellos entenderán hasta dónde puede llegar un padre, para ayudar a su hija. Quizá tenga que ir a la cárcel, pero no por mucho tiempo.

—No tanto como yo.

Wedmore sonrió.

—Lo más probable es que tengas razón en eso.

Melissa incluso esbozó una sonrisa.

—Es usted muy amable. Me alegro de haberle contado todo.

—Yo también —dijo la detective.

—Solo espero que tenga razón y que no condenen a papá a muchos años de cárcel. Eso no sería justo. No es un viejo. Le queda mucho tiempo de vida.

# DIECISIETE

Keisha no iba a llamar a la policía.

No importaba que lo hubiera hecho en defensa propia. No había sido un asesinato premeditado. Wendell Garfield había intentado matarla y, si ella no le hubiera clavado aquella aguja de tejer en el cerebro, lo habría conseguido.

Keisha sabía que, si acudía a la policía, podría convencerlos de su inocencia. Empezaría diciéndoles que Garfield había asesinado a su esposa. Que había metido su cuerpo en un coche, lo había dejado en un lago helado y había esperado a que cayera a través del hielo. Luego había intentado matar a Keisha cuando ella descubrió lo que había hecho.

Bueno, más o menos diría algo así. Sería la primera en admitir que había tenido un poco de suerte con lo de la visión, aunque suerte no parecía exactamente la palabra adecuada en ese caso.

Y aunque Keisha aún no se había mirado en un espejo, se había tocado el cuello y tenía unas marcas muy profundas donde Garfield había apretado el cinturón. Si su historia no convencía del todo a la policía, seguramente esas marcas lo harían.

Así que, tal vez, si fuera a la policía, creerían su historia.

Pero ¿para qué arriesgarse?

Si se entregaba, tendría que explicar qué hacía allí. No tenía mucha fe en que la policía se creyera que había visto en una de sus visiones lo que le había ocurrido a Ellie Garfield. Lo primero que querrían saber sería por qué, si tenía información sobre una persona desaparecida, independientemente de cómo la hubiera obtenido, no había acudido directamente a la policía. Bueno, les diría que la policía solía ser muy escéptica con los consejos de los médiums, así

que a ella le gustaba dirigirse directamente a la familia. Y luego la policía le preguntaría qué esperaba ella del señor Garfield a cambio de esa información. Era inútil decirles que no quería nada a cambio. Sabían a qué se dedicaba. Había llamado la atención de la policía durante el asunto Archer, y un par de clientes descontentos con sus lecturas del horóscopo habían acudido a la policía para ver si había motivos para presentar cargos de fraude contra ella. La policía había decidido que, si la llevaban a juicio por eso, también tendrían que acusar a todos los periódicos del país.

Dado que la policía ya estaba predispuesta a pensar mal de ella, había muchas razones para creer que darían otra versión de los hechos ocurridos en casa de los Garfield. Quizá, cuando Keisha había intentado sacarle pasta, se había enfadado. Ella le había atacado con la aguja de tejer y, en un intento fallido de protegerse, él la había agarrado por el cuello.

No, llamar a la policía no era una opción. Si podía mantener su nombre fuera de eso, mejor.

Además, no había nadie que pudiera ubicarla en la casa. No había testigos. No le había dicho a nadie que iba ir allí, excepto a Kirk, que estaba a la espera por si lo necesitaba para el numerito de Nina. El hogar de los Garfield estaba en una calle donde las viviendas estaban bastante separadas y no había ninguna casa justo enfrente. Lo más probable era que nadie la hubiera visto salir del coche ni entrar en la casa. Si pudiera volver a su coche sin ser vista, terminaría todo.

Estaba claro que Wendell Garfield no iba a decir nada.

Y entonces pensó: «Huellas dactilares».

Se preguntó qué había tocado. La bata, pero allí no se fijaría ninguna huella. Seguramente los policías no podrían sacar ninguna huella de la tapicería del sillón.

Limpió la mesa de centro y las demás superficies que se le

ocurrieron que podría haber tocado. Había mucha sangre, pero no era suya, así que pensó que estaría a salvo en lo que se refería al ADN. Cuando llegara a casa, se quitaría la ropa empapada en sangre y se desharía de ella.

Keisha creía que podía librarse. Podía hacerlo. Tendría que llevar una pañoleta o cuello alto durante unas semanas para ocultar los hematomas, pero por lo demás parecía ilesa.

«He terminado con esta mierda. Todo esto ha sido una señal, está claro». Keisha nunca había sido una persona especialmente religiosa, pero lo que había pasado tenía toda la pinta de ser una advertencia del hombre de arriba.

«Déjalo ya», le estaba diciendo.

Iba a dejarlo.

—Señor, déjame salir de aquí y seré tuya —oró.

Echó un último vistazo a la habitación, al cuerpo de Garfield, para asegurarse de que no se le había escapado nada. Estaba todo bien, estaba completamente segura.

Keisha se escabulló fuera de la casa, limpiando el pomo de la puerta mientras salía. Estaba a medio camino del coche cuando se le ocurrió levantar la mano y tocarse la oreja derecha.

No había nada colgando de ella.

Levantó la mano y se tocó la oreja izquierda. El pendiente del loro estaba allí. Pero el otro había desaparecido.

—Ay, Dios mío —murmuró.

No le quedaba más remedio que volver a la casa y buscarlo.

Se dirigió de nuevo a la puerta, se quedó allí un momento, preparándose, y luego, envolviéndose la mano con el abrigo, giró el pomo y entró. Empezó por el sillón en el que había estado sentada. Tanteó con la mano y metió los dedos en los huecos del asiento.

Pero no hubo suerte.

Miró en la mesa de centro y escudriñó las alfombras. El pendiente

no aparecía por ninguna parte.

Solo quedaba un lugar donde buscar.

Keisha se puso de rodillas junto al cadáver, deslizó las manos debajo él y le dio la vuelta, dejando al descubierto una alfombra empapada con la sangre que había brotado de la cuenca ocular de Garfield.

Vio un pequeño bulto en el charco de sangre. Metió los dedos y levantó el pendiente. El loro parecía una gaviota atrapada en una marea negra roja. Envolvió el pendiente mojado en unos pañuelos de papel que sacó del su bolso, lo dejó caer dentro y volvió a salir por la puerta principal.

Se metió en el coche.

Sacó la llave del bolso.

Puso la llave en el contacto.

Mientras se alejaba, mirando hacia delante, vio un coche de policía doblar la esquina.

«No, no, no, no».

A medida que se acercaba, Keisha se preguntaba hasta qué punto eran visibles las manchas de sangre que salpicaban la parte delantera de su vestido. ¿Se fijaría el policía en ellas al cruzarse? Por una vez, estaba agradecida por la mierda de desempañadores que tenía el coche. Su visión a través del parabrisas estaba parcialmente oscurecida por la escarcha.

La distancia entre los dos coches disminuyó. Keisha vio que en el vehículo iban dos policías. Una mujer al volante y un hombre de copiloto.

«Mira hacia delante —se dijo a sí misma—. Como si no te importara. Tranquila».

Los coches se cruzaron.

Cuando pasó el coche de policía, Keisha estaba segura de que nadie la había mirado. Mantuvo la vista al frente. Unos segundos

después, miró por el retrovisor, esperando que se encendieran las luces de freno del coche patrulla y que este diera la vuelta para ir tras ella.

Tenía las luces encendidas, pero no pasó nada. El coche de policía siguió calle arriba, pasando incluso por delante de la casa de los Garfield.

Keisha puso el intermitente y giró a la izquierda en la esquina.

Estaba a salvo.

# DIECIOCHO

Rona Wedmore dijo a la central que necesitaba que un par de agentes uniformados la acompañaran a la casa de los Garfield. La informaron de que uno de sus coches acababa de pasar por allí. Volverían a la dirección indicada y esperarían la llegada de la detective Wedmore.

Era posible que Wendell Garfield le hiciera caso y fuera a la comisaría sin protestar, pero nunca se sabía, así que era mejor tener refuerzos. Aunque no iba a acusar a Garfield de asesinato, seguía metido en un buen lío. Había encubierto a su hija, había movido el cadáver de su mujer y se había deshecho de él y había engañado a los investigadores. Wedmore pensaba que seguro que había algún tipo de multa por contaminación medioambiental por tirar un vehículo a un lago, aunque ese iba a ser el menor de los problemas de Wendell.

Wedmore reconoció a los dos policías que la esperaban. Lisa Gibson y Brett McBean. «Lisa llevará en el cuerpo alrededor de una década y McBean, quizá la mitad», pensó Wedmore. Los dos eran buenos policías, por lo que ella sabía, aunque se hablaba de que, desde que eran compañeros, hacía seis meses, había surgido algo entre ellos, y eso no era bueno.

Lisa se bajó del coche y McBean la siguió mientras Wedmore aparcaba. Lisa medía un metro setenta, pero McBean medía un metro ochenta y tenía aspecto de estar más cómodo con una camiseta de baloncesto que con un uniforme de policía.

—Hola, Lisa, Brett —saludó.

—¿Han encontrado a la mujer, detective? —preguntó Lisa.

—Sabemos más o menos dónde buscar —respondió Wedmore—. La

hija acaba de confesar que mató a la señora Garfield y que el señor Garfield la ayudó a encubrirlo. Voy a detenerlo. ¿Habéis visto algo desde que estáis aquí?

Ambos negaron con la cabeza.

—No ha salido —dijo Brett—. La agente Gibson acaba de decir que ni siquiera ha visto que se mueva una cortina desde que hemos llegado.

«La agente Gibson», pensó Wedmore. No le hacía falta nada más para saber que esos dos eran pareja.

—Vamos a hacer como si fuera una visita rutinaria —ordenó Wedmore—. Garfield no sabe que su hija ha venido a la comisaría y que lo ha confesado todo, así que, en lo que a él respecta, solo hemos venido a ponerlo al día.

Los dos policías asintieron y siguieron a la detective Wedmore hasta la puerta. Llamó al timbre mientras Gibson y McBean se colocaban detrás de ella, de forma simbólica.

No hubo respuesta.

Wedmore llamó al timbre por segunda vez y miró por encima del hombro para comprobar si el Buick de Garfield estaba en la entrada.

—A lo mejor se está duchando —dijo Gibson al ver que seguían sin contestar.

—Mirad esto —sugirió McBean. —Gibson y Wedmore se dieron cuenta de que escudriñaba el suelo y siguieron su mirada. Había varias gotas de algo oscuro en las losetas—. A mí me parece sangre.

Mientras se arrodillaba, Wedmore buscó en su bolsillo un guante de látex, se lo colocó en la mano derecha y tocó una de las gotas con la punta del dedo índice. Lo inspeccionó brevemente y levantó la vista.

—Tú ve por detrás de la casa —le dijo a McBean—. Lisa, quédate conmigo.

McBean miró a su compañera y se fue.

Wedmore se levantó, sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la

punta del dedo índice, pero se dejó puesto el guante. Enrolló el pañuelo, se lo volvió a meter en el bolsillo y se echó la chaqueta hacia atrás para mostrar la pistola enfundada que llevaba en el cinturón. La sacó, la mantuvo apuntando hacia abajo pegada a su costado y volvió a llamar al timbre.

Esperó diez segundos, luego agarró el pomo y lo giró lentamente para ver si estaba cerrado.

No lo estaba.

Abrió la puerta de par en par.

—¡Señor Garfield! —gritó—. Señor Garfield, ¿está en casa? ¡Soy la detective Wedmore!

Wedmore solo tuvo que avanzar un paso en el vestíbulo para ver lo que la esperaba en el salón.

—Jesús —dijo.

Sus ojos se fijaron en el cuerpo de Wendell Garfield, en el charco de sangre que había alrededor de su cabeza y en una especie de palo largo y azul que salía directamente de la cuenca de su ojo.

—Oh, Dios mío —dijo la agente Gibson, que había entrado después de la detective.

Wedmore levantó la mano en un gesto de «no te muevas».

—Pregúntale a McBean si ha encontrado algo en la parte de atrás.

Gibson tocó la radio que llevaba colgada del hombro.

—¿Has visto algo ahí fuera?

Se oyó un sonido estático.

—Nada —respondió McBean.

—Dile que venga —ordenó Wedmore.

Gibson le dijo que lo necesitaban en la parte delantera. Unos segundos después, entraba en el vestíbulo y veía lo que estaban mirando ellas dos.

—¡Joder! —exclamó.

—Comprobad que la casa es segura —les pidió Wedmore.

Los dos recorrieron la vivienda habitación por habitación, armario por armario, y volvieron al vestíbulo un minuto después, donde se encontraron a Wedmore de pie junto al cadáver, lo bastante cerca como para que sus zapatos no tocaran la sangre.

—La casa está vacía —anunció la agente Gibson—. Excepto por él.

—¿Qué es eso que le sale del ojo? —preguntó el agente McBean.

—Parece una aguja para tejer —respondió Wedmore. Ese nunca había sido su pasatiempo, pero su difunta madre solía pasarse horas haciendo punto. Entonces vio un ovillo de lana en el suelo—. Ahí lo tienes.

—Creo que voy a vomitar —dijo McBean y se marchó.

La agente Gibson hizo una mueca cuando su compañero se fue.

—No lleva nada bien el tema de la sangre —le explicó a Wedmore.

—Llama a comisaría. Que venga todo el mundo —ordenó Wedmore —. El crimen se ha cometido recientemente.

Gibson salió a hacer las llamadas.

Wedmore dio una vuelta lenta alrededor de la habitación, estudiándolo todo, buscando cualquier cosa que pudiera servirle. Entró en la cocina y vio la tetera, que aún estaba caliente al tacto, y la única taza que había esperando a que la llenasen.

—Esto parecía bastante sencillo hasta hace unos cinco minutos — se dijo Wedmore. El caso de Ellie Garfield parecía claramente un asunto doméstico. La hija mata a la madre, el padre lo encubre. Todos —víctima, asesina, cómplice después de los hechos— emparentados. Una tragedia familiar de principio a fin.

Pero lo que se habían encontrado…, en fin, podía cambiarlo todo. La muerte de Garfield había ampliado el círculo. Melissa no podía haberlo hecho porque llevaba dos horas bajo custodia policial. Wedmore no necesitaba que un forense le dijera que el asesinato se había cometido hacía menos de dos horas. Y Garfield —o al menos alguien que decía ser él— había llamado a la comisaría poco más de

una hora antes, pidiendo información sobre los avances que había en la búsqueda de su mujer.

«Un movimiento astuto», pensó Wedmore. Una bonita forma de desviar las sospechas. Aunque de poco le servía su astucia ahora.

Volvió al salón y se colocó de pie, una vez más, junto al cuerpo de Garfield. Había una bata de mujer tirada en el sofá, pero su cinturón estaba en la alfombra, a continuación del charco de sangre.

«Qué interesante…».

Entonces, mientras estudiaba de nuevo el cadáver, mirando la sangre que empapaba la camisa del hombre, algo llamó la atención de Wedmore.

—¿Hola? —dijo en voz baja—. ¿Qué es eso?

# DIECINUEVE

Kirk Nicholson estaba en el sofá, con los pies sobre la mesa de centro, desayunando. O comiendo pronto. O a lo mejor era un *brunch*. Fuera la comida que fuese consistía en una botella de Budweiser y un bizcocho Twinkie relleno de nata. Estaba viendo *Family Feud* en la tele, donde una familia de putos analfabetos, en opinión de Kirk, intentaba adivinar cómo habían respondido cien personas a la pregunta: «¿Qué parte de tu cuerpo te olvidas a veces de lavarte cuando te duchas?».

—¡Detrás de las orejas! —gritó Kirk.

Era bastante bueno con las preguntas de *Family Feud*. Era su concurso favorito porque, a diferencia de en *Jeopardy* o *Quién quiere ser millonario*, no tenías que saber nada, solo adivinar lo que la gente pensaba que era la respuesta. Eso significaba que Kirk gritaba a menudo la respuesta correcta, lo que lo hacía sentirse muy bien consigo mismo, y últimamente le hacía falta sentirse mejor consigo mismo.

A menudo, su mirada se desplazaba del televisor a la estantería que había colocado en la pared contigua para exponer las llantas de aluminio que iba a poner en su camioneta cuando se derritiera la nieve. Se trataba de unas llantas Mamba de veinte pulgadas, modelo M3, con ocho radios, en acabado negro máquina. Normalmente, un juego de cuatro costaba hasta dos de los grandes, pero había conseguido esas con un descuento de trescientos.

Esas llantas ya eran un espectáculo para la vista, pero iban a tener un aspecto impresionante una vez puestas. Resultó ser una bendición que Keisha no tuviera garaje en esa pequeña casa de donnadie suya. Si lo hubiera tenido, no podría admirarlas todos los

días y tendría que preocuparse de que alguien entrara en el garaje y se las robara. De lo que sí tenía que preocuparse era de que ese cabroncete, como llamaba a Matthew, se acercara, las tocara y las manchara con sus grasientas huellas dactilares, o incluso las tirara de la estantería y se rompiera un pie.

Eso lo hizo pensar en su propio pie, que estaba mucho mejor, gracias por preguntar. Aunque seguía cojeando delante de Keisha. Quería seguir dándole pena el mayor tiempo posible.

Pero, bueno, volviendo al pequeño bastardo: esa era la palabra clave. Keisha no estaba casada cuando tuvo al niño, y el padre hacía tiempo que se había ido, así que él se sentía en su derecho de llamar «bastardo» al niño, pero lo cierto era que le gustaba más llamarlo cabroncete. Kirk esperaba que el chico se comportara mejor en el futuro y que no tocase las llantas ni ninguna de sus cosas, después de la reciente charla que había tenido con él. Ningún niño de diez años quería que lo mandaran a una academia militar para preadolescentes, y eso era lo que Kirk le había dicho al niño, que su madre estaba considerando esa posibilidad si no se portaba bien y se mantenía alejado de Kirk.

Pero Kirk le dijo que tenía que mantenerlo en secreto. «Tu madre no sabe que te he dicho lo que está pensando. No te metas en líos, no hagas ruido, no molestes a los mayores y a lo mejor, a lo mejor, se olvida de todo».

Estaba dando resultado. El chico se estaba portando muy bien últimamente.

—¡Entre los dedos de los pies! —gritó a la tele, dando otra respuesta.

Bebió un trago del botellín de cerveza y dio otro mordisco al Twinkie. Al final se podía haber quedado en la cama. No había recibido la llamada «Nina» de Keisha, así que suponía que su último objetivo se había tragado su historia. Se preguntó con cuánto dinero

volvería ese día a casa. Hacía falta más comida. Había buscado en la nevera y no había encontrado nada que le apeteciera comer. No iba a tener más remedio que hablar con ella.

Bostezó y se quedó mirando la tele como si fuera un oso perezoso. *Family Feud* le estaba aburriendo. A veces, le resultaba un poco difícil seguirlo.

Acababa de coger el mando a distancia cuando Keisha irrumpió por la puerta principal.

Cubierta de sangre.

Arrojó el mando a distancia sobre la mesa de centro y bajó los pies al suelo.

—¿Qué demonios…?

Tenía sangre en la cara, en el cuello, por toda la blusa. Tenía sangre en las manos y los brazos y también en los pantalones.

—¡Ayúdame! —le gritó, dejando caer el bolso al suelo, como alguien a quien han tirado a una piscina con toda la ropa puesta, con los brazos extendidos hacia los lados, alejados del cuerpo, y las llaves del coche colgando de los dedos de la mano derecha.

Corrió hacia ella, pero se detuvo cuando estaba a medio metro, temeroso de tocarla; estaba hecha un desastre. Kirk odiaba ensuciarse la ropa.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Has tenido un accidente? ¿De dónde sale la sangre?

—No estoy herida. Bueno, lo estoy, pero la sangre… La sangre no es mía.

—Jesús, mujer, ¿de quién coño es?

—¡Cállate! ¡Cállate y escucha!

—Solo quiero saber, qué cojones…

—¡Cállate! —gritó, mucho más fuerte esa vez. No estaba acostumbrado a dejar que le hablara así, pero las circunstancias parecían dictar que tenía que hacer lo que ella decía, al menos de

momento. Así que se calló—. Coge una bolsa de basura —ordenó—. Me quitaré la ropa aquí mismo y la meteré en la bolsa. Luego coge unos periódicos y ponlos en el suelo para que pueda llegar al baño sin dejar nada de sangre. —Se quedó allí, atónito, sin moverse—. ¡Una bolsa! ¡Trae una maldita bolsa!

Kirk corrió a la cocina y volvió con una bolsa de basura verde con una tira de plástico rojo en la parte superior. Keisha dejó caer las llaves al suelo y empezó a desabrocharse la blusa. La abrió, deslizó las mangas empapadas de sangre por los brazos y la dejó caer en la bolsa mientras Kirk la mantenía abierta. La sangre había traspasado la blusa y había manchado el sujetador blanco. Se echó la mano a la espalda, lo desabrochó, se quitó los tirantes de los hombros y lo dejó caer en el interior de la bolsa, dándose cuenta de que incluso en esos momentos, en mitad de algo terrible que Kirk aún no comprendía, se había tomado un segundo para mirarle las tetas.

Se quitó los zapatos, se bajó la cremallera de los pantalones, se los quitó y se quitó también las bragas. Lo metió todo en la bolsa y se quedó allí, completamente desnuda.

—Pásame la bolsa. Coge los periódicos —pidió.

Kirk no leía el periódico, pero Keisha estaba suscrita al *Register* porque lo usaba para buscar posibles clientes. Había una pila de ellos debajo de la mesa de centro y Kirk utilizó media docena para abrirse camino sobre la moqueta hasta el cuarto de baño.

—Cariño, tienes que contarme lo que ha pasado —le dijo mientras ella caminaba tímidamente por el pasillo.

—Fui a ver al tío ese, el marido de la mujer que desapareció la semana pasada —explicó—. Del que ibas a ser señuelo.

Kirk asintió.

—Ah, sí, el que salió en la tele con su hija.

—Sí, ese. El muy hijo de puta lo hizo. Mató a su esposa. Pensó que lo había descubierto e intentó matarme. —Ya estaba en el baño,

mirándose al espejo—. ¿Ves las marcas que tengo en el cuello? —Pasó las manos por debajo del grifo e intentó limpiarse la sangre del cuello.

—Joder. ¿Intentó estrangularte?

—Sí, estaba a punto de rematarme cuando agarré una aguja de tejer, le di la vuelta y se la clavé en un ojo.

Kirk hizo un gesto de dolor.

—¿En un puto ojo?

—Eso hizo que me soltara —explicó Keisha, metiendo la mano en la ducha para abrir los grifos de agua caliente y fría.

—Espera, ¿qué quieres decir? —preguntó Kirk—. ¿Has dejado al tío ese con una aguja clavada en la cabeza? ¿Ha ido al hospital?

—Está muerto, Kirk.

Él echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué?

—Que está muerto. Esto es lo que tienes que hacer: tienes que deshacerte de mi ropa. Al principio, pensé quemarla en el patio de atrás pero la policía, lo he visto en la tele, puede encontrar sangre en la ropa quemada, estoy segura. Así que tienes que coger esa bolsa y conducir hasta algún lugar lejano, como Darien o Stamford o algún otro sitio y tirar esa bolsa en un contenedor con otras mil bolsas, en algún lugar donde nadie vaya a encontrarla nunca, ¿entendido?

—¿Has matado a ese tío?

—¿Me estás escuchando?

Metió la mano en el agua para comprobar la temperatura. Abrió el grifo de agua caliente. Iba a quemar la sangre.

—Sí, vale, te escucho.

—Una vez que te deshagas de la bolsa, tendrás que limpiar a fondo el coche. Las manijas de las puertas y los asientos. Son de vinilo, así que cualquier mancha que tengan debería quitarse.

Kirk estaba estupefacto, sacudiendo la cabeza, todavía con la bolsa en la mano.

—Kirk, ¿estás ahí?

—Sí, sí, estoy aquí.

—¿Entiendes lo que tienes que hacer?

—Tengo que deshacerme de tu ropa y limpiar el coche.

—No solo limpiarlo. Tienes que dejarlo impoluto. Como si estuvieras a punto de venderlo. Como si estuvieras limpiando tu camioneta.

—Sí, vale.

—Mierda, y mi bolso también. Vete a buscar mi bolso. —Keisha podía oír sus pasos sobre el papel de periódico. Le gritó—: ¡Si pisas los papeles de periódico te mancharás los zapatos de sangre!

—Ah, vale. —Una pausa—. ¡Están limpios!

Volvió con su bolso, manchado con la sangre de Wendell Garfield. Keisha lo cogió.

—Mete todos los periódicos en la bolsa. —Él le dirigió una mirada que sugería que estaba cansado de recibir órdenes, pero obedeció.

Ella tiró el contenido del bolso al suelo. Había permanecido en el suelo, junto al sillón en el que se había sentado en casa de los Garfield. Cuando había levantado la aguja por encima de su hombro y se la había clavado en el ojo, había chorreado sangre por todas partes y parte de ella había caído en el bolso abierto. Pañuelos de papel, su cartera, un pintalabios, chicles, una caja pequeña de Tylenol… Casi todo tenía algún rastro.

Y también estaba el maldito pendiente de loro.

Cogió la cartera, que contenía su carné de conducir, tarjetas de crédito y otros documentos importantes, y la dejó sobre la encimera, junto al lavabo. Vio el dinero de Garfield metido en la bolsita, pasó la mano ensangrentada bajo el grifo y lo sacó. Tenía unas gotitas de sangre. Ya revisaría los billetes más tarde, a ver si se podía salvar

alguno. Tendría que tirar el cheque, por supuesto, porque llevaba el nombre y la firma de Garfield, pero no en ese momento. No podía confiar en que Kirk, si llegaba a sus manos, no fuera tan tonto como para intentar cobrarlo.

Rápidamente, antes de que él regresara, guardó el dinero en el armario que había debajo del lavabo, detrás de unos rollos de papel higiénico.

Kirk regresó.

—Todo esto —dijo, señalando los objetos del suelo, incluidos los pañuelos, el pintalabios y los chicles— hay que tirarlo.

Kirk recogió los objetos del suelo de azulejos y los metió en la bolsa.

—Creo que eso es todo.

—Se me cayeron las llaves junto a la puerta. Vas a tener que enjuagarlas.

—Vale. —Sus ojos se clavaron en los de ella—. A ver, ¿en qué clase de mierda me estás metiendo, nena? ¿Estoy encubriendo un asesinato?

—Me habría matado si no lo hubiera hecho yo antes.

—Bueno, entonces supongo que no pasa nada. —Desde luego, no tenía intención de llamar a la policía. Si arrestaran a Keisha, ¿qué le pasaría a él? ¿Tendría que cuidar de su hijo? ¿Tendría que irse a vivir a otro sitio si ella perdiera su casa? Si iba a la cárcel y no podía conseguir dinero, ¿cómo iba a vivir él? ¿Cómo iba a pagar los extras de su camioneta?

No, denunciarla no era una opción.

—Kirk, puedes hacerlo, ¿verdad? —preguntó—. ¿Puedes deshacerte de esa bolsa?

Él le dedicó una sonrisa, pero sus ojos parecían muertos.

—Oye, yo te rasco la espalda, tú me rascas la mía, ¿verdad?

A Keisha no le gustaba cómo sonaba eso, pero en ese momento,

Kirk era lo único que tenía. Necesitaba que él hiciera esas cosas por ella, y necesitaba que las hiciera inmediatamente.

Kirk salió del baño. Keisha prestó atención hasta que oyó cómo cerraba la puerta principal. Cuando estaba a punto de ponerse bajo el chorro, se dio cuenta de todo lo que había pasado en la última hora, dio dos pasos apresurados hacia el retrete, levantó la tapa de forma violenta, se arrodilló y vomitó. Tres arcadas gigantes.

Desenrolló medio metro de papel higiénico, se secó la cara, tiró de la cadena y dejó que su cuerpo se desplomara contra la fría pared de azulejos.

«Casi muero. He matado a un hombre».

Su respiración era rápida y superficial, y se preguntó si se iba a desmayar. «Mantén la calma —pensó—. Aguanta». Kirk se desharía de las pruebas, limpiaría el coche.

Esperaba fervientemente que no la cagara. Tampoco era como si le hubiera mandado ir a la tienda con una lista de ingredientes para hacer combustible para cohetes. Debería ser capaz de limpiar un coche y de deshacerse de una bolsa.

Muy despacio, se puso en pie y se metió en la ducha. El agua caliente le sentaba bien al caer sobre la piel. Se echó champú en la mano, se lavó el pelo, se aclaró y se lo volvió a lavar. Luego una tercera vez. Cuando cogió el jabón para lavarse el cuerpo, la sangre ya había desaparecido, pero eso no impidió que se restregara hasta quedar casi en carne viva.

Permaneció bajo el agua hasta que esta empezó a enfriarse. Cuando ya no quedaba agua caliente, cerró los grifos, cogió la toalla que había al otro lado de la cortina y se secó.

Al salir de la ducha, estudió su cuerpo desnudo en el espejo. Pensó que tenía una manchita de sangre en el hombro derecho, la frotó con la toalla y se dio cuenta de que era un lunar.

Estaba segura de haber eliminado todo rastro de Wendell Garfield.

Aún desnuda, recogió la toalla y la alfombrilla de baño y bajó al sótano, lo metió todo en la lavadora, echó un poco de jabón y pulsó el botón de encendido.

De vuelta arriba, Keisha entró en su habitación y se vistió con ropa limpia. Encontró una blusa de cuello alto, que se abotonó hasta arriba para ocultar los moratones del cuello. Luego recorrió lentamente el trayecto entre la puerta principal y el cuarto de baño, buscando cualquier rastro de sangre. El papel de periódico parecía haber funcionado. Cogió papel de cocina y limpiacristales de debajo del fregadero y roció los azulejos del interior de la puerta principal. Los limpió tres veces, solo para asegurarse, y luego tiró los trozos de papel por el retrete, de uno en uno para no provocar un atasco.

Entonces pensó en cuando había corrido del coche a la casa. Era una distancia tan corta que estaba segura de que nadie la había visto. Si alguien lo hubiera hecho, seguramente habría llamado a la policía. Pero tal vez hubiera sangre ahí fuera.

Abrió la puerta. La ligera nieve que había caído durante la noche se había derretido en el camino de entrada y en el sendero que conducía a la casa, pero todo estaba tan húmedo que no creía que, aunque hubiera goteado algo de sangre de su ropa, nadie fuera capaz de encontrar ningún rastro.

Volvió a entrar, cogió la cartera por la cremallera y la frotó entera con varios pañuelos humedecidos. Sacó el carnet de conducir y la tarjeta de la Seguridad Social para asegurarse de que todo estaba limpio.

Keisha se apoyó en la encimera del baño, puso la cara en las manos y sintió que algo de alivio la invadía lentamente. Ya había terminado. Mientras Kirk hiciera lo que le había dicho, estaría a salvo.

Era el momento de tomarse una copa.

Justo cuando entraba en la cocina sonó el teléfono. No era un

sonido que normalmente hiciera dar un respingo a Keisha, pero al oír el primer «riiing» casi se da contra el techo. Miró el identificador de llamadas, pero ponía número desconocido.

«Nadie lo sabe. Nadie sabe nada de lo que pasó. Está claro que todavía no».

Keisha descolgó el teléfono.

—¿Hola?

—Ah, hola, ¿Keisha? Soy Chad y…

Era dueño de la tienda naturista de Bridgeport que necesitaba su consejo cada vez que conocía a un hombre.

—Chad, hoy no tengo tiempo.

—Pero es que he conocido a un tío, entró en la tienda, y creo que congeniamos, y he averiguado su fecha de nacimiento y no estoy seguro de que seamos compatibles porque yo soy virgo y…

—Hoy no —repitió Keisha, y colgó.

Abrió la nevera. Necesitaba beber algo fuerte, pero no había nada más que los botellines de Bud de Kirk. Tendría que conformarse con eso. Se sentó en una silla, abrió el botellín y bebió un trago largo.

«Nunca más —se dijo a sí misma—, nunca más».

La cuestión era que Keisha no sabía para qué otro tipo de trabajo estaba hecha. ¿Ser comercial? ¿Trabajar en unos grandes almacenes? ¿Saludando a la gente al entrar en Walmart? ¿No debías tener cien años para dedicarte a eso? Sí, había limpiado casas alguna vez, pero incluso en ese trabajo, Keisha Ceylon nunca había sido del todo honrada. Le costaba no echar un vistazo al fondo de los cajones de las cómodas, por si había algo valioso escondido allí, algo de lo que pudiera servirse para que, cuando el dueño finalmente fuera a buscarlo, no tuvieran ni idea de cuándo había desaparecido en realidad.

Quería culpar a su difunta madre en momentos como ese, pero Keisha sabía, en el fondo de su corazón, que ya era una adulta

responsable de sus decisiones. Tanto las buenas —como quedarse con Matthew y hacer lo mejor para él incluso cuando a su padre le importó un bledo— como las malas —como dejarse embaucar por el encanto de Kirk para después tener que vivir con las consecuencias —. Pero por Dios Santo, la verdad era que su madre era todo un personaje y Keisha se sentía con derecho de echarle parte de la culpa a ella.

La manera en la que vivían, siempre de un pueblo a otro; Marjorie buscaba en los periódicos locales obituarios de hombres que hubieran perdido recientemente a sus esposas y se presentaba en la puerta de sus casas ofreciendo sus servicios como ama de llaves, no sin antes pintarse los labios, dejarse caer el pelo por los hombros y desabrocharse el botón superior de la blusa.

—¿Que su mujer acaba de fallecer? —decía con un deje de acento de Alabama en la voz—. No tenía ni idea, siento molestarlo en un momento así. Solo estoy buscando trabajo para para mantenerme a mí y a mi hija, pero no lo molestaré ni un minuto más. ¿Perdone? Bueno, debo confesar que me gustaría tomar un vaso de limonada.

Marjorie se metía en el corazón de algún hombre solitario el tiempo suficiente para ganarse su confianza y el acceso a su cuenta bancaria.

Y luego se iban al pueblo siguiente.

—¿No podemos vivir en el mismo sitio más tiempo? —le preguntaba Keisha a su madre—. ¿Para poder ir al colegio y hacer amigos?

La vez que más tiempo permanecieron en el mismo sitio fue cuando Marjorie consiguió trabajo como gerente de una pensión en Middlebury, donde casi todos los residentes eran ancianos, vivían solos y sobrevivían a duras penas con sus cheques de la Seguridad Social, con los que pagaban el alquiler. Marjorie había estado pensando en dejarlo —el dueño, que vivía en Florida, no le pagaba

mucho por llevar el negocio—, pero entonces uno de los residentes murió una noche mientras dormía y Marjorie tuvo una epifanía: si no avisaba de la muerte del pobre Garnett y se deshacía de su cadáver, podría cobrar los cheques de la Seguridad Social que le llegaban cada mes. Si alquilaba la habitación a otra persona, podría embolsarse todo el importe.

Con la ayuda de Keisha —la niña era ya adolescente—, Marjorie sacó el cadáver de la casa a altas horas de la noche y lo enterró en un bosque a las afueras de Middlebury. A Keisha le tocaba endorsar los cheques cuando llegaban. Su madre, a la que le temblaba mucho la mano, ponía mucho empeño en que la firma fuera igual a la de Garnett y hacía que Keisha practicara una y otra vez antes de firmar el cheque.

En los seis meses siguientes murieron otros dos residentes. La estafa se expandió. Marjorie recibía ya tres cheques de la Seguridad Social, además de su sueldo por ocuparse de la pensión.

Llevaban una vida bastante buena, hasta que un día, una mujer se dejó caer por allí, buscando reencontrarse con su tío Garnett, al que hacía mucho tiempo que no veía, y al no encontrarlo, dijo que se iba a la comisaría para presentar una denuncia por desaparición.

—Haz las maletas —le había susurrado Marjorie a su hija en cuanto la mujer se marchó—. Nos vamos del pueblo en cinco minutos.

La policía nunca llegó a atraparla. Cuando Marjorie murió, de cáncer de hígado, no había pasado ni un solo día en la cárcel.

Keisha sabía que estaba mal, pero ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Entregar a su madre? ¿Y entonces qué?

Tal vez las cartas estuvieran en su contra cuando se trataba de ganar dinero honradamente, pero ese día, en fin, ese día había sido una gran llamada de atención. Seguro que había algo que pudiera hacer —un trabajo legítimo— donde pudiera usar sus habilidades.

Política, tal vez.

Por poco le dio la risa. La cuestión era que lo que había estado haciendo con todo tipo de variaciones había sido vender a la gente conceptos atroces. Que podía ayudarlos a hablar con familiares fallecidos. Que podía darles una idea de su futuro leyendo las estrellas. Que podría utilizar sus dones paranormales para ayudar a localizar a sus seres queridos desaparecidos.

Si Keisha podía venderle a la gente ese tipo de sinsentidos, ¿sería tan difícil vender coches? ¿O seguros? ¿O alfombras?

Keisha se dijo a sí misma que podía hacerlo. Tenía que hacerlo. No por ella, sino por Matthew.

No podía ser una buena madre si estaba entre rejas.

Tenía que pasar la proverbial página. Tenía que librarse de Kirk. Pero primero, tenía que salir del lío en el que se había metido. Después, podría empezar a pensar en una nueva carrera. Se compraría ropa nueva. Menos *hippy*, más clásica. No llevaría pendientes de loro. A lo mejor se cambiaba de peinado, para tener un aspecto más profesional. Y por supuesto, tendría que hacerse unas tarjetas de…

«No. No, no, no, no».

Le había dado su tarjeta de visita. Y Wendell Garfield se la había metido en el bolsillo de la camisa.

# VEINTE

Kirk abrió la puerta del copiloto de la patata de coche coreano de quince años de Keisha y dejó la bolsa de basura en el suelo, delante del asiento. La tapicería de vinilo era de color canela, por lo que era fácil detectar las manchas de sangre en el asiento del conductor. Cogió un paquete de toallitas húmedas de su camioneta —tenía un juego completo de artículos de limpieza para automóviles escondido detrás de los asientos— y utilizó la primera para limpiar la manija de la puerta del conductor del coche de Keisha. Una vez que hubo limpiado el asidero de la parte interior de la puerta, centró su atención en el asiento. Gastó un par de docenas de paños, metiéndolos entre las grietas y hendiduras del acolchado. No había mucha sangre, pero sabía que no hacía falta que la hubiera para que la policía pillara a su novia. No solo veía *Family Feud*. Sabía cosas.

Encontró más sangre cuando limpió el volante. Keisha tenía las manos llenas, claro. Cogió todas las toallitas ensangrentadas y las metió en la bolsa, que no estaba atada todavía. Cuando estuvo seguro de que el interior del coche no solo estaba limpio de sangre, sino también más limpio de lo que había estado desde que salió del concesionario, anudó la parte superior de la bolsa con los cintas rojas incorporadas y se acomodó en el asiento del conductor, aún brillante por las toallitas.

Se le ocurrió que, ya que estaba, sería una buena idea lavar el coche por fuera. Había uno de esos sitios en los que lo lavas tú mismo en la Ruta 1. Buscó en sus bolsillos para confirmar que tenía suficientes monedas. Le pediría a Keisha que se lo devolviera más tarde.

Llevó el coche de Keisha a un lavadero. Pudo elegir entre todos los

que había. Casi nadie lavaba los coches si había nevado durante la noche y las calles estaban mojadas y resbaladizas. Echó unas monedas y apuntó la manguera de alta presión hacía el lado del conductor del coche. La movió atrás y adelante a lo largo de la puerta, solo para estar seguro.

Cuando terminó, cogió la autopista y se dirigió al oeste. Al principio, pensaba llegar hasta Westport, o quizá hasta Norwalk, pero ni siquiera había llegado a Bridgeport cuando empezó a pensar que la idea de Keisha era una auténtica estupidez. Una bolsa de basura era una bolsa de basura, aunque estuviera rellena de un montón de ropa ensangrentada. Mientras la dejara junto a otras bolsas, no le veía sentido a conducir con ella por medio maldito estado. Cualquier contenedor serviría.

Así que se bajó en Seaview y se dirigió hacia el norte, buscando un centro comercial que tuviera un cubo de basura en la parte de atrás. Podría deshacerse de ella, volver a casa de Keisha en menos de una hora y averiguar algo más del lío en el que se había metido. Madre mía, que tonta podía llegar a ser a veces.

Viviendo con ella, nunca sabías lo que iba a pasar. Se dejaba caer por la casa todo tipo de gente rara para que Keisha les dijera si tenían que dejar sus trabajos o casarse o que intentaban localizar a sus gatos muertos para poder saludarlos y que tomaban por palabras divinas las palabrerías rituales que se había inventado Keisha. Y, de vez en cuando, cuando secuestraban a algún niño o un enfermo de Alzheimer se escapaba de la residencia de ancianos, los familiares ansiosos, al menos los que creían en alguna de esas tonterías, pedían la ayuda de Keisha.

La gente se creía cosas muy raras.

Él la ayudaba interpretando al padre de una niña desaparecida que Keisha había encontrado gracias a una visión. Se le daba bien, siempre que la gente no hiciera demasiadas preguntas. Una vez que

empezaba a mentir, le costaba recordar todo lo que había dicho y caía en sus propias trampas. Así que hablaba poco, fingía emocionarse y decía: «Esa mujer, Keisha, es la razón por la que nuestro angelito volvió a casa. No puedo ni imaginarme lo que habría pasado si ella no nos hubiera ayudado».

Digno de un Oscar.

La vida nunca era aburrida con Keisha, pero la muy hija de puta esa vez sí que había subido el listón. Por lo que Keisha había tenido tiempo de contarle mientras hacía su *striptease*, había matado a ese tipo en defensa propia clavándole una aguja de tejer en el ojo.

En el maldito ojo, joder. No iba a poder sobreponerse a eso.

Nunca habría imaginado, cuando se fue a vivir con Keisha, nada parecido. Podía ver que no iba a ser perfecto, ya que tenía un hijo y todo eso, pero no parecía tan molesto al principio, y Keisha era bastante impresionante en la cama. Dijo que estaba tomando precauciones para que no la dejara preñada, no como cuando había tenido a aquella cosa hacía once años con un soldado de Afganistán de permiso que se quedó en Milford el tiempo suficiente para esparcir su semilla por ahí y luego volvió al avión para hacer estallar a más talibanes. Keisha no sabía si seguía presentándose voluntario a ir a más *tours* porque de verdad le gustaba dar vueltas en un tanque a cincuenta grados, o porque no quería enfrentarse al hecho de que en casa era padre.

Matthew solo había visto al hombre dos veces en nueve años. Una vez más de las veces que había mandado dinero a casa. Esa única vez habían sido 123,43 dólares.

Keisha, sin embargo, era doblemente devota del cabroncete. Vale, quizá no era tan mal chico, la verdad, pero el hecho era que estaba allí. Es difícil satisfacer las necesidades de uno cuando hay un imbécil por ahí, jugando a la Wii, pidiendo que lo lleven al centro comercial, resfriándose y esperando que su madre lo cuide. Y

muchas veces, le preparaba el desayuno o un bocadillo o le llevaba un tentempié a la hora de acostarse, y ni siquiera se le *ocurría* preguntarle si a él también le apetecía algo.

Aun así, había sido un buen plan, mudarse con Keisha. Había sido todo lo amable que podía ser cuando la conoció, ayudándola con aquella rueda pinchada. Y no estaba fingiendo que la trataba con respeto. Ella se lo merecía. Tenía buen cuerpo y una cara bonita. Esa primera noche en su casa, descubrió que también era una cocinera medio decente. Fue despacio, no quería que ella pensara que lo único que le importaba era meterse en sus bragas, pero una vez que ella le dijo que el niño estaba dormido, él supo que lo deseaba y estuvo encantado de complacerla. Lo que Kirk nunca llegó a mencionar fue que en realidad no tenía casa propia. Su exnovia le había dado la patada y había estado durmiendo en los sofás de varios tipos que trabajaban para Garber Contracting, excepto el propio Glen, que no aceptaba huéspedes cuando tenía una chica joven en casa, «sin ánimo de ofender». No podía seguir así para siempre, así que cuando Keisha empezó a insinuar que ya que se quedaba a dormir la mayoría de las noches, a lo mejor debería…

—Sí, vale —dijo.

Las cosas fueron bien las primeras semanas, antes de que Glen redujera sus horas. Luego se hizo daño en el pie y, en cierto modo, ocurrió en un buen momento, porque se dio cuenta de que Keisha estaba empezando a replantearse si haberle invitado a vivir en su casa había sido una buena idea después de todo. No iba a echarlo mientras se recuperaba. Era demasiado buena para hacer eso.

Y ahora, con el pie casi curado, intuía que ella podría estar pensando, una vez más, en disolver la relación. Pero justo en ese momento…, en fin, en ese momento lo necesitaba. Pero mucho. ¿Qué mujer iba a echar a la calle al hombre que la está ayudando a encubrir un asesinato?

Oh, sí, estaba claro que lo haría a largo plazo. De eso no había duda.

Vaya, ese parecía un buen sitio.

Una pequeña plaza a la derecha con un salón de manicura, una pizzería de comida para llevar, una tienda de camisetas y otra de coches teledirigidos.

«Siempre quise tener uno de esos —pensó Kirk—. Ahora que ya tengo las ruedas para el camión, es hora de darme otro capricho.

Una hilera de tiendas como esa debía de tener algún tipo de contenedor en la parte de atrás, especialmente al haber una pizzería. Tendrían un montón de basura, ¿verdad? Restos de comida al final del día, cartones, queso con moho…

Accionó el intermitente, giró hacia el aparcamiento, bajó por el lateral del edificio y dio la vuelta por detrás hasta detenerse junto a un maltrecho contenedor metálico de basura del tamaño de la carraca de coche que conducía. Estaba a unos diez metros del edificio y rodeada de otros desperdicios. Palés abandonados, restos de tuberías oxidadas, un horno viejo y media docena de neumáticos.

Kirk salió y se acercó al lado del copiloto. Abrió la puerta, cogió la bolsa y se acercó al contenedor. Estaba a punto de levantar la tapa y echarla dentro cuando lo interrumpieron.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Una de las cuatro puertas traseras estaba abierta. A juzgar por su posición, Kirk supuso que era la entrada trasera de la pizzería. Un hombre negro con vaqueros, camiseta negra y delantal blanco salpicado de salsa de *pizza* lo miraba.

—Solo voy a tirar esto —dijo Kirk.

—Ni hablar, no lo vas a hacer.

—Es solo una bolsa. Cálmate, tío.

—¿Qué pasa, que te crees que nuestro cubo está ahí para ti? Si tienes basura, ponla delante de tu propio patio.

—Oye, amigo, ¿por qué no…?

—No me llames «amigo», gilipollas. Pagamos para que se lleven la basura. ¿Quieres meter esa bolsa? Son diez pavos. —Dio un paso adelante y dejó que la puerta metálica se cerrara tras él—. Hay gente como tú haciendo esto todo los días. Pensáis que esto es un vertedero público. ¿Tienes diez pavos?

—Sí, los tengo. ¿Y sabes dónde puedes ponerlos? —preguntó Kirk.

El pizzero se echó a reír.

—Vaya, esa es buena. Y se me ocurre dónde puedes poner esa bolsa de basura.

Había acortado la distancia entre ellos. Kirk aún tenía una mano en la bolsa y la otra en la tapa metálica, pero no la había levantado lo suficiente como para echarla dentro. El otro hombre la golpeó con la mano y se cerró de golpe con un ruido metálico. Si Kirk no la hubiera retirado lo bastante rápido, se habría quedado sin pulgar.

—¿Qué problema tienes? —preguntó Kirk. Pensó en una buena pregunta para *Family Feud*: «Nombra un lugar donde sea más probable que trabajen gilipollas». Él gritaría: «*¡Pizza* para llevar!». Pero lo que dijo fue—: ¿Tienes un *fuet* metido en el culo o qué? —Se moría de ganas de pegarle a ese tío. De darle una buena paliza.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó el hombre—. ¿Quieres que nos peleemos por esto? Porque, si eso es lo que quieres, me parece bien.

La bolsa que ocultaba la ropa ensangrentada y el bolso ensangrentado y los trapos ensangrentados cayó de la mano de Kirk al asfalto porque tenía que preparar sus puños.

La puerta trasera de la pizzería volvió a abrirse y salió un segundo hombre. Un tipo blanco, del doble de tamaño que el negro.

Kirk pensó: «Mierda».

—¡Oye, Mick, ayúdame con este gilipollas! —dijo el negro.

Si a Mick le importaba no tener ni idea de por qué estaban

discutiendo, no dio muestras de ello. Estaba demasiado ocupado buscando, en ese preciso momento, algo que utilizar para golpear a Kirk, y lo encontró apoyado en la pared: una tubería de plomo de medio metro de longitud. La levantó como si fuera un garrote, miró a Kirk y sonrió.

Kirk salió corriendo.

Volvió a subirse al coche de un salto, cerró de un portazo, hizo un giro rápido de tres puntos, esquivando por poco a Mick cuando la parte delantera le pasó por delante en marcha atrás, y luego pisó a fondo el acelerador y subió a toda velocidad por el lateral del edificio hasta la calle.

Estaba ya a dos manzanas de distancia cuando se dio cuenta de que se había dejado la bolsa al lado del contenedor.

# VEINTIÚNO

La Policía Científica había llegado a la casa de los Garfield. Rona Wedmore se retiró para que pudieran hacer su trabajo. También se habían presentado ocho agentes de uniforme, y Wedmore los había distribuido por todo el barrio, para que llamaran a todas las puertas e intentaran encontrar a alguien que pudiera haber visto algo. Lo último que hizo antes de marcharse fue pedirle a Joy Bennings, la policía científica a cargo, que le dijera qué había en la tarjeta que había visto en la camisa de Wendell Garfield. Wedmore había podido distinguir un par de dígitos, el principio de un número de teléfono, en una esquina, pero eso era todo. La había dejado en la camisa. Estaba cubierta de sangre que podía no ser la de la víctima, por lo que no había querido tocarla. Le pidió a Joy que la llamara en cuanto pudiera descifrar lo que decía la tarjeta.

Luego se subió a su coche y condujo de vuelta a la comisaría para poder seguir hablando con Melissa.

Pero de camino a ver a Melissa le dijeron que una tal señora Beaudry la estaba esperando. Se había identificado en recepción como la tía de Melissa y había ido a la comisaría a buscar a Melissa o a su padre.

Wedmore encontró a la mujer paseando por el vestíbulo de la comisaría. Tenía unos cuarenta y cinco años, no medía mucho más de metro y medio, su cuerpo era menudo y su nariz, larga y aguileña. Wedmore pensó que se parecía a un pájaro. Si la apretabas demasiado fuerte, se rompería en tus brazos.

—Perdone —dijo Wedmore—. ¿Está aquí por Melissa Garfield?

—¡Sí! Dios mío, intenté localizar al padre de Melissa y al no obtener

respuesta supuse que ambos estarían aquí, ¿y ahora me entero de que Melissa está detenida? ¿Qué demonios está pasando?

—¿Quiere sentarse, señora Beaudry?

—¡No, no quiero sentarme! ¿Es verdad? ¿Melissa está detenida?

—Sí.

La pequeña mujer puso los brazos en jarras.

—¿Por qué? ¿Detenida con qué cargos?

—Señora Beaudry, los cargos en contra de su sobrina tienen relación con la muerte de Eleanor Garfield.

—¿Qué? —La mujer extendió la mano hacia su costado, como si allí hubiera un mostrador para apoyarla, pero no lo había. Se tambaleó un poco, así que Wedmore la guio hasta un banco que había pegado a la pared.

—¿De qué está hablando? —preguntó la señora Beaudry—. ¿Qué le ha pasado a Ellie?

—La investigación sigue abierta —dijo Wedmore—. No puedo contarle más detalles de momento.

—Pero esto es… Esto no tiene ningún sentido. Salieron en la televisión. Melissa y Wendell. Estaban pidiendo ayuda. Dios mío, esto es horrible. ¿Está diciendo que Melissa ha matado a su madre? ¿Dónde está? ¿Ellie? ¿Dónde está Ellie? ¿Qué le ha ocurrido? ¿Dónde está Wendell? ¿Lo sabe Wendell? ¿Sabe que su hija está detenida?

—Si usted es tía de Melissa, ¿es hermana de Ellie Garfield? —preguntó Wedmore.

—No, no. Soy la hermana de Wendell. Soy Gail —respondió la mujer, que ya estaba buscando en el bolso un pañuelo para secarse las lágrimas.¿Y ha venido aquí buscando a su hermano y a Melissa?

Gail Beaudry asintió y sollozó.

—Fui a su casa y al no obtener respuesta vine aquí. No tiene móvil.

—¿Cuándo habló por última vez con su hermano? —preguntó Wedmore.

Ella miró a la detective, desconcertada.

—¿Cómo?

—Su hermano, ¿cuándo fue la última vez que hablaron?

—Anoche. Lo llamé antes de irme a la cama para ver si se sabía algo nuevo. ¿Está aquí? Tengo que hablar con él. Debe de estar horrorizado por lo que han hecho, por encerrar a su hija. ¿Han perdido la cabeza?

Wedmore dio un largo suspiro.

—Señora Beaudry, siento tener que decirle esto, pero su hermano está muerto.

Gail Beaudry ladeó la cabeza, como un perro que ha oído un silbido.

—Que Wendell está… ¿qué?

—Su hermano está muerto. Ha fallecido esta misma mañana. Hace unas pocas horas. —Extendió la mano y tocó el brazo de la mujer—. Lo siento mucho.

La mujer necesitó un momento para asimilarlo.

—¿Cómo lo sabe? ¿Está aquí? ¿Ha pasado aquí?

—Ocurrió en su casa. Habíamos ido a verlo para hablarle de Melissa después de que esta confesara haber matado a su madre.

—¿Que ha confesado qué? —La mujer estaba sobrepasada—. Son unas personas horribles. ¿Qué han hecho? ¿Lo mató la policía para que confesara él también?

—Encontramos al señor Garfield muerto, en su casa. Nuestra investigación sobre la desaparición de su esposa se ha ampliado ahora para incluir las circunstancias de su muerte.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Gail Beaudry.

Wedmore le respondió con otra pregunta.

—¿Sabe si su hermano estaba involucrado en algún negocio o tenía alguna relación personal en los que pudiera haberse ganado algún enemigo?

—No, no, claro que no.

—¿No sabe de nadie que pueda estar enfadado con su hermano por alguna razón? —Incluso mientras hacía la pregunta, Wedmore pensó en el marido de Laci Harmon. Ella dijo que él no sabía nada de la aventura. Pero ¿y si resultaba que sí lo sabía? ¿Y si había ido a casa de Garfield para enfrentarse a él?

Pero, un momento… Laci Harmon le había dicho a Wedmore esa mañana que su marido, en esos momentos, estaba volviendo en coche desde Schenectady. Con los niños. Wedmore quería volver a comprobarlo, pero le hizo pensar que probablemente el marido no era sospechoso.

—¿Por qué me está haciendo estas preguntas? No entiendo nada de lo que está pasando. ¿Está diciendo que alguien ha matado a Wendell? ¿Está sugiriendo que Melissa lo ha matado a él también? ¿Que ha matado a sus dos padres?

—No, Melissa estaba aquí cuando el señor Garfield murió.

—Entonces, ¿Melissa mató a Ellie, y otra persona mató a mi hermano? —«Más o menos», pensó Wedmore, pero se limitó a asentir—. Todo esto es una locura, una locura. Tengo que… tengo que llamar a alguien. —Gail Beaudry buscó a tientas su teléfono en el bolso—. Y también voy a tener que llamar a mi marido.

Wedmore cogió su libreta. Le preguntó a la señora Beaudry dónde podía localizarla y anotó un par de números.

—Ahora tengo que ir a hablar con Melissa —dijo Wedmore.

* * *

La chica aulló como un animal herido.

Melissa abrazó a la detective Wedmore, apoyó la cara en su pecho y sollozó.

—No, no, no.

En sentido estricto, el procedimiento no consistía en abrazar a los

sospechosos de asesinato y consolarlos, pero Wedmore se encontró haciendo precisamente eso. Puso las manos en la espalda de la chica y la acarició con suavidad, pensando en lo patético que era aquel gesto. Era como decir: «Ya está, ya está».

—Papá —gimoteó—. Papá.

—Tengo que hacerte unas preguntas, Melissa —dijo Wedmore.

Pero la chica seguía llorando y pasaron diez minutos antes de que Wedmore pudiera volver a sentarla en la silla de la sala de interrogatorios. En lugar de ponerse frente a ella al otro lado de la mesa, Wedmore acercó su silla a la de Melissa y permitió que la chica le sujetara las manos.

—¿Alguien lo mató? —preguntó Melissa con incredulidad—. ¿Está segura?

Wedmore recordó lo que había visto.

—Sí —afirmó con seguridad—. ¿Qué no me has contado, Melissa? ¿Qué me estás ocultando?

—Se lo he contado todo, lo juro.

—¿Quién querría hacerle daño a tu padre?

—Nadie. Ni una sola persona.

—¿Te ayudó alguien más, Melissa? ¿Hubo una tercera persona involucrada en llevar a tu madre, y el coche, hasta el lago?

—No, ya se lo he dicho, fuimos solo papá y yo. Y él ni siquiera le hizo daño a mamá. Esa fui yo, solo yo.

—¿Qué me dices del padre de tu hijo?

—¿Lester?

—Sí, ese. ¿Se llevaban bien él y tu padre? ¿Es posible que hayan discutido por algo?

—A mis padres les gustaba Lester —dijo Melissa—. Estaban enfadados conmigo porque no quería casarme con él. —Volvió a poner la cara entre las manos y lloró.

Wedmore suspiró y se levantó.

Esto era lo más complicado a lo que se había enfrentado en mucho tiempo.

Estaba a punto de salir de la sala de interrogatorios cuando sonó su móvil. Era un mensaje, de Joy.

Decía: «Tengo algo. Llámame».

# VEINTIDÓS

Keisha intentó pensar cómo iba a explicarlo.

Porque *tendría* que explicarlo. No tenía ninguna duda. La policía acabaría encontrando a Wendell Garfield, si no lo había hecho ya, y tarde o temprano descubrirían su tarjeta de visita metida en el bolsillo de su camisa.

Si la tarjeta hubiera estado en cualquier otro sitio —guardada en un cajón o en su cartera, incluso— no habría sido para tanto. Con el tiempo, todo el mundo acumula montones de tarjetas de visita. Las encuentras en el coche, en el bolsillo del abrigo, clavadas en tablones de anuncios.

Pero si tienes una tarjeta guardada en la camisa, bueno, la tienes que haber conseguido o te la tienen que haber dado muy recientemente. Suponiendo que Wendell Garfield no hubiera llevado la misma camisa sin lavar durante varios días o semanas seguidas, sería razonable que la policía supusiera que había conseguido la tarjeta o la había estado mirando como mucho un par de días antes. Desde que su mujer había desaparecido.

¿Y cómo conseguía las tarjetas la mayoría de la gente? Se las daban las personas cuyo nombre figuraba en ellas.

Era cuestión de tiempo que la policía apareciera en la puerta de Keisha, preguntando si se había reunido con Wendell Garfield. ¿Cuándo fue la reunión? ¿Dónde tuvo lugar? ¿Cuál era su finalidad y quién había propuesto el encuentro?

¿Qué les iba a decir?

«No tengo ni idea de cómo consiguió esa tarjeta».

Eso era lo que les iba a decir.

No era fácil que se lo tragaran, pero como Kirk se había deshecho

de las demás pruebas que la relacionaba con la casa de los Garfield, creía que podía colar.

Les diría que solía poner tarjetas en los tablones de anuncios de los supermercados y que, a veces, dejaba algunas en las mesas de ferias de artesanía y eventos de centros comunitarios o las repartía entre la gente que se encontraba en la cola para pagar o en una parada de autobús.

Les diría que las tarjetas estaban por todas partes. ¿Quién sabía dónde podría haber conseguido una?

A lo mejor se había hecho con una semanas atrás, la había guardado en un cajón y, tras la desaparición de su mujer, la había ido a buscar pensando que quizá un vidente podría ayudarlo de un modo en que la policía no lo había hecho. Había encontrado la tarjeta y se la había metido en la camisa, y probablemente la habría llamado si no hubiera acabado con una aguja de tejer en el cerebro.

Por supuesto, solo Keisha sabía que para Garfield no habría tenido sentido contratar los servicios de una médium para encontrar a su mujer. Conocía de sobra el destino de su de su mujer. Pero la policía no lo sabía, ¿verdad? Para ellos, Wendell Garfield seguía siendo un marido a angustiado y desesperado por que volviera su mujer. Quizá la policía incluso empezara a trabajar con la teoría de que quien se deshizo de Ellie —en algún momento llegarían a la conclusión de que fue víctima de algo turbio, incluso si nunca encontraban su cuerpo en el fondo de aquel lago— era la misma persona que había matado a su marido.

Eso tendría sentido, ¿no?

Y, en realidad, ¿qué tenía que ver su tarjeta de visita con todo eso?

«Es solo una tarjeta».

Intentó convencerse a sí misma de que no debía preocuparse. Tenía que hacerse la tonta, contestar con evasivas y poner cara de

perplejidad. Fuera como fuese la manera en la que él había conseguido su tarjeta, no era ella quién tenía que explicarlo.

Sonó el teléfono.

Keisha lo miró, pero no se movió. Seguro que era Chad otra vez, o algún otro cliente pesado. «Deja que salte el contestador», algo que ocurriría tras cinco tonos. El teléfono dejó de sonar y Keisha esperó a que la luz parpadeara para indicar que, efectivamente, habían dejado un mensaje, pero la luz no parpadeó.

«Menos mal», pensó.

Se oyó un fuerte traqueteo en la puerta principal y después el sonido de su apertura. Keisha se sobresaltó casi tanto como la primera vez que había sonado el teléfono.

¿Quién demonios era? ¿No era demasiado pronto para que volviera Kirk?

—¡Hola, nena! —gritó.

Keisha fue a su encuentro en el vestíbulo.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué quieres decir?

—¿A dónde has ido? ¿Dónde te has deshecho de eso?

—Ya está arreglado —dijo, haciendo un gesto despectivo con la mano.

—Vale, ¿pero dónde?

—He hecho lo que me has pedido, ¿vale? Ya está. —Intentó pasar junto a ella para ir a la cocina, pero ella le puso la palma de la mano en el pecho.

—Te dije que lo llevaras a Darien o a otro sitio lejos de aquí. No fuiste tan lejos, ¿verdad? Has vuelto demasiado pronto.

—Joder, tu idea era una estupidez. A ver, lo más importante era no tirarlo en tu cubo, ¿no? Que no quieras ponerlo delante de tu casa el día de la recogida de basura no significa que haya que llevarlo hasta la Conchinchina.

Keisha negó con la cabeza, enfadada.

—¿Dónde la has tirado?

Él le hizo un gesto para que lo dejara pasar.

—Oye, me debes dinero. He tenido gastos, he ido a lavar el coche y he usado todas las monedas que tenía.

—¿Dónde has tirado la bolsa? —Parecía más un grito que una pregunta.

—Madre mía, no te sulfures. Casi hasta Bridgeport —dijo.

—¿Qué te he dicho?

—Sé lo que has dicho, pero he tenido que tomar una decisión y he visto un buen sitio detrás de unas tiendas, así que la he dejado ahí.

Sacudió la cabeza, exasperada.

—Te juro por Dios… ¿Por menos la has metido en el contenedor con otras bolsas? —Kirk dudó—. ¿Qué? —preguntó Keisha.

Él se encogió de hombros.

—Más o menos.

—¿Qué quieres decir con «más o menos»?

—A ver, he ido a la parte de atrás de ese sitio y me disponía a meter la bolsa en el contenedor, ¿vale? Pero ha salido un gilipollas por la puerta de atrás de la pizzería y ha empezado a insultarme por tirar la basura en su cubo, así que…

—¿Espera un momento? ¿Te ha visto? ¿Y ha visto también el coche? ¿Te vio ha visto tirar la bolsa?

—Dios mío, mujer, déjame terminar —dijo Kirk. Keisha estaba empezando a ponerlo de los nervios—. El tío se ha puesto a soltarme el rollo y yo he pensado: «¿Dónde está el problema? Es una mísera bolsa de basura, ¿qué pasa si la tiro en su cubo?», ¿entiendes? Pero se veía que buscaba pelea, y me ha parecido bien, pero entonces ha salido otro tipo del tamaño de un frigorífico y ha cogido una puta tubería como si fuera un bate de béisbol, así que he

tenido que largarme de allí. Habría podido con uno, pero dos era demasiado. No habría sido justo.

—Dios mío —dijo Keisha—. ¿Crees que han llamado a la policía?

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué iban a hacerlo? ¿Por una discusión por una bolsa de basura? ¿Quién va a llamar a la policía por eso? Son un par de pizzeros. No te preocupes.

Keisha estaba muy preocupada. ¿Y si habían apuntado la matrícula de su coche?

—¿Y dónde has dejado la bolsa?

—A ver, esto es lo que pasó —dijo Kirk—. Cuando ese gilipollas se ha acercado a mí con la tubería, tenía que largarme inmediatamente. Así que he dejado la bolsa allí.

—¿La has dejado allí? ¿Dónde te habían visto?

—Ese tipo me habría matado con la tubería —dijo Kirk.

Keisha deseaba que lo hubiera hecho.

—Dime que al menos has tirado la bolsa antes de que pasara todo eso. A ver, no se iban a meter en el contenedor a buscar una bolsa específica. Después de que te hubieras ido no.

Kirk hizo una mueca divertida y se pasó la mano por la barbilla.

—Bueno, estaría de acuerdo contigo en eso si hubiera sido así. Pero en realidad no he llegado a meter la bolsa en el contenedor.

—¿Qué?

—He tenido que dejarla en el suelo cuando ese tipo ha empezado a perseguirme. El gilipollas me habría abierto la cabeza.

¿Se estaba moviendo el suelo? ¿Estaban en mitad de un terremoto? A Keisha le parecía que todo se movía.

—¿Me estás diciendo que la has dejado ahí? ¿Justo ahí? ¿Delante de sus narices? Mierda, ¿por qué no has vaciado la bolsa para que pudieran verlo todo bien? ¿Qué demonios estabas…?

«Ya me he cansado», pensó él.

Explotó y la lanzó contra la pared con tanta fuerza que la dejó sin aliento. Le rodeó el cuello con la mano derecha, inmovilizándole la cabeza contra la pared, apretándola justo donde el cinturón rosa le había mordido la piel.

—Estoy harto de que me critiques —dijo apretando los dientes—. Estoy intentando ayudarte y no recibo ningún agradecimiento a cambio y me está empezando a poner de los nervios.

—Suéltame… no puedo…

Keisha levantó la pierna e intentó darle un rodillazo a Kirk en la ingle. Él dio un salto hacia atrás y la soltó. Keisha se agachó y tosió varias veces.

—No voy a aguantar más faltas de respeto —le dijo, apuntando con el dedo en su dirección—. Te he estado ayudando, colaborando en la educación del crío, cuidando de ti, y no me tienes ni una pizca de respeto.

Aunque seguía tosiendo, Keisha consiguió reírse.

—Sí, tienes un valor incalculable —ironizó—. Eres la hostia de indispensable.

Le apuntó con un dedo amenazador a la cara, a escasos centímetros de la punta de la nariz.

—¡Eso es justo de lo que estoy hablando! ¡Tu mala actitud! ¿Cómo va a mostrarme respeto ese cabroncete tuyo si su madre no lo hace?

—¿Lo llamas así y quieres respeto? —replicó ella recuperando el aliento—. Te ve sentado aquí todo el día, igual que te veo yo, sacando petróleo de un pie herido. Hoy no te he visto cojear ni una sola vez.

—¿Cómo voy a encubrir tu espiral criminal lo bastante rápido si tengo que arrastrar la pierna allá donde voy? —masculló—. Está claro que no serías nada sin mí. Hoy estarías jodida, de eso no hay duda. Necesitas un hombre en casa.

—Eso estaría bien —contestó—. ¿Sabes dónde puedo encontrar

uno?

Se abalanzó de nuevo sobre ella, pero antes de que pudiera ponerle las manos encima, Keisha le arañó la cara. Le pasó las uñas de la mano derecha por la mejilla izquierda hasta hacerlo sangrar.

—¡Hija de puta! —exclamó, saltando hacia atrás. Se llevó la mano a la mejilla y miró la sangre de la palma—. ¿Has perdido la cabeza?

—Tienes que volver —ordenó Keisha.

—¿Eh?

—Tienes que volver para coger la bolsa.

Él negó con la cabeza.

—Ni hablar.

Ella mantuvo la voz baja, para que se tuviera que concentrar en escucharla.

—Si abren esa bolsa, y ven lo que hay dentro, y se acuerdan de mi coche, estamos perdidos. ¿Entiendes?

Kirk sonrió estúpidamente.

—Yo no, cariño. Tú eres la única que va a estar perdida.

—¿Tú crees? No he sido yo la que conducía y tampoco he sido yo la que intentaba deshacerse de las pruebas.

La miró, pensándoselo mejor, y se le borró la sonrisa. Tardó unos segundos. «Es como intentar explicar la segunda ley de la termodinámica a un pitbull», pensó Keisha.

—Mierda —dijo por fin.

—Tienes que coger la bolsa. Tienes que averiguar si la han tirado al contenedor. Y si lo han hecho, tienes que deshacerte de ella en otro lugar.

—Jo, tío —protestó, casi dando pena—. No puedo volver allí.

—Tienes que hacerlo —dijo Keisha. Dios, qué día, y apenas había transcurrido la mitad.

—Vale, vale —aceptó por fin lo que iba a tener que hacer.

¿Debería contarle el otro problema? No le iba a gustar, pero estaba

metido en eso con ella, le gustara o no.

—Hay otra cosa —dijo Keisha.

Le dirigió una mirada que decía: «Estás de broma, ¿verdad?».

—Garfield llevaba una de mis tarjetas cuando murió. Tarde o temprano, la policía va a aparecer y…

Alguien dio unos golpes en la puerta.

# VEINTITRÉS

Rona Wedmore, sentada en el asiento delantero de su coche de incógnito, llamó a Joy, del equipo de la Policía Científica.

—Hola —saludó Joy.

—He recibido tu mensaje. ¿qué pasa?

—Acabamos de retirar el cuerpo. No hemos avanzado mucho con él, solo puedo decirte que la aguja entró unos diez centímetros en el cráneo del fallecido.

—¿Supones que eso fue lo que lo mató? —preguntó Rona.

—Qué graciosa eres —replicó Joy.

—Quiero decir que si le hicieron algo más antes.

—No lo creo, pero serás la primera en saber lo que averigüe. La razón por la que te llamo es que le he echado un vistazo a la tarjeta de visita que llevaba en la camisa. El nombre que aparece es… Espera, lo tengo anotado. Vale, «Keisha Ceylon, médium buscadora de almas perdidas». Bastante elegante. —Le dictó un número de teléfono y la dirección de una página web, que Rona garabateó en su cuaderno.

—Ese nombre me suena —comentó Rona.

—Quizá la conozcas de otra vida —bromeó Joy.

—¿Recuerdas aquel caso, debe de hacer ya cinco o seis años, sobre una mujer de Milford cuya familia desapareció cuando ella tenía catorce años? Pasó algo así como veinticinco años sin saber qué les había pasado.

—Archer —dijo Joy—. Cynthia Archer. En aquel momento, no dejaba de pensar: «¿Por qué no le pasa eso a mi familia?».

—El nombre de esta mujer, Keisha, surgió entonces. —Wedmore

pensó un momento sobre aquello—. Dijo que tenía visiones sobre gente desaparecida. Creo que intentó chantajear a los Archer.

—Voy a dejarte a ti todos los asuntos relacionados con visiones —dijo Joy—. Hay algo más. Parece que hay huellas justo fuera de la ventana lateral del salón, en los parterres. El suelo no estaba tan helado. Y puede que también haya huellas en el cristal.

Wedmore no sabía qué pensar, pero pidió que la mantuviera informada.

En cuanto terminó de hablar con Joy, la detective hizo varias llamadas más desde su móvil. Cuando hubo obtenido las respuestas a algunas preguntas que le rondaban por la cabeza, arrancó el coche y condujo hasta el instituto Old Fairfield.

Fue directamente a secretaría, se identificó ante las secretarias del mostrador y dijo que necesitaba hablar con un miembro del personal.

—Dígale que venga, pero no mencionen quién quiere hablar con él.

Una de las secretarias consultó un horario en la pantalla de su ordenador.

—Pero ahora está dando clase de Literatura americana. —Wedmore le dirigió una mirada con la que parecía preguntarle si el estudio de Ralph Waldo Emerson o Herman Melville era más importante que su petición. La secretaria cogió el teléfono, localizó a la persona que buscaba y le trasladó el mensaje. Wedmore se apoderó de una pequeña oficina que estaba vacía —que resultó ser la del orientador — y esperó.

Tres minutos después, entró Terry Archer. Cuando vio quién lo esperaba, le cambió la cara.

—Dios mío —dijo—. ¿Qué ha pasado?

Wedmore le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Nada, señor Archer, nada. Extendió una mano y el profesor se la

estrechó, pero no parecía reconfortado en lo más mínimo—. Me alegro de verlo.

—Me gustaría poder decir lo mismo —dijo Archer—. Pero al verla, me ha dado un vuelco el corazón. ¿Seguro que no ha pasado nada? ¿Está bien Grace? ¿Tiene que ver con Cynthia?

—Hasta donde yo sé, su hija y su mujer están perfectamente bien. No estoy aquí por ellas. Por cierto, ¿qué tal están?

Archer esbozó una sonrisa de dolor.

—Grace está bien.

—Recuerdo que le gustaba mucho la Astronomía. ¿Todavía le gusta?

Archer asintió.

—Quiere ser astronauta. Quiere acercarse un poco más a las estrellas. Está muy disgustada porque han cancelado el programa de transbordadores espaciales.

Wedmore sonrió.

—Bueno, estoy segura de que en algún momento volverán al espacio. ¿Y la señora Archer, Cynthia, cómo está?

Archer dudó.

—Está bien. No está mal. —Wedmore sabía que pasaba algo, así que no dijo nada, esperó a que Archer le diera más información—. Ha sido duro para ella. Conseguir respuestas de lo que le ocurrió a su familia, no… no hizo que las cosas se volvieran perfectas. A veces, obtener respuesta a tus preguntas solo hace que surjan otras nuevas. Por ejemplo, ¿cómo sigo adelante, sabiendo lo que sé? Ahora mismo, Cyn se está tomando un tiempo para centrarse en sí misma.

—¿Están separados?

Él negó con la cabeza.

—No, no, no es eso. No exactamente. Pero en estos momentos necesita un poco de espacio. Grace está conmigo. —Se encogió de

hombros—. Todo se arreglará. Ya sabe, de una forma u otra. Es como tiene que ser.

—Lo siento —dijo Wedmore—. ¿Qué tal lo lleva Grace?

—Pues… está entrando en la adolescencia, ¿sabe? Es difícil saber lo que le pasa por la cabeza. No le gusta que me entrometa. —Se encogió de hombros de nuevo—. Pero supongo que todos los padres de una chica adolescente pasan por eso, ¿no?

Wedmore movió la mano por la habitación.

—Cuando empecé a buscarlo, no pensé que siguiera enseñando aquí.

—Pedí el traslado hace un par de años —respondió Archer—. Pero me vino bien alejarme un tiempo de este lugar. Perdone pero tengo una clase llena de aspirantes delincuentes que prefieren robar carritos de la compra que oír hablar de Hemingway, así que si hay algo en lo que pueda ayudarla…

—Keisha Ceylon —dijo Wedmore.

—Madre mía.

—Menuda reacción. ¿Qué puede decirme de ella?

—Después de que emitieran ese programa de televisión, sobre que habían pasado veinticinco años desde que los padres de Cynthia y su hermano habían desaparecido, esa mujer salió de la nada, afirmando que tenía información sobre el caso. No se trataba de conocimiento de primera mano, sino de cosas que había visto en un sueño o una visión o algo así. Nos pidieron a Cynthia y a mí que fuéramos a los estudios de televisión para hacer una segunda parte, para que esa supuesta médium nos contara a cámara lo que sabía, pero cuando se enteró de que la cadena no le iba a dar mil pavos, no quiso hablar.

—Mmm —murmuró Wedmore.

—Después de eso, vino una vez a casa, para intentar sacarnos la pasta en persona. Cynthia la echó a la calle a patadas.

—¿Se ha vuelto a poner en contacto desde entonces?

Archer negó con la cabeza.

—Nunca volvimos a saber de ella.

—¿Qué sensación le daba? —preguntó Wedmore.

Él encogió los hombros ligeramente.

—Fueron dos encuentros muy breves, nada más. Pero era una oportunista. Le gustaba aprovecharse de la gente cuando era más vulnerable. Eso la pone muy arriba en mi lista de indeseables.

Wedmore sonrió.

—Sí, entiendo por qué.

—¿Sigue en activo, haciendo de las suyas?

—Puede.

Algo brilló en los ojos de Archer y frunció el ceño.

—Esa historia de las noticias. Un hombre y su hija pidiendo información sobre su mujer.

Wedmore asintió y volvió a tenderle la mano.

—Gracias por su ayuda. Le dejo para que vuelva con sus alumnos.

Archer intentó sonreír por última vez, pero Wedmore pudo percibir el esfuerzo. El hombre llevaba su tristeza como si fuera una chaqueta.

—La verdad es que sí que me alegro de volver a verla. Fue una gran ayuda para nosotros en un momento muy difícil.

Se escabulló del despacho del orientador. Wedmore tuvo la extraña sensación, mientras se marchaba, de que no tardaría en volver a verlo.

# VEINTICUATRO

—Mierda —dijo Keisha mientras continuaban los golpes en la puerta.

—¿Qué piensas hacer? —dijo Kirk, secándose la sangre de la mejilla con un pañuelo. Keisha se quedó allí, congelada, sin saber si abrir la puerta o escaparse por la puerta trasera y saltar la valla del vecino. Esto último le pareció una idea bastante estúpida. Si era la policía, que quería hablar con ella, lo más probable era que tuvieran a alguien cubriendo la puerta trasera.

—No tengo elección —dijo, tomó aire y abrió la puerta.

—¡Gracias a Dios que estás en casa! —dijo Gail Beaudry, que tenía la mano levantada, dispuesta a llamar de nuevo. La mujer tenía los ojos inyectados en sangre de tanto llorar.

—¿Gail? —dijo Keisha.

—¡Tengo que hablar contigo! —anunció la mujer, entrando a la fuerza en la casa de Keisha. Miró a Kirk, que estaba de pie, estupefacto—. Tengo que hablar contigo a solas.

—No es un buen momento —protestó Keisha—. Puede que al final de esta semana, pero ahora mismo…

—¡Está muerto! —soltó Gail—. Mi hermano está muerto.

—¿Qué?

—¡Alguien ha matado a mi hermano!

—Gail, no entiendo nada.

—Esta mañana —explicó—. Y están diciendo un montón de cosas horribles sobre Melissa. ¡Cosas ridículas! Que mató a su madre. Es una locura. ¡La policía se está equivocando en todo! ¡Tienes que ayudarme! ¡Tienes que hacerles ver la verdad!

Keisha tenía un mal presentimiento. Agarró a Gail por los hombros, la sostuvo y la miró a los ojos.

—Gail, para, calla un segundo. ¿Quién es tu hermano?

—Wendell —respondió—, Wendell Garfield.

Keisha intercambió una mirada con Kirk, que estaba al lado de Gail. Vocalizó en silencio: «¿Qué coño?».

—Vale, Gail, siéntate y cuéntamelo todo. ¿Quieres beber algo? Kirk, tráele algo de beber.

—¿Tienes alguna bebida *light*? —preguntó Gail, dejando que Keisha la llevara al sofá.

—Trae cualquier cosa —dijo Keisha, sentándose junto a Gail, pegada a ella. Estaba masajeando el hombro de la mujer de forma reconfortante—. Todo va a salir bien. Solo tienes que contarme lo que ha pasado, pero despacio, desde el principio.

Kirk le dio a Gail una lata de Pepsi *light* abierta.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Gail.

—Me he cortado afeitándome —contestó.

Ella asintió antes de responder a la pregunta de Keisha.

—Hace unos días despareció Ellie, la mujer de Wendell.

—Vi algo de eso en las noticias —dijo Keisha.

Gail hizo un gesto afirmativo.

—Ayer dieron una rueda de prensa y todo. Wendell y Melissa. Ay, Dios. —Dejó la lata de Pepsi sobre la mesa y se tapó los ojos con las manos—. ¡Es todo tan absurdo! ¿Por qué iban a dar una rueda de prensa si estaban involucrados?

—Gail, ¿qué estás diciendo? ¿Los dos estaban involucrados? —En cuanto lo dijo, Keisha se dio cuenta de cómo podía haber sonado; de que, si le hubieran dicho que Wendell había actuado solo, no se habría escandalizado. Tenía que corregir sus pensamientos y hacerse la sorprendida por todo lo que estaba a punto de oír.

De hecho, no tendría que esforzarse mucho.

—Eso es lo que dicen —respondió Gail, sacudiendo la cabeza—, que Melissa mató a su madre, y que su padre la ayudó a encubrirlo.

Probablemente porque va a tener ese bendito bebé, la muy estúpida, y Wendell no quería que diera a luz en la cárcel. Es todo horrible, ¡horrible!

—¿Y qué le pasó exactamente a Wendell? —preguntó Keisha—. ¿Dónde lo encontraron?

—En su casa. La verdad es que no conozco todos los detalles. Pero nada de esto tiene sentido. Que Melissa haya matado a su madre y que alguien haya matado a Wendell. Es una locura.

Keisha abrazó a Gail.

—Pobrecita, que mal lo estarás pasando.

Mientras sujetaba a la mujer, la mente de Keisha iba a mil por hora. Una vez que Kirk se deshiciera por fin de la ropa ensangrentada, lo único que la relacionaba con Garfield era la tarjeta de visita y estaba segura de que la policía la iba a encontrar. Se había convencido a sí misma de que podía explicar qué hacía allí diciendo que había cientos de sitios donde Garfield podría haber cogido una.

Pero ahora había un vínculo definitivo entre Keisha y el hombre muerto.

La hermana del muerto. Que resultaba ser una clienta de Keisha.

Pintaba mal, pintaba muy…

Pero… Un momento.

A lo mejor podía beneficiarse de eso.

—Háblame de tu hermano —pidió Keisha—. ¿Era mayor o menor que tú?

—Era mi hermano pequeño. —Se echó a llorar de nuevo.

—Me parece que… ¿No lo has mencionado en alguna de nuestras sesiones?

Ella asintió, cogió un par de pañuelos de la caja que había sobre la mesa, justo al lado del Twinkie y la cerveza sin terminar, y se sonó la nariz. Luego bebió un sorbo de la Pepsi.

—Así es. A él le dije varias veces que había venido a verte, que me

habías sido de gran ayuda para conectar con mis vidas pasadas.

—¿Y qué le pareció?

—Pues, fue bastante desagradable, pero no más que mi marido. Jerry piensa que soy una auténtica chiflada. —Soltó una pequeña carcajada—. A lo mejor lo soy.

—No, para nada —la animó Keisha—. No tenemos que creer todos en las mismas cosas. Son estrategias de afrontamiento. Nos ayudan a enfrentarnos al difícil mundo que nos rodea. ¿Wendell estaba lidiando con muchos problemas? ¿Problemas complicados?

—Pues sí, sí. Melissa ha sido una fuente constante de estrés para él y Ellie. Ella… Ay, no puedo creer que Ellie también esté muerta. Melissa se fue de casa a los dieciséis años, vivía por su cuenta y conoció a un hombre que la dejó embarazada. Ellie y Wendell estaban muy preocupados por ella.

—¿Intentaste darles algún consejo? ¿Les sugeriste algo? A ver, eres la tía de Melissa. Me imagino que querías ayudarlos en todo lo posible.

—Por supuesto, por supuesto, lo intenté.

—¿Por eso cogiste una tarjeta mía? —dijo Keisha. Esto podía funcionar o no—. ¿Para dársela a tu hermano y a su mujer? ¿Por si alguna vez querían hacerme alguna consulta? Porque, dado lo que has dicho de él, parece improbable que se hubiera puesto en contacto por su cuenta.

Gail se soltó del brazo de Keisha.

—¿Yo hice eso?

—¿No te acuerdas?

Grace parpadeó un par de veces.

—No… no estoy segura.

—Fue hace tiempo. ¿Recuerdas esa época en la que creías que estabas poseída por Amelia Earhart?

Gail asintió.

—Eso fue hace un par de años.

—Creo que fue mientras hablabas como Amelia; me pediste una tarjeta porque había alguien a quien creías que podía ayudar.

Gail seguía intentando recordar.

—Puede ser. Creo que me acuerdo. Tal vez estaba pensando en dársela a Ellie. Probablemente no habría creído en lo que haces más que Wendell, pero al menos era más abierta de mente.

A Keisha le gustaba cómo iba todo. Gail, como muchos de los clientes habituales de Keisha, era muy sugestionable.

—Así que debiste de dársela a tu hermano o a tu cuñada en algún momento, o a lo mejor uno de ellos vio la tarjeta en tu casa y la cogió. —Keisha agitó la mano como si no importara—. Pero lo que necesito saber es qué puedo hacer por ti ahora. ¿Cómo puedo ayudarte a superar esto?

—Sabía que podía contar contigo —dijo Gail—. Llamé a Jerry después de llamarte a ti. —«Debió de ser cuando ha sonado el teléfono antes», pensó Keisha—. Pero me saltó su buzón de voz, y la verdad es que, de todas maneras no quería hablar con él. Nunca me ha apoyado como tú.

«Por cincuenta dólares la hora».

Keisha volvió a abrazarla.

—Solo quiero que sepas que puedes venir a hablar conmigo cuando quieras.

Gail sonrió y volvió a enjugarse los ojos.

—Hay otra cosa. Y desde luego estaría dispuesto a pagarte por tu tiempo más de tu tarifa habitual.

Keisha, vaciló.

—Bueno, Gail, como te he dicho, cuando quieras hablar…

—No, te necesito para algo más. Verás, Keisha, la policía no sabe lo que hace. Tienen a Melissa detenida por algo que no pudo haber

hecho. Y si se han equivocado en eso, sé que también se van a confundir en la investigación de la muerte de mi hermano.

—La verdad, no sé lo que podría…

—Quiero que me ayudes. Quiero que me ayudes a averiguar quién mató a Wendell y qué le pasó realmente a Ellie.

—Gail, no soy una detective —protestó Keisha.

—¡Lo sé! —exclamó—. Por eso eres en la persona perfecta para ayudarme. Ves cosas que nadie más puede ver. Seguro que… Seguro que si vinieras conmigo a la casa de mi hermano, podrías decirme lo que pasó. ¿Recuerdas la historia que me contaste sobre una niña a la que secuestraron y estaba en casa del vecino, con todos esos trofeos deportivos a su alrededor? ¡Tú lo resolviste! Si no hubieras tenido esa visión, esa niña estaría muerta. Tú misma me lo dijiste.

Keisha se separó de Gail Beaudry y se levantó.

—Puede que haya adornado un poco esa historia.

Gail le dio una palmada en la mano a Keisha.

—No seas modesta, sé de lo que eres capaz.

—Pero, de verdad, no creo que pueda ayudarte. La policía no querrá que meta las narices en esto. No les gustan los médiums ni los videntes. Creen que estamos locos.

Gail se levantó desafiante.

—No me importa lo que digan. Si trabajas para mí, no pueden hacer nada.

Keisha miró a Kirk. No podía ver su expresión, porque aún tenía la cara ensangrentada de cuando le había arañado. Tal vez estaba demasiado estupefacto como para expresar nada.

De lo que Keisha estaba completamente segura era de que no podía volver a esa casa.

Creyó que había plantado con éxito la semilla en Gail sobre su tarjeta de visita, y que cuando la policía fuera a preguntar por ella, tendría una explicación plausible de cómo había acabado en el

bolsillo de Wendell Garfield sin que ella hubiera estado nunca en su casa. Había encontrado la tarjeta, quizá en un cajón, y la había guardado, pensando que a lo mejor se atrevería a llamar a Keisha para que lo ayudara a encontrar a su mujer.

Salvo que, por lo que le había contado Gail, estaba claro que Garfield sabía lo que le había pasado a su mujer. Su hija la había matado, y él la había ayudado a cubrir sus huellas. Entonces, ¿por qué iba a necesitar la ayuda de una vidente?

Pero él y Melissa habían dado una rueda de prensa buscando información del público cuando en realidad no la necesitaban. Entonces, ¿no era plausible que Garfield contratara a una médium para mantener la farsa de que no sabía qué le había pasado a su…?

—Te pagaré cinco mil dólares —dijo Gail.

—¿Qué? —se sorprendió Keisha.

—Te pagaré cinco mil dólares para que me ayudes con esto, para descubrir la verdad.

Keisha negó con la cabeza.

—No sé, Gail. Yo…

—Lo hará —afirmó Kirk.

# VEINTICINCO

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le dijo Keisha a Kirk, llevándolo a la cocina mientras Gail Beaudry se quedaba en el salón —. ¿Estás loco? —le susurró una vez que estuvieron fuera del alcance de sus oídos.

—Son cinco de los grandes —replicó—. Pero no entres en casa y te pongas en plan raro y digas: «Joder, creo que lo he hecho yo».

—No puedo entrar en esa casa. No puedo.

—Claro que sí —dijo él—. A lo mejor así sacamos provecho de este puto día. —Kirk no sabía que ella ya le había sacado dinero a Garfield antes de que las cosas se torcieran. Pero incluso si se lo hubiera dicho, él todavía querría que lo hiciera. Cinco mil era mucho dinero.

—Está mal —dijo Keisha—. ¿No ves nada malo en coger el dinero de esta mujer para ayudarla a averiguar quién mató a su hermano? ¿No ves que no está bien?

Kirk se encogió de hombros.

—¿Y qué? Como si nunca hubieras fingido este tipo de cosas antes…

—No puedo hacerlo, yo…

—¿Va todo bien? —preguntó Gail. Estaba en la puerta de la cocina.

—Sí —dijo Kirk—. Keisha me estaba diciendo que odia pedírtelo en un momento así, pero necesita sus honorarios, por adelantado, en efectivo.

A Gail se le saltaron los ojos de las órbitas por un segundo, pero asintió.

—Podemos parar en el banco de camino a casa de mi hermano. ¿Os parece bien?

—Perfecto —aprobó Kirk.

A Keisha le costaba concentrarse.

—¿Por qué no esperas en el coche? —le pidió a Gail—, ahora salgo.

—Esta señora debe de estar forrada —comentó Kirk al cerrarse la puerta—. Seguro que puedes sacarle más dinero. ¿De dónde saca tanta pasta?

Keisha negó con la cabeza, como si aquello no fuera lo más importante para ella.

—Su marido es agente inmobiliario y ella heredó una fortuna cuando murieron sus padres. No me importa si está casada con Bill Gates, no voy a sacarle más de cinco mil. —Kirk la miró con desaprobación—. Y tú tienes que ir a averiguar qué ha pasado con la bolsa.

—Sí, sí, ya voy.

Keisha miró el reloj que había en la pared.

—No sé cuánto tiempo voy a estar con ella. Tienes que estar aquí de vuelta cuando Matthew llegue a casa.

—¿Por qué? Tiene su propia llave. ¿Desde cuándo yo…?

—¿Y si la policía está aquí? No quiero que llegue a casa y se encuentre a un policía en la puerta. Se daría un susto de muerte, pensando que me ha pasado algo.

Kirk suspiró.

—Vale, estaré aquí. Pero lo estás convirtiendo en un auténtico niño de mamá.

* * *

Keisha se subió al Jaguar de Gail Beaudry. La mujer habló sin parar durante todo el trayecto hasta su sucursal bancaria, que estaba en el centro de Milford, en The Green.

—No sé por qué tienen a Melissa detenida o por qué creen que tuvo algo que ver con todo esto. Dicen que ha confesado, pero eso

es ridículo. ¿Por qué iba a matar una chica a su propia madre? Eso es absolutamente impensable. No entiendo cómo podría ocurrir algo así. A lo mejor, si hubiera sido un accidente, si la hubiera embestido con su coche, sin saber que estaba allí, pero ¿hacerlo deliberadamente? Eso es increíble. Sé que esa chica era un cúmulo de problemas para su madre, pero en el fondo la quería mucho. Estoy segura.

Keisha se preguntó si volvería a vomitar. En cualquier momento iba a tener que pedirle a Gail que parara a un lado de la carretera.

Desde que había matado a Garfield se había entregado con todas sus fuerzas a cubrir sus huellas. Había tenido que volver a por el pendiente, deshacerse de su ropa —un problema que esperaba que se resolviera pronto—, quedarse en la ducha hasta que el agua saliera fría, conseguir que Kirk limpiara su coche… Y tras el pánico inicial por su tarjeta de visita, se le había ocurrido una solución bastante creativa que involucraba a Gail y que podía ser creíble.

Pero después de haber hecho tantos esfuerzos para distanciarse del suceso, ahí estaba, sentada en ese coche, de camino a la escena del crimen.

—Apuesto a que la policía metió a Melissa en una habitación y la intimidó con preguntas y así fue como la hicieron confesar algo que no hizo —continuó Gail—. Eso es lo que hace la policía. Pensamos que ese tipo de cosas solo ocurren en Rusia, China o en países latinoamericanos, pero ocurren también aquí mismo, en los maravillosos Estados Unidos, no te engañes. La policía solo quiere cerrar casos. No les importa si tienen a la persona adecuada o no. Y ni siquiera sé qué le pasó a Ellie. Si van a presentar cargos contra Melissa, ¿qué es exactamente lo que creen que le hizo a su madre? ¿Y qué tiene que ver con Wendell? Ten por seguro…

—Por favor, para —dijo Keisha.

—¿Qué?

—Yo… necesito concentrarme.

—Por supuesto. Lo siento mucho. De todas formas, ya hemos llegado. Voy a sacar tu dinero. —Gail dejó el motor en marcha mientras salía del coche y entraba en el banco.

«Arranca el coche y vete corriendo —pensó Keisha—. O deja el coche, pero vete corriendo de todas formas».

Pero ¿adónde iría? ¿Hasta dónde podría llegar? ¿Cuánto tardaría la policía en encontrarla? Y si no era sospechosa, ¿huir no haría que lo fuera? ¿Y cómo podía siquiera pensar en dejar atrás a Matthew?

Ella nunca haría eso. Keisha era muchas cosas —y lo sabía—, pero no era el tipo de madre que abandona a su hijo.

«Podría llevármelo conmigo. Claro, menudo plan. Huir con un niño». Keisha se dijo a sí misma que debía parar. En ese momento estaba metida hasta las cejas, y tendría que ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Gail regresó a los cinco minutos con un sencillo sobre bancario blanco, de los que se usan para hacer ingresos en los cajeros automáticos. Subió al coche y le entregó el sobre a Keisha.

—Ahí tienes —dijo, poniéndose el cinturón—. Menos mal que tengo mi propia cuenta. A Jerry le daría un infarto si supiera que estoy haciendo esto.

—Gracias —respondió Keisha, metiendo el sobre en el bolso. Había tenido que coger otro de sus bolsos al salir y meter en él la cartera.

—¿No quieres contarlo?

—Confío en ti.

Esto hizo sonreír a Gail Beaudry. Se acercó y le tocó el brazo a Keisha.

—Yo también confío en ti. Quiero darte las gracias por ayudarme. —Keisha no podía ni mirarla—. Vamos a casa de Wendell a ver si algún policía nos dice qué está pasando. A lo mejor, a medida que nos acerquemos, empiezas a captar alguna señales o algo.

* * *

Empezaron a ver coches de policía en cuanto Gail giró hacia la calle. Los habían utilizado para bloquear la calle en ambas direcciones a unos treinta metros a cada lado de la casa. Gail aparcó el Jaguar en el arcén.

—Ten cuidado por donde pisas —sugirió. El suelo parece resbaladizo.

Rodearon la parte delantera del coche y se acercaron juntas a la casa. Cuando empezaron a subir por el camino de entrada, una agente uniformada bajó a su encuentro.

—¿Puedo ayudarlas? —preguntó.

—Soy la señora Beaudry —respondió Gail—, y esta es mi socia. Nos gustaría hablar con la persona que está al mando aquí. ¿Es usted?

—No, señora. ¿Qué las ha traído hasta aquí?

—Esta es la casa de mi hermano, Wendell Garfield. El hombre que ha sido asesinado.

La agente asintió.

—Si esperan aquí, veré qué puedo hacer.

Keisha la vio entrar en la casa y cerrar la puerta.

«No quiero entrar ahí».

Gail se quedó allí de pie con los brazos cruzados.

—Esto es lo que hacen —dijo tras unos minutos—. Te hacen esperar para desgastarte. Todo forma parte de su juego.

Keisha pensó que, si alguien estaba jugando, era ella misma.

La agente volvió a salir de la casa y les explicó que se había puesto en contacto con la detective encargada de la investigación y que llegaría en breve.

—¿Es esa mujer negra? —preguntó Gail—. ¿Wedmore?

—Sí.

—Vale, pero ¿podemos esperar dentro de la casa, que hará más calor?

—No, lo siento, no pueden entrar sin el permiso de la detective

Wedmore.

—Entonces, esperaremos en el coche —decidió, y las dos se dieron la vuelta para dirigirse al vehículo. Estaban a punto de abrir las puertas cuando se detuvo un coche sin distintivos del que salió Rona Wedmore.

Reconoció a la hermana del muerto de su encuentro en la comisaría.

—Hola, señora Beaudry.

—Quiero respuestas —dijo Gail—. Quiero respuestas ahora mismo.

Wedmore miró a Keisha y luego a Gail.

—¿Qué le gustaría saber?

—¿Qué le ha pasado a mi hermano?

Wedmore se volvió a mirar a Keisha.

—¿Quién es usted?

—Soy Keisha Ceylon.

A la detective se le dibujó una sonrisa en los labios.

—Vengo de hablar con alguien que la conoce.

# VEINTISÉIS

—¿Perdón? —preguntó Keisha.

—Terry Archer —explicó Wedmore, dirigiendo a Keisha una mirada cómplice—. Se ofreció a ayudarlo a él y a su mujer hace unos años.

—Lo recuerdo —asintió Keisha—. Si el señor Archer dice que me conoce, está mintiendo. Nos vimos dos veces, muy brevemente.

—De acuerdo, pero sin duda le dejó huella.

«No seas evasiva —pensó Keisha—. No te pongas a la defensiva. Coge el toro por los cuernos».

—Estoy segura de eso. Les ofrecí mi ayuda a él y a su mujer con sus problemas y prefirieron no aceptarla. El señor Archer, en particular, era muy escéptico con mis dones. Yo solo quería ayudarlos.

Wedmore asintió. Antes de que pudiera responder, intervino Gail.

—He contratado a la señora. Ceylon para que me ayude. Está claro que ya la conoce, pero si piensa que está aquí para echarle una mano a usted, está equivocada. Ella representa mis intereses. Lo único que les importa a ustedes es asegurarse de que alguien sea acusado, sea la persona correcta o no. ¿Saben quién ha matado a mi hermano?

—No, señora, no lo sabemos —respondió Wedmore.

Gail se rio, altanera.

—¿Aún no le han sacado una confesión a golpes a nadie?

—Todavía no —dijo Wedmore.

—¿Tienen algún sospechoso? —preguntó.

—Estamos en las primeras fases de la investigación —respondió Wedmore con paciencia.

—¿Melissa sigue detenida?

—Sí.

—Eso es ridículo. Deberían liberarla. Imagine por lo que está pasando. Perder a su madre y luego a su padre, solo en unos días.

—Sí —asintió Wedmore—, está pasando por un calvario. Como ya le he dicho, señora Beaudry, la chica nos contó todo por propia voluntad. Y no ha querido que llamáramos a un abogado.

—No me lo creo. ¿Qué se supone que hizo?

Wedmore parecía estar sopesando qué decirle a la mujer.

—Nos ha dicho que después de matar a su madre, llamó a su padre y él la ayudó a encubrirlo. Llevaron el coche a un lago y esperaron a que se hundiera.

«Vaya —pensó Keisha—. A lo mejor sí que puedo hacerlo».

—¿Pero qué conexión hay entre eso y lo que le ha pasado a Wendell?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar. En cuanto a Melissa, aunque ha rechazado un abogado, le aconsejo que le consiga uno.

—¿Está el cuerpo de mi hermano todavía en la casa?

—No. El forense le está haciendo la autopsia.

—La señora Ceilán quiere entrar.

—¿Perdón? —dijo Wedmore.

—No —protestó Keisha—. No es nece…

—Tiene que entrar y ver qué puede sentir —dijo Gail. Miró a Keisha y le dijo—: Apuesto a que cuanto antes entres, mejor, ¿verdad? Las vibraciones, lo que sea que sientas, ¿aún estarán frescas?

—Puede que ya sea demasiado tarde —murmuró Keisha.

Gail agarró el brazo de Keisha y la miró implorante.

—Sé que es mucho pedir, pero yo no puedo hacerlo. No puedo entrar ahí. Quiero que seas mis ojos. Quiero que veas dónde ocurrió. ¿No te ayudará? ¿No te ayudará a visualizar, a conectar, a sentir lo que pasó?

—Si pudieras darme algo de tu hermano… —sugirió Keisha—. A lo

mejor tienes una carta suya en casa.

Gail seguía apretándole el brazo.

—De verdad, necesito que hagas lo que te pido. —Se volvió hacia Wedmore y le suplicó—: ¿Le deja ver dónde ocurrió?

Wedmore se lo pensó un momento.

—Normalmente, diría que no, pero creo que sería buena idea que la señora Ceylon entrara a echar un vistazo.

Keisha se quedó estupefacta. No se imaginaba a Wedmore siguiéndole la corriente, a menos que pudiera sacar algún beneficio ella.

—Si prefiere que me quede aquí, lo entiendo perfectamente.

—Vamos —le dijo Wedmore a Keisha—. Señora Beaudry, ¿por qué no espera en su coche para no pasar frío hasta que volvamos?

—De acuerdo —aceptó, mientras Wedmore ponía suavemente la mano en la espalda de Keisha y la conducía hacia la casa.

De camino retiró la mano.

—¿De qué se conocen usted y la señora Beaudry?

—Es clienta mía —respondió Keisha—. Me pide consejos desde hace unos años.

—¿Qué tipo de consejos?

—Eso tendría que preguntárselo a ella.

—Ah. ¿Por la confidencialidad entre médium y cliente?

Keisha miró a Wedmore.

—Por ese motivo no voy a la policía cuando tengo información sobre un delito.

—¿Información? ¿Qué quiere decir con información?

—Me llegan cosas, detective. Visiones, imágenes, como si fueran piezas de un rompecabezas. Pero no espero que me crea más de lo que lo hicieron los Archer.

—Dentro de la casa no puede tocar nada. Y estamos a punto de entrar. Se puede ver el salón desde la puerta principal.

—¿Es ahí donde ha ocurrido todo? —preguntó Keisha.

Wedmore la miró y sonrió.

—Sí, ahí es donde ha ocurrido. —La agente con el que Keisha y Gail habían hablado antes estaba vigilando la puerta principal y se hizo a un lado para dejarlas pasar.

Keisha estaba practicando en su cabeza cómo parecer sorprendida. Resultó que no necesitaba practicar nada.

Lo que vio al asomarse al salón la horrorizó.

Un enorme charco de rojo oscuro había empapado la moqueta. Estaba concentrado en una zona, pero había manchas rojas dispersas entre el lugar donde había estado el cuerpo y la puerta.

—¡Dios mío! —exclamó Keisha; mantuvo los ojos fijos en la escena del crimen durante varios segundos antes de darse la vuelta—. Es horrible.

—Sí —dijo Wedmore—. Es terrible.

—¿Podemos irnos ya?

—Vamos a quedarnos un poco más. Dejemos que los sentidos arácnidos tengan la oportunidad de captar algo, de ver quién lo ha hecho.

Keisha la fulminó con la mirada y se alejó del salón.

—No funciona así. No voy a decir simplemente: «Vaya, ha sido un hombre, de uno ochenta, corpulento, con barba espesa y abrigo oscuro, que conducía un Mustang rojo, matrícula 459J87».

—¿Eso ha sido una visión que lee acaba de llegar?

—¡No! Estoy intentando que lo entienda.

—Vale, vale —dijo Wedmore—. Aunque, a lo mejor ayudaría si mirara la habitación una vez más. Puedo señalarle algunas cosas.

—¿Cómo qué?

—Tranquilícese y venga a echar un vistazo.

Keisha le hizo caso, se armó de valor y se dio la vuelta.

—¿Qué cosas?

—¿Ve la bata rosa que hay allí?

—Sí.

—Y si miras ahí, verá el cinturón de la bata. Que también es rosa.

—Vale.

—¿Por qué no está el cinturón enganchado en la bata?

Keisha resistió el impulso de tocarse el cuello.

—No lo sé. ¿Usted lo sabe?

—No, pero se me ha ocurrido algo. Me pregunto si hubo un intento de estrangulamiento.

—Oh.

—Sí, he intentado cuadrar los hechos. Verá, no creo que nadie viniera con la intención de matar al señor Garfield. A ver, si usted hubiera venido a matarlo habría traído algo más que una aguja de tejer, ¿no?

—¿Una aguja de tejer? —preguntó Keisha—. ¿Lo mataron con una aguja de tejer?

Wedmore asintió.

—Sí, así es. Si usted hubiera venido aquí con la intención de matarlo, habría traído una pistola, o un cuchillo o incluso un bate de béisbol. ¿Verdad?

—No lo sé —dijo Keisha.

—Que le arma del crimen sea una aguja de tejer me dice que el asesino actuó impulsivamente, que la aguja era lo que tenía más a mano.

—Puede que tenga razón. Sinceramente no tengo ni idea. ¿Tengo que seguir mirando?

Wedmore ignoró la pregunta.

—Incluso en ese caso, si estuviese actuando, como he dicho, de forma impulsiva, ¿no sería más normal pegarle y ya está? ¿O coger algo pesado de la habitación y golpearlo en la cabeza con eso?

Como una lámpara, o un cenicero, tal vez, aunque no creo que el señor Garfield fumara.

—De verdad, no tengo ni idea.

—A mi modo de ver, lo de la aguja de tejer es un acto de desesperación. Un último esfuerzo o intento de algo. Tal vez lo único que pudo coger la persona que ha hecho esto. Incluso me estoy planteando que fuera un movimiento defensivo.

—¿Defensivo? —preguntó Keisha.

—Ahora volvemos al cinturón. Supongamos que el señor Garfield estuviera estrangulando a alguien con eso, y que ese alguien agarrara la aguja para intentar salvarse.

—¿Saben si fue un hombre? —preguntó Keisha.

—No tiene por qué —dijo Wedmore—, ceo que una mujer también podría haberlo hecho. —Keisha tragó saliva pero no dijo nada—. ¿Es así como sucedió? —preguntó Wedmore.

—No lo sé —respondió Keisha—. No capto nada de eso.

—No, no —negó Wedmore—. No me refiero a una visión. ¿Es eso lo que le ha pasado a usted?

—¿Qué?

—¿Ha intentado estrangularla, señora Ceylon? ¿Cuándo ha venido a ofrecer sus servicios? ¿Creía Garfield que usted sabía lo que había pasado?

Keisha se quedó boquiabierta mirando a Wedmore.

—¿Qué?

—Me preguntaba si había sido así —dijo inocentemente la detective.

—No tengo ni idea de lo que está hablando. Nunca había estado aquí.

—¿Está segura de eso?

—Completamente.

—Porque hemos encontrado una de sus tarjetas. Metida en el

bolsillo de la camisa del señor Garfield. Una tarjeta suya, señora Ceylon. Con su nombre, número de teléfono y dirección web. «Buscadora de almas perdidas», ponía.

—¿En serio? ¿Tenía mi tarjeta?

—¿Qué explicación tiene para eso?

—Pues una bastante sencilla, la verdad.

Wedmore enarcó las cejas.

—Hable.

—Le he dado varias tarjetas de visita en el pasado a Gail, a la señora Beaudry, y ella le habrá dado una a su hermano. Debería preguntárselo.

—Eso haré.

—Y cuando empezó a preguntarse si alguna vez ustedes iban a encontrar a su mujer, fue a buscar esa tarjeta porque probablemente iba a llamarme.

—¿Ha escuchado lo que he dicho ahí fuera, ¿verdad? —preguntó Wedmore.

—¿A qué se refiere?

—Que Wendell Garfield sabía lo que le había pasado a su mujer porque ayudó en la desaparición del cuerpo. No necesitaba contratar los servicios de una vidente para encontrarla.

—Tiene el mismo sentido llamarme a mí que convocar una rueda de prensa —replicó Keisha.

Wedmore sonrió.

—Sí, pero eso fue un montaje. Una demostración pública para hacernos creer que él y su hija no sabían lo que le había pasado a Ellie Garfield. ¿Pero una de sus tarjetas, metida en su camisa? ¿A quién intentaba impresionar con eso? —Keisha no dijo nada—. ¿Sabe lo que pienso? Creo que ha venido aquí para hacer la misma estafa que a los Archer. Le ha pedido dinero a Garfield a cambio de información que realmente no tenía. A eso se dedica. Es lo que

hace. Y entonces algo ha salido mal. No sé qué, exactamente. Pero él ha acabado muerto, y usted ha huido.

—Eso es una locura —protestó, sintiendo que se le iba a salir el corazón del pecho—. No aguanto más, me voy.

Se dirigía a la puerta cuando Wedmore la cogió del brazo.

—Me gustaría darle una de mis tarjetas. —Puso una en la palma de la mano de Keisha—. Si cambia de opinión, si quiere hablar, estoy a su disposición.

—Creo que es poco probable —replicó Keisha; apartó el brazo y se dirigió al exterior, guardándose la tarjeta en el bolsillo del abrigo.

Ya había avanzado unos pasos cuando escuchó a Wedmore.

—Ese cuello alto que lleva es perfecto cuando hace tanto frío, ¿verdad?

# VEINTISIETE

Kirk pensó que tenía más sentido ir en su camioneta esa vez. Esos dos tipos de la pizzería reconocerían el coche de Keisha y además no pensaba llevar el coche hasta donde estaba el contenedor, de todos modos.

No era idiota.

Recordó que había otra pequeña hilera de tiendas justo después de la de la pizzería, hacia el norte. Pensó en aparcar allí, ir andando a coger la bolsa y largarse a casa echando leches.

No tardaría más de quince minutos en volver. Kirk condujo la camioneta hasta el siguiente establecimiento, un lugar donde se fabricaban y vendían cierres metálicos. Aparcó la camioneta entre otras dos. El aparcamiento estaba casi lleno, lo que era buena señal. Kirk pensó que nadie se daría cuenta si dejaba su camioneta allí unos minutos.

Bajó del vehículo y caminó por el callejón que había entre los dos edificios, que era lo bastante ancho como para que pasase un camión de buen tamaño. En la parte trasera, los locales no estaban separados por una valla, pero había un montón de arbustos y basura que impedía a Kirk pasear directamente hasta el contenedor que había detrás de la pizzería.

Se había planteado esperar a que se hiciera de noche, pero no había nadie a la vista, así que utilizó los brazos para abrirse paso entre los arbustos y llegar a la propiedad vecina. Estaba a unos doce metros del contenedor. La bolsa que había dejado no estaba en la acera, así que, a menos que aquellos dos payasos hubieran decidido llevarla dentro y abrirla, lo más probable era que la hubieran tirado al contenedor después de que él se marchara a toda velocidad. ¿Qué

otra cosa iban a hacer con ella? ¿Estarían tan cabreados como para rebuscar entre el contenido de la bolsa para ver si encontraban alguna factura o recibo en la que viniera una dirección? ¿El sueldo de una pizzería era tan alto como para tener que hacer esa mierda?

Kirk lo dudaba.

Pero aunque hubieran tirado la bolsa al contenedor y se hubieran olvidado de ella, Kirk comprendía por qué Keisha quería a toda costa que la sacara de allí y la tirara en otro sitio. Si alguna vez saliera una noticia sobre alguien tratando de deshacerse de pruebas en el asesinato de Garfield, esos tipos podrían recordar su visita, atar cabos y llamar a la policía.

Y si todavía no habían recogido la basura para entonces…

Parecía que, a veces, Keisha tenía razón. Pero no siempre. Si no hubiera sido por él, ella habría dicho que no a la oportunidad de ganar fácilmente cinco de los grandes. Si esa mujer, Beaudry, quería regalarle dinero a Keisha, tenía que cogerlo. Vale, entendía que estuviera aprensiva por todo el asunto, pero por esa cantidad de dinero tenía que aguantarse. Lo único que tenía que hacer Keisha era lo que siempre hacía. Decir las suficientes mentiras para que el cliente la contratara y hacerle creer que lo que había pagado había valido la pena.

Pan comido.

Según Kirk, si alguien estaba corriendo riesgos en esta operación, ese era él. Ahí fuera, en el frío glacial, acurrucado en los arbustos, esperando la oportunidad para hacer una inmersión en el contenedor de basura.

Kirk salió de los arbustos y estaba casi en el contenedor rectangular del tamaño de un coche cuando vio abrirse la puerta trasera de la pizzería. Se encorvó y se escondió detrás del contenedor, fuera de la vista.

Oyó cerrarse la puerta, pero no supo si eso significaba que alguien

había salido o había vuelto a entrar. Se arrastró hasta el borde del contenedor y se atrevió a echar un vistazo.

Era el segundo hombre de la discusión, el grandote blanco. Estaba allí de pie, un par de metros más allá de la puerta, el frío empañando su aliento. No, espera, estaba fumando.

El hombre no llevaba abrigo, así que Kirk no creía que fuera a estar mucho tiempo ahí fuera. La congelación era más fuerte que la adicción a la nicotina, ¿verdad? Daría unas caladas para calmar el mono y volvería a entrar.

Pero el tipo seguía ahí de pie. Y entonces, se giró en dirección a Kirk.

«Mierda».

Kirk, de rodillas, se apartó de la esquina del contenedor. No llevaba guantes, y la fina capa de nieve casi derretida le helaba las palmas de las manos y le empapaba las rodillas de los vaqueros. Permaneció agazapado y trató de contener su gélida respiración todo lo que pudo.

Oyó silbidos. El pizzero estaba fumando y silbando. Kirk intentaba reconocer la melodía, pero el hombre silbaba de forma débil y desafinada, así que pasaron unos segundos antes de que Kirk se diera cuenta de que estaba intentando reproducir *El largo y sinuosos camino*. «Sí —pensó Kirk—. Así me siento yo. Este día ha sido una puta locura y no veo el momento de que se acabe».

El silbido se hizo más débil. Parecía que el hombre volvía hacia el edificio. Entonces Kirk oyó abrirse la puerta y, medio segundo después, cerrarse de golpe.

Se arrastró hasta el borde del contenedor y echó un vistazo. No había nadie.

Se preguntó si su compañero fumaba y, en caso afirmativo, si hacían las pausas para fumar por turnos. De ser así, el otro tipo podría salir por esa puerta en cualquier momento.

Kirk tenía que actuar rápido.

Se puso de pie, rodeó la parte delantera del contenedor, metió la mano izquierda bajo la tapa y la empujó hacia arriba. Asomó la cabeza por el borde y lo primero que vieron sus ojos fue una bolsa de basura con una cinta roja. Metió la otra mano, agarró el extremo superior de la bolsa, cerró el puño y se lo enroscó en la muñeca.

Sacó la bolsa, bajó la tapa suavemente para que no hiciera mucho ruido, se escabulló de nuevo entre los arbustos con cuidado de que la bolsa de plástico no se enganchara en ninguna de las ramas afiladas y en menos de un minuto ya estaba en su camioneta.

El exterior de la bolsa no estaba tan limpio como cuando había salido de casa de Keisha con ella. Había trozos de *pizza,* refrescos derramados y todo tipo de mierda pegajosa. Ni de coña iba a ponerla en la parte delantera. Ni siquiera le gustaba la idea de dejarla en la parte de atrás, pero no podía hacer otra cosa.

Kirk se subió a la camioneta, arrancó y miró el reloj del salpicadero. Eran casi las tres y media.

Qué putada. El cabroncete podía llegar a casa en diez minutos, si no paraba en casa de un amigo o le daban una paliza de camino. Él no creía que necesitara estar allí para apoyarlo, pero supuso que Keisha tenía razón. Si llegaba a casa y la policía estaba allí, y su madre no, seguramente se echaría a llorar. Pero lo más probable era que la policía no estuviera allí. Si pasaban y no había nadie en casa, se irían y volverían más tarde. Kirk decidió que iba a ir a recoger al chico, le diría que si quería ir a la zona de restaurantes del centro comercial Post y tiraría la bolsa en uno de los cubos de basura de allí.

Dio marcha atrás, metió la marcha y casi se chocó con una mujer que circulaba en un todoterreno Lexus mientras se desviaba hacia la carretera con un chirrido.

Unos ochocientos metros después, miró por el retrovisor, para ver

no solo el tráfico, también la bolsa.

No lo vio.

—¡Joder! —gritó—. No puede ser. ¡Esto es de coña!

Condujo el coche hasta el arcén y frenó en seco. Saltó por la puerta y miró en la zona de carga, con el corazón latiéndole con fuerza.

La bolsa estaba allí. Se había abierto camino hasta la parte delantera, justo debajo de la ventana del habitáculo.

Kirk cerró los ojos un segundo, exhaló un suspiro de alivio, volvió a subir a la camioneta y arrancó.

# VEINTIOCHO

Gail Beaudry salió de su Jaguar cuando Keisha se acercó.

—¿Qué has visto? ¿Sabes quién lo ha hecho? ¿Qué ha ocurrido?

Keisha le hizo señas para que volviera al coche. Se acercó al lado del copiloto y subió.

Estaba temblando.

—¿Y bien? —preguntó Gail—. Tienes muy mal aspecto. ¿Has visto algo? Quiero decir en tu cabeza, ¿has visto lo que ha pasado en realidad?

—Por favor, Gail, necesito un segundo —pidió Keisha, levantando la mano.

—Por supuesto, por supuesto, lo entiendo perfectamente. Sé que estas cosas que ves no es como si pudieras encenderlas y apagarlas como si fueran un DVD o…

—¡Cállate! —explotó Keisha —. Cállate un rato.

Por la forma en que Gail retrocedió, si la puerta del conductor no hubiera estado allí, se habría caído del asiento. Estaba boquiabierta. Keisha nunca le había hablado de ese modo y rompió a llorar.

—Gail —dijo Keisha, sintiendo pena de repente. Gail tenía una mano sobre los ojos y la otra, con la palma hacia Keisha. Sollozó durante medio minuto antes de que Keisha dijera—: De verdad, lo siento mucho. Es que… ha sido horrible.

La actitud de Gail dio un giro de ciento ochenta grados.

—Vaya, claro. Yo soy la que debería pedirte perdón. Te he obligado a entrar ahí. No debería haberlo hecho. Te he exigido demasiado. Me siento fatal. —Sujetó el brazo de Keisha.

—No pasa nada —murmuró Keisha. Vio al detective Wedmore

bajando por la entrada de la casa de Garfield, se paró al llegar al final y se puso a mirar en su dirección.

—Seguro que he hecho que te traumatices —dijo Gail—. No ha estado bien por mi parte.

—No pasa nada. Supongo que no esperaba que me afectara tanto.

Lo que Keisha no se esperaba era lo rápido que Wedmore estaba atando cabos. Todo por culpa de esa maldita tarjeta de visita. Pero eso ya lo había solucionado, ¿no?

—¿Has… has sentido algo?

Keisha miró hacia su regazo y sacudió la cabeza un par de veces.

—La verdad es que no, Gail.

—¿A lo mejor lo notas más tarde?

Miró a Gail, vio el deseo en sus ojos, la esperanza.

—Puede que la policía resuelva esto antes que yo —dijo Keisha.

—No me fío de ellos —replicó Gail—. No confío en la policía nada en absoluto.

Keisha vio que Wedmore caminaba hacia ellas.

—Hay mucha gente en la que no deberías confiar —sugirió Keisha —. No solo en la policía. —Miró su bolso, que estaba en el suelo, entre sus pies. —He estado pensando, Gail, en los cinco mil dólares que me has dado. No sé si merezco…

—Esa detective viene hacia aquí —la interrumpió Gail—. ¿Qué crees que querrá?

Keisha odiaba pensarlo.

—No lo sé. Pero, Gail, el dinero, yo…

—No me gusta —dijo Gail—. No me gusta nada. Y no es porque sea negra. No tengo nada en contra de los negros. Pero ¿no crees que es posible que, muy en el fondo, les gusta cargarle el muerto a los blancos, sean culpables o no? ¿Como una especie de venganza?

—No lo creo —refutó Keisha. Abrió el bolso y estaba a punto de

coger el sobre con el dinero, pero se detuvo al oír unos golpecitos en el cristal de Gail.

Gail bajo la ventanilla.

—¿Sí, detective?

—Señora Beaudry, me gustaría hablar con usted —dijo Wedmore.

—¿Va a llevar mucho tiempo?

—No lo sé.

—Porque no quiero que la señora Ceylon tenga que quedarse esperando aquí. La voy a llevar a su casa.

Wedmore se lo pensó brevemente y luego hizo señas a uno de los policías de uniforme. Luego metió la cabeza hasta la mitad por la ventanilla abierta.

—Señora Ceylon, ese agente la llevará a su casa. No quiero que se molesten por mí.

—No es ninguna molestia —respondió ella—. No me importa esperar a Gail.

—No, la llevamos a su casa —discutió Wedmore, con firmeza—. ¿Señora Beaudry?

Gail suspiró, subió la ventanilla y apagó el motor.

—Hablamos luego, ¿vale? Porque a lo mejor después sabes ya algo.

«No, no voy a saber nada —pensó Keisha—. Quiero olvidar todo esto». Solo quería devolverle el dinero a la mujer y no volver a verla. Casi lo había hecho.

Gail salió del coche. Un coche patrulla de la policía de Milford se detuvo. Wedmore habló con el conductor, luego miró a Keisha y esperó. De mala gana, pasó del Jaguar al coche de policía. Wedmore le sujetó la puerta.

—Pasaré a verla un poco más tarde —anunció.

Keisha sintió que el terror la envolvía como un saco de dormir frío y húmedo.

* * *

La camioneta de Kirk no estaba en la entrada cuando el policía dejó a Keisha en su casa. Se le pusieron los pelos de punta. Había prometido que estaría allí cuando Matthew llegara del colegio, cosa que ocurriría en los próximos minutos, a menos que el chico se hubiera ido a casa de su amigo Brendan.

Justo el día anterior había estado pensando que tenía que sacar a ese hombre de su vida. Ahora se había atado a Kirk aún más fuerte al pedirle ayuda. Se había cavado su propia tumba. ¿Cómo echas de tu casa a alguien que sabe que has matado a un hombre? Vale, estaban juntos en eso, hasta cierto punto. Kirk la había ayudado a encubrir cosas, a destruir pruebas. Pero estaba segura de que, si él se presentara en la comisaría de Milford, podría llegar a un acuerdo si estaba dispuesto a delatarla.

Porque él era más que un cómplice. Tenía una responsabilidad potencial. ¿Cuánto tiempo aguantaría si la detective Wedmore lo interrogaba? Parecía saber bastante bien lo que había pasado en la casa de los Garfield. Eran suposiciones, por supuesto, pero Keisha también había supuesto cosas, cuando estaba relatando su «visión» a Wendell Garfield, y había estado muy cerca de…

Aunque Keisha estaba preocupada por si la pillaban, por lo que le pudiera pasar, había una preocupación mayor detrás de todo eso.

¿Qué le pasaría a Matthew?

Si la policía se la llevaba, si la acusaban de asesinato, si no lograba convencer a un jurado de que había actuado en defensa propia y la mandaban a la cárcel, ¿qué pasaría con su hijo?

Allí estaba, maldiciendo a su madre por un lado, y repitiendo el patrón que ella había establecido por otro. Había criado a su hijo viviendo al margen de la ley y habría tenido que saber que un día todo podría estallarle en la cara. Pero Keisha nunca había considerado sus delitos tan graves como los que había cometido su madre. No había ocultado cadáveres ni robado cheques de la

Seguridad Social. Había engatusado a algunas personas para que le dieran dinero, pero, al final, ellos habían decidido dárselo. Las personas a las que había estafado tenían que saber, en cierta manera, que se estaban aprovechando de ellas. Sabían lo que pasaba y no les importaba.

Keisha nunca se había imaginado que fuera a morir nadie.

«¿Y Caroline?», se preguntó. ¿Su prima de San Francisco aceptaría quedarse con Matthew, si se diera el caso?

Caroline, cuya madre era hermana de la madre de Keisha, era una mujer muy agradable y decente. Tenía un trabajo honrado como conserje en el Ritz-Carlton, y un marido llamado Earl que era conductor de FedEx. Tenían tres hijos. Dos niñas, de doce y quince años, y un niño, de siete. Gente buena y trabajadora.

Tan decentes, de hecho, que no les gustaba juntarse con Keisha. Ella era la vergüenza de la familia, la que había sido criada por la anterior vergüenza, la que se ganaba la vida de forma poco legal, la que se había quedado preñada de un soldado que no se ocupaba de ellos.

Pero por mucho que Caroline mirara por encima del hombro a su prima, nunca lo había pagado con Matthew. Aunque no veía a menudo a su primo segundo, nunca se olvidaba de llamarlo por teléfono el día de su cumpleaños, ni de enviarle un pequeño regalo en Navidad. Ese último año, incluso le había mandado unos huevos de chocolate por correo en Pascua.

«Matthew estaría mejor con Caroline y Earl —pensó Keisha—, aunque no me arresten».

No, no, eso no era cierto. A pesar de todos sus defectos, Keisha creía que era una buena madre. Quería a su hijo más que a nada en el mundo, y él la quería a ella. Mientras les fuera posible estar juntos, lo estarían.

¿Debería llamarla? Keisha pensó en llamar por teléfono a Caroline,

decirle que había surgido algo, que a lo mejor tenía que enviar a Matthew a pasar unos días allí. Una vez allí, si la policía la detenía, Caroline se quedaría con él. Haría lo correcto. Ella era de esa clase de personas.

Todos esos pensamientos cruzaron su mente mientras abría la puerta principal de su casa de alquiler y entraba en el salón. Vio la cerveza sin terminar de Kirk y el Twinkie a medio comer en la mesa de centro.

Miró el reloj. En cualquier momento, Matthew llegaría a casa.

Fuera, oyó el portazo de un coche. Segundos después, la puerta principal se abrió y los ojos de Kirk se posaron en ella.

—Mierda, he vuelto corriendo por el niño, pero ya estás aquí. ¿No podías haberme llamado?

—Me acaban de dejar hace un segundo —respondió Keisha—. ¿Lo has conseguido? ¿Tienes la bolsa?

Él sonrió triunfante.

—La tengo.

Si había media docena de pesas sobre su hombro, sintió que una de ellas se alejaba flotando.

—Oh, gracias a Dios. ¿Seguía ahí? ¿No la habían abierto?

—Estaba allí, cerrada —dijo—. ¿Crees que no sé cómo hay que hacer las cosas?

—Vale, está bien. Gracias.

—¿Tienes los cinco mil?

Asintió, cansada.

—Sí.

Él dio una palmada.

—¿Te ha dado dinero en efectivo, como le dije?

—Sí, dinero en efectivo.

—Vamos a echar un vistazo.

Ella señaló su bolso, que había dejado caer sobre el sofá. Kirk

rebuscó dentro, encontró el sobre y miró dentro. Pasó el dedo por la parte superior de los billetes. Keisha podría haberle exigido que lo dejara en el bolso, decirle que era suyo, no de ella, pero sabía que no tenía sentido. De todos modos, había estado dispuesta a devolvérselo a Gail. El dinero era la menor de sus preocupaciones.

—De fábula —aprobó—. ¿Lo has contado?

—Gail no me engañaría.

—Deberíamos salir a cenar esta noche para celebrarlo —sugirió Kirk.

—No me apetece celebrarlo.

—Venga, disfruta de la vida un poco.

Keisha lo fulminó con la mirada.

—¿Qué pasa contigo?

—¿Eh?

—Con todo lo que ha pasado hoy… ¡Casi me muero! Un hombre ha muerto. Esa mujer policía, Wedmore, está husmeando a mi alrededor, y creo que sabe lo que ha pasado. ¿Y tú quieres salir a celebrarlo?

Había sacado el dinero del sobre y había convertido los billetes en un grueso abanico.

—Tienes que vivir el momento, nena. Y, en este momento, estamos forrados.

—He estado a punto de devolverlo —dijo en voz baja.

—¿Que tú qué?

—Que he estado a punto de devolverlo. No voy a volver a aprovecharme más de la gente así. ¿No crees que lo de hoy ha sido una especie de mensaje?

—¿Eh?

—¿No crees que a lo mejor alguien intenta decirme algo?

Él resopló.

—Eso es una gilipollez. A veces, simplemente, pasan cosas malas.

Pero después, al día siguiente, sigues adelante.

Keisha sacudió la cabeza y entró en la cocina. Él la siguió.

—¿Adónde quieres ir? Venga. Al cabroncete le gusta la comida china. Iremos a algún sitio que le guste.

—Se llama Matthew.

—Venga, sabes que estoy de broma.

Keisha se apoyó en la encimera y suspiró.

—¿Qué has hecho con ella al final? —preguntó.

—¿Con qué?

—Con la bolsa. ¿Dónde la has tirado al final?

—Ah, todavía está en la camioneta —contestó con indiferencia—. Pensaba deshacerme de ella en cuanto apareciera el niño. Ir al centro comercial, comprar algo de comer y dejarla en la parte de atrás.

Keisha se preguntó si debería entregarse. Sería más rápido.

—Será una broma…

—No, he vuelto corriendo porque querías que alguien estuviera aquí cuando llegara el niño. He supuesto que no regresarías a tiempo. Me desharé de ella, no te preocupes.

—Entonces, ¿la bolsa está aquí, en el camino de entrada?

—No te preocupes. Todo está bajo control. Por cierto, ¿dónde está el niño?

—No lo sé —respondió Keisha. Salió de la cocina y se dirigió a la puerta principal por si veía a Matthew, y se fijó en la camioneta de Kirk, que estaba aparcada junto a su coche.

No vio la bolsa en la parte posterior.

—¡Kirk! —gritó—. ¡No veo ninguna bolsa!

—Está ahí —dijo de forma cansina—. Está camuflado debajo de la luna trasera, eso es todo.

Iba a salir a comprobarlo por sí misma, pero se detuvo cuando un vehículo oscuro se paró al final del camino de entrada. Un coche de

policía sin distintivos. Rona Wedmore salió del coche, miró hacia la casa, vio a Keisha de pie en la puerta y sonrió.

—Perfecto —se quejó Keisha.

# VEINTINUEVE

Cuando la detective Wedmore pasó junto a la camioneta de Kirk, echó un vistazo a la zona de carga, que estaba vacía salvo por una bolsa de basura verde con una cinta roja en la parte superior. Cuando subió los tres escalones que conducían a la puerta principal, Keisha ya la estaba abriendo.

—Detective —saludó.

—Señora Ceylon —asintió Wedmore—. ¿Le importa si entro?

Keisha mantuvo la puerta abierta y dejó entrar a la detective en su casa.

—Hola, ¿cómo está? Soy la detective Wedmore de la policía de Milford —dijo al ver a Kirk allí de pie.

La mano derecha de Kirk estaba ocupada metiendo los cinco mil dólares en efectivo en el bolsillo trasero de sus pantalones, así que extendió torpemente la izquierda. Wedmore la aceptó como si siempre estrechara la mano de esa manera.

—Hola —dijo con falsa alegría—, soy Kirk. Mucho gusto. —Esbozó una sonrisa.

—¿Qué le ha pasado en la cara?

Él se tocó la mejilla arañada.

—Nada —respondió.

—He tenido una charla muy interesante con la señora Beaudry —anunció Rona Wedmore a Keisha—. Me ha contado algo que quiero comentar con usted.

—Claro —aceptó Keisha—. ¿Quiere que hablemos en privado?

—No, así está bien —dijo la detective, sonriendo de nuevo a Kirk, que aún se estaba acariciando con la mano el bulto lleno de dinero que tenía en los vaqueros—. Se trata de nuevo de la tarjeta.

—Mi tarjeta de visita —dijo Keisha.

—Sí, correcto. Ella dice… —Wedmore se detuvo y miró a Kirk—. Lo siento, me parece que no estoy siendo muy educada. ¿Le ha contado la señora Ceylon lo que ha pasado hoy?

—Eh, algo me ha dicho —contestó vacilante—. Que han matado a un tipo o algo parecido.

—Sí, correcto, a Wendell Garfield.

—Ese es el tío que salió en la tele pidiendo ayuda para encontrar a su mujer. Sí, sé a quién se refiere.

—Cuando encontramos al señor Garfield, tenía la tarjeta de visita de la señora Ceylon en el bolsillo de su camisa.

Kirk abrió mucho los ojos.

—Bueno, vaya, qué raro, ¿no? ¿No es raro, Keisha?

«Cállate», pensó. Debería haberlo dicho en voz alta.

—A lo mejor estaba pensando en contratar a Keisha para averiguar lo que le había pasado a su mujer —comentó Kirk—. Ella se dedica a eso, ¿sabe? Tiene ese don. Tiene visiones. —Le sonrió y le puso una mano en el hombro—. Y le gusta ayudar a la gente.

«Cállate, cállate, cállate».

Wedmore volvió a centrar su atención en Keisha.

—Tenía una teoría sobre cómo había conseguido su tarjeta el señor Garfield. Una teoría que no incluía que se la hubiera entregado usted misma.

—No sé cómo consiguió mi tarjeta —replicó Keisha—, pero sí creo que pudo haberla obtenido de su hermana, Gail. Ya que lleva tiempo viniendo a verme para hacerme consultas.

—Correcto, eso es lo que dijo. Así que le pregunté a la señora Beaudry sobre eso. Si le había dado a su hermano su tarjeta. —Keisha esperó—. Y dijo que era posible. En realidad no recordaba haberlo hecho, pero dijo que podría habérsela dado a él, o a la señora Garfield.

—Bueno, pues ya está entonces —dijo Keisha, sintiéndose menos aliviada de lo que le habría gustado.

—Así que le pregunté cuántas tarjetas de visita suyas tenía todavía. Y dijo que ninguna, que ella supiera. Lo que parece significar que la única tarjeta que pudo haber recibido de usted fue a parar al señor Garfield.

—Como le dijo, ella piensa que es posible.

—Sí. Le pregunté que, si solo tenía una tarjeta suya, cuándo se la había dado.

—Bueno —respondió Keisha—, si me lo pregunta a mí, no tengo ni idea. Doy tarjetas continuamente. A lo mejor tenía algunas en esa mesa de ahí y ella cogió una al salir.

Wedmore asintió, mirando la mesa de centro decorada con una cerveza y medio Twinkie.

—Podría haber pasado así, perfectamente, pero la cosa es que sí fue capaz de decirme cuándo había ocurrido, cuándo había obtenido la tarjeta. Dice que se lo dijo usted hoy.

—¿Se lo dije yo?

—Ella dice que usted sacó el tema. Me dijo que fue durante una sesión hace algún tiempo… Algo relacionado con Amelia Earhart, puede ser?

—Gail cree que canaliza los espíritus de algunos personajes importantes de la historia.

—Está más loca que una cabra —sonrió Kirk—. A ver, es una manera de hablar.

Keisha le lanzó una mirada gélida y luego se volvió de nuevo hacia Wedmore.

—Me tomo muy en serio las creencias de todos mis clientes, detective, aunque Kirk no lo haga. Yo no me burlo de ellos.

—No, claro que no. De todas formas, la señora Beaudry decía que mientras ella estaba… ¿Se dice canalizando?

—Sí.

—Mientras estaba canalizando a Amelia Earhart, dice que le pidió una de sus tarjetas porque creía que podría serle útil a alguien. Dice que se lo ha recordado usted esta mañana.

—Creo… Sí, estoy segura de que lo he mencionado antes.

—Pero la señora Beaudry no recuerda habérsela pedido.

—A menudo, no recuerda lo que habla conmigo cuando canaliza a otra persona.

Wedmore asintió lentamente y sonrió.

—Entonces, ¿fue como si Amelia Earhart le hubiera pedido esa tarjeta?

Keisha suspiró.

—No es exactamente así. Es decir, Gail sigue siendo siempre Gail, incluso cuando está canalizando a otra persona. Así que estoy convencida de que fue Gail la que me pidió la tarjeta. Pero puede que no recuerde el suceso con claridad debido a la confluencia de personalidades en aquel momento.

—Vaya, vaya —meditó Wedmore—. ¿Pero no le parece interesante?

—Es todo muy interesante. Ayudar a la gente a conectar con vidas pasadas es un trabajo fascinante, detective.

—No me refiero a eso, no, pero le doy la razón en que es bastante interesante. No, lo que me parece interesante, fascinante, de hecho, es que haya mencionado eso hoy. Que precisamente hoy se le haya ocurrido recordarle a la señora Beaudry ese suceso, el momento preciso en el que le dio la tarjeta. Y todo eso ha ocurrido antes de que yo hablara con usted y le dijera que habíamos encontrado su tarjeta en el cuerpo del señor Garfield. ¿No le parece curioso?

Se oyó un ruido en la puerta que estaba detrás de ellos. Todos se giraron y vieron a Matthew, con la mochila al hombro, entrando en la casa. Se detuvo en seco al ver a tres personas —una de las cuales no conocía— allí de pie.

—Hola, cariño —saludó Keisha, agradecida por la interrupción. Rodeó a Wedmore, recibió a su hijo con un abrazo y lo ayudó a quitarse la mochila de los hombros.

—Hola…, colega —dijo Kirk. Matthew no lo miró mientras Keisha le quitaba el abrigo.

—¿Quién es usted? —preguntó Matthew a la detective.

—Soy Rona Wedmore —respondió, y Keisha agradeció que no se hubiera identificado como agente de policía. Pero la alegría le duró poco.

—¿Es usted policía? —preguntó—. El coche que está ahí fuera es un coche de policía, ¿no? Lo sé porque tiene unos tapacubos muy pequeños y una antena enorme en la parte trasera.

—Sí —confirmó—, soy policía.

—Guay —dijo él—. ¿A qué velocidad puede ir su coche?

—Nunca he pisado el acelerador a fondo, pero va bastante rápido.

—¿Alguna vez ha perseguido a alguien con él?

—Con ese coche no. Pero cuando llevaba uniforme e iba en un coche de policía normal, perseguí a un par de personas.

—Me encantaría hacer eso —dijo Matthew.

—Pero hay que tener mucho cuidado —advirtió Wedmore—. Si la persecución se vuelve demasiado peligrosa, puede resultar herida gente inocente.

—Cariño —intervino Keisha—, ¿por qué no vas a tu habitación mientras terminamos de hablar con la detective?

—Tienes que ayudarme con los deberes de matemáticas —dijo él.

—Luego te ayudo, ¿vale?

—Vale —dijo, y se marchó.

—Parece un buen chico —comentó Wedmore.

Keisha sintió un nudo en la garganta.

—Sí.

—Me ha hecho muchas preguntas sobre el coche, pero no le

interesaba lo más mínimo saber por qué estaba yo aquí.

—Le gustan mucho los coches —aclaró Kirk—. Apuesto a que cuando sea mayor va a ser un auténtico loco de los coches. Como yo. ¿Ve esas llantas de ahí? Son para mi camioneta.

Wedmore siguió insistiendo con Keisha.

—Bueno, señora Ceylon, no ha respondido a mi pregunta.

—Lo siento, me he despistado un poco —dijo, aunque no era verdad.

—¿No le parece curioso que se tomara la molestia de recordarle a la señora Beaudry la vez que le pidió su tarjeta de visita, justo antes de que yo fuera a interrogarla sobre por qué el señor Garfield llevaba una encima?

Keisha no dijo nada. Kirk interrumpió el silencio.

—Como he dicho antes, esa mujer está pirada. A ver, sin ánimo de faltar al respeto, Keisha hace lo que puede con esos chiflados, pero, vamos, ¿de verdad se va a creer algo que ha dicho una mujer que se cree Emily Lockhart o como se llame?

—¿Entonces cree que la señora Beaudry se equivoca? ¿Que no cogió nunca una tarjeta de la señora Ceylon, y que nunca se la dio a su hermano? — preguntó Wedmore.

Kirk hizo una mueca que sugería que esa conversación le estaba dando dolor de cabeza.

—Bueno, a ver, esa parte, esa parte suena bastante bien.

—La señora Beaudry me parece una mujer…, ¿cómo se dice? Sugestionable —le dijo Wedmore a Keisha—. ¿Está de acuerdo en eso?

—No necesariamente.

—Estoy pensando que no sería muy difícil meterle una idea en la cabeza. Eso es lo que creo que hizo usted con la tarjeta. Le hizo creer que le había dado una tarjeta y no era verdad.

—Sí que le di una —replicó Keisha enérgicamente—. Estoy segura.

—Hace un par de minutos no recordaba haberlo hecho.

—Usted ha hecho que me acuerde de algunas cosas, eso es todo. Está siendo un día complicado. Todavía no he superado que me llevaran a esa casa, ver toda esa sangre…

—Claro, entiendo que no habrá sido fácil volver a verlo.

Keisha se volvió hacia ella y le habló bruscamente.

—Ya le he dicho que nunca había estado allí. ¿Me ha oído? Nunca. Puede pensar que esa estúpida tarjetita me sitúa allí, pero es una gilipollez. Una completa y total gilipollez.

—Sí —dijo Kirk.

Keisha lo miró a él, igual de enfadada.

—¿No tenías algo que hacer? ¿Un recado? ¿Una entrega?

Él parpadeó.

—Sí, es verdad. —Señaló con la cabeza a Wedmore—. Debería irme.

—Le estoy cortando el paso —dijo Wedmore—. Saldré con usted.

Kirk se puso el abrigo y se lo bajó bien para asegurarse de que cubría el bulto de dinero. Comprobó el bolsillo para asegurarse de que tenía las llaves.

—Bueno, Keesh, vuelvo en un rato, ¿vale? —dijo.

Salió por la puerta, seguido por Wedmore. Keisha, preocupada por lo que Kirk pudiera decirle a Wedmore, los siguió, abrazándose el cuerpo con los brazos por el frío.

—No tiene que preocuparse por Keisha —comentó Kirk—. Es una buena persona.

—Estoy segura de ello —asintió Wedmore mientras se acercaban a la camioneta—. ¿Esto es lo que tiene que entregar?

Señaló la bolsa que había en la zona de carga.

—¿Eh? —dijo Kirk, con la mano en la manija de la puerta.

—¿Esta bolsa de aquí?

—Más dejar que entregar. Me tengo que deshacer de la basura.

—¿No pasa el camión de la basura por esta calle? —preguntó Wedmore.

—Sí, claro, pero a veces acumulas tanta basura que no quieres esperar al día de recogida.

—Esto no es casi nada —dijo—. Es solo una bolsa.

—Sí, pero comimos pescado, y ya sabe el olor que deja. Para el día de la recogida va a apestar.

—En verano, sí, podría pasar —aprobó Wedmore—. Pero si lo mete en un cubo, seguro que se congela.

Kirk se encogió de hombros y se sentó en el asiento del conductor.

—Ya sabe, cada persona hace las cosas de forma diferente.

—¿De verdad va a hacer un viaje al vertedero por esta bolsa? ¿No le parece una locura?

Otro encogimiento de hombros.

—Solo hago lo que me dice la jefa.

Keisha, que lo estaba viendo todo, sabía que estaban perdidos. Se preguntó si Kirk había nacido así de estúpido o si era algo que había perfeccionado a lo largo de los años.

—Por cierto, ¿dónde está el vertedero? —preguntó Wedmore.

—¿Perdón? —Kirk, evidentemente, acababa de sufrir una pérdida parcial de audición.

—He dicho que dónde está el vertedero, por si alguna vez tengo un montón de basura. ¿Dónde está?

—¿El vertedero? —dijo Kirk—. ¿Me está preguntando que dónde está?

Keisha pensó en que iba a necesitar un abogado. No conocía a ninguno y no quería elegir uno al azar de las Páginas Amarillas. Le vendría bien que alguien le recomendara a alguno.

—Eso es precisamente lo que le estoy preguntando —dijo Wedmore.

—Solo tienes que salir a la Ruta Uno, hacia arriba —respondió.

—Abra la bolsa —pidió la detective.

—Perdone, ¿qué?

—Ya me ha oído. Que abra la bolsa.

—El olor va a ser nauseabundo —se resistió—. ¿Seguro que quiere que lo haga?

—Sí.

Wedmore retrocedió un par de pasos, dejando espacio a Kirk para que saliera de la camioneta. Se colocó junto a la zona de carga, cogió la bolsa, la levantó por las cintas rojas y la dejó en la calzada.

—Mamá, ¿puedo comer algo?

Keisha se giró y vio a Matthew allí de pie.

—¡Vete a tu habitación! —gritó.

El chico, sobresaltado y aturdido, salió corriendo.

—Ábrala —repitió Wedmore.

Los cintas rojas estaban anudadas, así que Kirk tuvo que meter un dedo en el plástico verde de la bolsa y hacer un agujero. Volvió a mirar a Keisha y le dedicó una mueca de disculpa antes de agrandar la abertura. Cuando tenía ya el tamaño de un plato de papel, Wedmore le pidió que se apartara.

Se inclinó sobre la bolsa, miró dentro y luego miró a Kirk.

—No veo pescado aquí.

—¿No?

—No. Veo muchos restos de *pizza,* pero nada de pescado.

Kirk parpadeó.

—Supongo que me habré confundido —dijo.

# TREINTA

El muy tonto hijo de puta había cogido la bolsa equivocada.

Debía de ser la primera vez, pensó Keisha, que la estupidez de Kirk servía para algo. Habría sido mejor que volviera sin ninguna bolsa, pero si tenía que llevar una a casa, mejor que estuviera llena de restos de *pizza*.

Por supuesto, eso significaba que la bolsa con la ropa ensangrentada seguía en el contenedor que había detrás de la pizzería. Tal vez, rezó Keisha para sus adentros, acabaría en el camión de la basura el día de recogida y no la encontraran nunca.

De todas formas, la bolsa no era su mayor problema en ese momento. Era esa maldita tarjeta.

Si la tarjeta era lo único que podía situarla en casa de los Garfield, Keisha creía que podía salvar el culo. ¿No se le ocurriría a cualquier abogado con medio cerebro una docena de formas en las que esa tarjeta podría haber acabado en el bolsillo de la camisa del muerto?

Intentó mantener la compostura mientras Wedmore, que se había puesto guantes de látex, rebuscaba en la bolsa de basura. Había restos de *pizza,* latas de refresco y botellas de agua vacías, triángulos de cartón para porciones de *pizza,* servilletas.

Podía oír a Wedmore haciéndole más preguntas a Kirk.

—¿De dónde ha sacado todo esto? —preguntó.

—El otro día cenamos *pizza* —dijo.

—Esta cantidad de basura no es solo de una noche de *pizza* —dijo la detective—. Esto parece la basura de un restaurante.

—No, es de aquí —insistió—. El cabr… el niño, celebró una fiesta de *pizza* con algunos de sus amigos. Dejaron todo perdido. Creo que

también comieron palitos de pescado, por eso mencioné el pescado y por eso quería sacar la bolsa de casa.

Keisha podía adivinar con quién querría hablar Wedmore a continuación: Matthew. Querría preguntarle cuándo había sido su fiesta de *pizza*. ¿A cuántos amigos había invitado? ¿Cómo se llamaban?

Justo cuando pensabas que las cosas empezaban a salir bien…

Volvió a entrar en la casa y golpeó ligeramente la puerta del dormitorio de Matthew antes de abrirla.

Estaba sentado en su cama, jugando con una consola portátil, y se esforzó por no mirar a su madre cuando esta entró en la habitación.

—Lo siento, cariño —dijo Keisha—. Siento haberte gritado.

—No había hecho nada —respondió.

—Ya lo sé. Es que hoy las cosas han estado un poco tensas por aquí.

—¿Por qué ha venido la señora policía? —Por fin se le había ocurrido preguntar.

—Ha muerto un hombre —explicó Keisha.

—¿Qué hombre?

—No lo conocemos, cariño. Pero tenía una de mis tarjetas de visita en el bolsillo, no se sabe cómo, así que la señora me estaba preguntando si lo conocía.

—¿Qué le ha pasado al hombre? ¿Ha tenido un accidente o le han disparado o algo así?

Keisha se sentía más cansada en ese momento de lo que se había sentido en todo el día.

—Lo… han apuñalado.

—Entonces, ¿ella está intentando averiguar quién lo ha apuñalado?

Keisha se sentó en el borde de la cama y apoyó la mano en la rodilla de su hijo.

—Sí, eso es lo que está intentando.

—¿Así que hay una especie de loco suelto por ahí apuñalando a la gente? —preguntó, pero más excitado que temeroso.

—No, no es ningún loco —aclaró Keisha—. A lo mejor el hombre que ha muerto era malo, y la persona que lo apuñaló tenía una buena razón. Para protegerse a sí misma. —Hizo una pausa y añadió —: O a sí mismo.

—Ah, claro, en defensa propia. —Matthew veía muchas series policíacas.

—Podría ser —dijo Keisha—. Contéstame a una cosa.

Matthew dejó a un lado su videojuego.

—¿Qué?

—Los inviernos aquí son bastante fríos y tristes. ¿Qué te parecería pasar una temporada en California?

—¿Quieres decir en San Francisco? ¿Con tu prima?

—No se lo he preguntado, pero sí, era más o menos lo que estaba pensando.

—¿Cuándo iríamos?

Keisha le tocó suavemente el lateral de la cabeza.

—He pensado en un viaje solo para ti. Tienes diez años y ya casi eres un jovencito. Sería una buena ocasión para que fueras en avión tú solo.

Él negó con la cabeza.

—No sé. No creo que quiera ir solo. Bueno, a lo mejor un fin de semana o algo así.

Keisha pensó: «¿Y por qué no de cinco a diez años?».

—No soy precisamente la prima favorita de Caroline, pero ella te quiere y estaría muy contenta de verte. Y seguramente estaría aún más contenta si yo me quedara aquí.

—¿Por qué no le caes bien? —preguntó Matthew.

Keisha sonrió con tristeza.

—Creo que sí que le caigo bien, pero que está decepcionada

conmigo. A veces yo también estoy un poco decepcionada conmigo misma.

—Yo no estoy decepcionado contigo —replicó Matthew—, pero odio a Kirk.

Keisha asintió.

—Sí, lo entiendo. Pero escucha, ya hablaremos de eso más tarde, pero ahora mismo, necesito que te vayas. ¿Por qué no vas a jugar un rato con Brendan?

—Vale, pero ¿por qué me tengo que ir?

—Puede que tenga que volver a hablar con la señora policía, y no creo que le guste hablar de asuntos policiales delante de un niño.

—Vaya.

—Y quiero que salgas por detrás.

—¿Por qué?

—Ahora mismo está delante, hablando con Kirk, y no creo que quiera que los interrumpas.

—¿Se ha metido Kirk en algún lío? —preguntó el niño, esperanzado.

—No, creo que no.

Matthew frunció el ceño.

—Esperaba que fuera el apuñalador y así se lo llevaran.

—Ay, cariño…

—¿Va a vivir siempre con nosotros?

—Matthew, ni siquiera sé qué va a pasar dentro de una hora.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó Matthew.

—¿Enamorada de Kirk? —Él asintió—. Pensaba que sí, cuando lo conocí, cuando era diferente. Pero no, ya no. ¿Por qué?

—Me preocupaba que lo quisieras más que a mí.

—¿Qué? —se sorprendió; rodeó al niño con sus brazos y lo estrechó con fuerza—. ¿Cómo puedes preguntarme algo así? —Atrapado en su abrazo, pudo sentir cómo se encogía de hombros—.

No, venga, quiero una respuesta. —Lo soltó, le puso un dedo bajo la barbilla y le levantó la cabeza para que tuviera que mirarla a los ojos —. ¿Por qué piensas eso?

—Por algo que me dijo Kirk.

—¿Qué te dijo?

—Dijo que yo no debía saberlo, así que no podía hablar de ello, especialmente contigo.

—Matt, escúchame. Puedes contarme cualquier cosa, ya lo sabes.

—Es solo que, cuando dijiste que a lo mejor me iba a California, pensé que tal vez ahí es donde está la escuela militar. —Parecía que el niño se estaba esforzando por contener las lágrimas.

—¿Qué escuela militar? Tienes diez años, por el amor de Dios.

—Kirk dijo que hay una para chicos como yo, y que si no dejaba, ya sabes, de liarla y de tocarle las llantas, y de molestar, dijo que me ibas a mandar a esa escuela.

—¿Que dijo qué?

—Me dijo que si me portaba bien seguramente te olvidarías de ello, así que por eso he estado pasando tanto tiempo en mi habitación, para no estorbar, porque no quiero ir a esa escuela y aprender a pelear y matar gente y esas cosas.

—Ese hijo de puta… —murmuró, sin importarle si Matthew la oía.

—Entonces, ¿no es por eso por lo que quieres que me quede con tu prima?

—Mírame. Si tengo que mandarte allí, no será porque hayas hecho algo malo, o para que vayas a una academia militar, y no significará que no te quiero.

—¿No hay ninguna escuela militar?

—No hay ninguna escuela militar.

Matthew esbozó una sonrisa.

—¿Estás llorando, mamá?

—Puede que un poco.

—Creo que yo también voy a llorar. Pero estoy contento.

—Mira, dame un abrazo, y luego lárgate de aquí, ¿de acuerdo?

El niño y su madre volvieron a abrazarse. Después, Mathew cogió su abrigo y desapareció por la puerta trasera de la casa, saltó la valla y se fue.

* * *

Otra vez llamaban a la puerta.

—Pensaba que se había ido, detective —dijo Keisha. Se dio cuenta de que el coche sin distintivos se había desplazado lo suficiente como para permitir que Kirk pudiera sacar la camioneta. Pero la bolsa de basura de *pizza* seguía en la entrada.

«Averiguarán de qué pizzería y ahí se acabará todo. Irán allí y buscarán en el contenedor».

—Me gustaría hablar con su hijo —dijo Wedmore.

—Matthew no está.

Wedmore pareció sorprendida.

—No lo he visto salir de la casa.

—Se ha marchado por detrás. Ha ido a ver a un amigo.

—¿Qué amigo?

—No sé. No me lo dijo.

—¿Uno de los invitados a su fiesta de *pizza*?

Keisha asintió.

—Probablemente.

—¿Cuándo fue la fiesta? —preguntó la detective.

—No hará más de un par de días.

—¿Ayer?

—No, creo que fue anteayer. ¿Se ha ido Kirk?

—Sí, ha dicho que tenía otros recados que hacer, aparte de ir al vertedero. Quería convencerme de que iba a salir solo para dejar una bolsa de basura con los restos de la fiesta de *pizza* de su hijo. —

Keisha no dijo nada mientras Wedmore la estudiaba. Se dio cuenta de que estaba pensando algo, planeando su próximo movimiento. Finalmente, la detective dijo—: Que tenga un buen día, señora Ceylon. —Salió, cogió la bolsa de basura al pasar, la metió en el maletero de su coche sin distintivos y se marchó.

Keisha cerró la puerta y volvió a su casa medio tambaleándose. Atravesó el vestíbulo, entró en la habitación de su hijo y se desplomó en su cama. Se acercó la almohada a la cara y se hizo un ovillo, reconfortándose con su olor.

«Menudo hijo de puta es Kirk», pensó. Mira que decirle a su hijo que lo iba a mandar lejos. No se podía ni imaginar lo que le había pasado por la cabeza a Matthew. ¿Qué clase de hombre infundía ese miedo en un niño?

De todas las cosas que había hecho, esa era la peor.

No podía permitir que la ira que sentía por ese hombre la dominara. Necesitaba mantener la cabeza despejada, averiguar qué podría hacer Wedmore a continuación y qué podía hacer ella, si podía hacer algo, para protegerse.

¿Era posible que Rona Wedmore volviera con una orden de registro? A lo mejor traía un equipo de gente tipo CSI, aunque no tendrían un pelo fabuloso ni estarían vestidos con ropa guay. Llevarían trajes blancos que los harían parecer astronautas, y seguro que tenían algún artilugio de alta tecnología con el que ver sangre invisible a simple vista.

Keisha esperaba que Kirk y ella hubieran limpiado bien la casa. Si se habían deshecho de toda la sangre, debería estar libre de sospecha.

No, había otras cosas de las que deshacerse.

El dinero. Se había quedado con el dinero que Garfield le había dado. Lo había escondido detrás del papel higiénico, bajo el lavabo del baño. ¿Tendría sangre? ¿No había pensado en comprobarlo más

tarde? ¿Antes de que apareciera Gail, y fuera arrastrada de nuevo a la casa de los horrores?

Bajó las piernas de la cama y se dirigió al cuarto de baño.

Sonó el teléfono.

Keisha quería ignorarlo, pero pensó que a lo mejor podía ser Matthew. Corrió hacia su dormitorio y descolgó el auricular de un teléfono viejo que no tenía indicador de llamada.

—¿Hola?

—Keisha, soy Gail.

—Ah. ¿Sí, Gail?

—Esa señora detective me ha liado.

Keisha cerró los ojos, agotada.

—Sí, con lo de mi tarjeta.

—¡Eso es! Ha estado aquí hace unos minutos. Le he dicho que me habías dado una de tus tarjetas, y que en algún momento debí dársela a Wendell, pero entonces ha empezado a preguntarme cuándo había surgido todo eso, y le he respondido que me lo has mencionado esta mañana, y…

—Lo sé, lo sé.

—Y te llamo también por otra cosa —dijo Gail vacilante—, por si, desde que volviste a casa, tú, ya sabes, si…

—Si me viene alguna visión —interrumpió Keisha—, te llamaré inmediatamente.

—Vale, perfecto. Oye, te tengo que dejar. Debo llamar a algunos familiares, voy a tener que ponerme en contacto con la funeraria y…

—Gail, yo también te tengo que dejar.

Keisha colgó. Colocó el auricular en su sitio y estaba a punto de darse la vuelta cuando el teléfono volvió a sonar, tan rápido que dio un respingo.

Cogió el auricular antes de que terminara de sonar el primer ring.

—Gail, por favor, no puedo hablar…

—Ey —interrumpió Kirk–, soy yo.

«Le dijiste a mi hijo que me iba a deshacer de él».

Fueron las primeras palabras que le vinieron a la cabeza, pero lo que dijo en voz alta fue distinto.

—¿Qué?

—Tengo buenas noticias. —Le resultaba difícil de creer, pero aun así sacó fuerzas para preguntarle cuáles eran—. He vuelto.

—¿Has vuelto a dónde?

—Tengo la bolsa. La bolsa correcta. He aparcado otra vez al lado, me he acercado sigilosamente, he abierto el cubo cuando no había nadie cerca y la he cogido. He mirado dentro y he visto la ropa. Me he asegurado, ¿vale? Me imaginaba que esa puta policía, cuando viera la *pizza,* empezaría a husmear en un montón de pizzerías, ya sabes, y…

—Dime que no te la has traído a casa.

—Joder, Keesh, no soy idiota. Ya me he deshecho de ella. En un contenedor que había en la parte trasera de otro grupo de tiendas a varios kilómetros de distancia. Y esta vez no me ha visto nadie. Es una buena noticia, ¿verdad?

—Sí —dijo débilmente, con miedo a sentirse animada—, muy buena.

Tenía que admitir que era una noticia excelente. Si la policía no encontraba la ropa, y si no aparecía sangre en la casa ni en el coche, ella podría —a lo mejor podría— salir de esa.

Siempre y cuando no se presentaran en la puerta en los cinco próximos segundos para registrar la casa.

—Entonces, ¿qué te parece ahora que vayamos de celebración esta noche? ¿Tú, yo y el cabroncete?

La breve sensación de alivio que había sentido fue desplazada por odio y desprecio.

—Ya veremos —respondió.

—Llegaré a casa enseguida. —Colgó.

—¡Por fin! —exclamó, y salió de su dormitorio. Estaba abriendo la puerta del armario situado debajo del lavabo cuando la interrumpieron de nuevo.

Esa vez, fue un golpe en la puerta.

—No —protestó—. Por favor, no.

Parecía demasiado pronto para que Wedmore hubiera regresado con una orden y un equipo de la Policía Científica, pero Keisha supuso que la policía podría actuar con rapidez si hacía falta.

Abrió la puerta de golpe, esperando lo peor.

Y en cierto modo, eso fue lo que pasó. Pero no era Rona Wedmore la que estaba de pie en el escalón delantero, sonriéndole.

Era Justin.

En la acera estaba aparcado el Range Rover de su padrastro, pero no había ni rastro de Dwayne Taggart.

—Hola —dijo Justin—. Se me ha ocurrido otra forma de ganar un poco más de dinero y quería contártela.

# TREINTA Y UNO

—No es un buen momento, Justin —negó Keisha, bloqueando la puerta. El chico siempre le había dado escalofríos, pero había algo en la sonrisa que tenía en la cara en ese momento que le resultaba especialmente inquietante.

—Venga, estoy convencido de que vas a querer oír lo que tengo que decirte —replicó, con las manos metidas en los bolsillos delanteros de los vaqueros y los hombros encorvados, intentando combatir el frío vestido solo con una ligera chaqueta deportiva y zapatillas de deporte—. Déjame entrar y te lo cuento.

—No —dijo ella, cortándole el paso.

—¿En serio? Si ni siquiera sabes lo que te voy a decir.

—Justin, vete.

—Pareces muy estresada, Keisha. ¿Va todo bien?

No había nada en su expresión que sugiriera empatía. Parecía —¿era posible?— una mirada traviesa.

—No he tenido un buen día —dijo.

—Apuesto a que no.

Keisha había empezado a cerrar la puerta, pero cuando dijo eso se detuvo.

—¿Qué coño significa eso?

—Solo estoy diciendo que apuesto a que has tenido un día bastante estresante.

Intentó averiguar qué estaba pensando, a qué estaba jugando.

—¿Intentas decirme algo?

—Hace un poco de frío aquí fuera —dijo, a punto de tiritar. De mala gana, abrió la puerta y lo dejó entrar. Él sacó las manos de los bolsillos y se las frotó—. Debería haberme puesto algo más

abrigado. Pero es que detesto los abrigos grandes y las botas y todo eso. Me hacen sentir como si me estuviera asfixiando.

—¿Por qué has venido? —preguntó Keisha, cerrando la puerta.

—Como te he dicho, tengo una idea para ganar más dinero. —Le ofreció una sonrisa de disculpa—. En realidad, es una idea para que gane más dinero yo. Pero aun así, creo que querrás oírla. —Keisha esperó—. Bueno, ¿vas a invitarme a que pase al salón o qué?

—No.

Parecía dolido, pero se recuperó rápidamente.

—Vale, pues, esta mañana, cuando he pasado por aquí, mientras me iba, estabas viendo la noticia del tipo ese cuya mujer desapareció el jueves. Salía una rueda de prensa con su hija, llorando y todo eso, ¿te acuerdas?

Ella titubeó.

—Sí.

Esa sonrisa…

—Sabía que te acordarías. Y yo he pensado que era perfecto para ti, como con los Archer. He notado que se te despertaba cierto…, ¿cómo se dice? Cierto interés. Y a mí también. He pensado que estaría bien ver cómo haces tu magia. —«No»—. ¿Recuerdas que he dicho que deberíamos trabajar juntos? ¿Que me gustaría acompañarte cuando trabajas, como hicimos en el instituto? ¿Y básicamente has respondido que me fuera a la mierda? —Él negó con la cabeza—. Eso nunca funciona conmigo. No se me da muy bien seguir instrucciones. Es lo que decían todos mis profesores, incluido el señor Archer.

—¿Qué has hecho, Justin?

—Vale, pues Dwayne… Todavía es un gran fan tuyo, por cierto, por encontrarme, e incluso mi madre no puede hacerse a la idea de cómo lo hiciste. Dwayne me ha traído hasta aquí esta mañana, vale, y de vuelta a casa le he dicho: «Oye, Dwayne, tío, ¿me prestas el

coche un rato, para dar una vuelta y despejarme?». Porque él y mi madre llevan toda la semana encima de mí porque creen que me voy a escapar otra vez o que voy a intentar suicidarme, ¿entiendes? —Ladeó la cabeza hacia la de ella, como si hubiera otras personas en la habitación y quisiera contarle un secreto—. Entre tú y yo, la verdad es que me pregunto si nuestro plan fue una buena idea. A ver, sí, tengo el dinero que nos repartimos y están muy preocupados por mí y todo eso, pero por el amor de Dios, me vigilan como halcones, ¿sabes? Si estoy mirando en la nevera y suspiro porque nos hemos quedado sin helado, piensan que me voy a cortar las venas —rio.

»A lo que íbamos: le he dicho a Dwayne que me encontraba muy bien y que si confiaba en mí lo bastante como para dejarme el Rover para dar una vuelta o algo así. Le he dicho que me levantaría el ánimo, que me ayudaría a despejarme. Y él me ha dado las llaves. He buscado la dirección de ese tal Garfield y la he puesto en el viejo GPS y para cuando he pasado por allí tu coche ya estaba en la parte delantera. —Keisha sintió que necesitaba sentarse, pero siguió de pie—. Así que he aparcado en una calle contigua, he vuelto a pie y he conseguido un sitio estupendo en el jardín, junto al salón en el lado de las casas, donde las persianas estaban abiertas, y he mirado como hacías tu representación, aunque habría sido mucho mejor si hubiera podido oír lo que decías porque eso es lo que realmente importa, ¿no? He estado mirando un rato, y enseguida Garfield ha bajado con una bata o lo que fuera y tú has empezado a pasarle los dedos por encima. —Sacudió la cabeza con admiración—. Lo que me intriga es qué demonios lo ha hecho estallar. —Keisha, sin palabras, no sabía qué hecho la dejaba más atónita: que Justin lo hubiera visto todo, o que hubiera decidido no hacer nada al verlo—. Quiero decir, me he quedado totalmente alucinado. Aunque él pensara que habías ido a timarlo, ¿por qué iba a intentar matarte, verdad? ¿Por

qué no te ha echado a patadas, como hicieron los Archer, o ha llamado a la policía? —Hizo un gesto de ánimo con la cabeza, tratando de provocar una respuesta—. ¿Qué estaba pasando?

—He tenido suerte —respondió Keisha, cuya voz apenas era un susurro—. Mi visión se ha acercado demasiado a la verdad. Su hija mató a la señora Garfield y él la ayudó a encubrirlo.

Justin abrió la boca. La conmoción era auténtica.

—¿En serio? Vaya, qué locura. Eso debe de haberte dejado impactada.

—Sí —respondió en voz baja.

—Entonces, mientras te estaba estrangulando, has cogido la… ¿Qué era, una agujas de esas para hacer punto?

—Sí.

—Y le has dado justo en el ojo. ¡Sin mirar! ¡Eso ha sido increíble! Verlo tambalearse con esa cosa saliendo de su cabeza, ha sido la hostia de increíble. Creía que tenías la sartén por el mango, pero entonces, cuando él ha vuelto a perseguirte, he pensado: «Madre mía, a ese cabrón no lo detiene ni una aguja en el cerebro». Como en las películas, ¿verdad? No creía que fueras a lograrlo, pero estaba de tu parte, de verdad.

—Casi me mata —dijo Keisha, llevándose la mano al cuello—. Y tú te has quedado mirando.

Justin se encogió de hombros.

—No podía entrar por la puerta y arriesgarme a que la gente pensara que soy una especie de mirón pervertido. De todos modos, te las has apañado muy bien. Me he ido cuando tú te has marchado. —Volvió a frotarse las manos—. Entonces, ¿quieres oír mi idea?

—Seguro que adivino cuál es.

—Quiero tu mitad.

—¿Qué?

—La mitad del dinero que te dio Dwayne por encontrarme. Sé que

habíamos acordado dividirlo, pero ahora lo quiero todo. Y… —Se rascó la barbilla—. Con otros dos mil más debería bastar. Lo podemos dejar en cuatro mil quinientos. Si me das eso, no le diré a la policía lo que he visto.

—Si le dices a la policía lo que has visto, estarás confesando que estuviste allí.

Justin le hizo un gesto con el dedo índice.

—Bien pensado, pero nada me impide hacer una llamada anónima, ¿verdad? A lo mejor podría confirmar algunas cosas a la policía. Para que miren en la dirección correcta.

—Serías capaz… —dijo Keisha.

Justin se rio.

—Oye, que te estoy haciendo un favor. Todavía no he ido a la policía, he venido aquí primero para ofrecerte una salida. ¿Y sabes qué más he estado pensando? He estado pensando en que tú y yo deberíamos pensar en trabajar juntos en el futuro. Creo que formamos un buen equipo.

—No sé si puedo conseguirte tanto dinero —dijo Keisha. Estaban los cinco mil de Gail Beaudry, pero en ese momento los tenía Kirk en su bolsillo trasero. ¿Qué probabilidades había de que se los diera?—. No sé si Kirk me lo dará —respondió, vacilante.

—¿Kirk? ¿Ese es tu novio?

Ella titubeó.

—Sí.

—¿Estás diciendo que no te lo va a dar? ¿Para evitar que te arresten?

—Habrá que convencerlo. ¿Sabe lo que ha pasado hoy? —preguntó Justin. Keisha asintió—. Entonces tienes que hablar con él. Convéncelo.

—Quizá deberías preguntárselo tú mismo. Llegará dentro de poco.

Justin asintió con confianza.

—Vale, sí, hablaré con él. Puedo esperar. Supongo que no querrá que su amorcito se meta en un lío.

—Sí —dijo Keisha sin emoción—. Siempre piensa en mí primero.

# TREINTA Y DOS

Justin se estaba poniendo nervioso allí de pie, junto a la puerta principal, así que entró sin preguntar en el salón y se dejó caer en el sofá. Echó un vistazo a la botella de cerveza medio llena y a los restos de Twinkie.

—¿Tienes algo de beber?

—No —respondió Keisha.

—Menuda anfitriona —murmuró—. Entonces, dime, ¿qué has hecho después de salir de la casa de Garfield? Debías de estar hecha un desastre. ¿Has lavado el coche en un túnel de lavado con todas las ventanillas abiertas? —Ella no le contestó. Estaba en la ventana, esperando a que llegara Kirk—. Vale, ignórame —dijo Justin—. Y este novio tuyo, ¿a qué se dedica? ¿Predice el futuro, o localiza extraterrestres, o alguna otra mierda por el estilo?

—Trabaja en la construcción —dijo Keisha—. Pero lleva un tiempo de baja. Se hizo daño en un pie. Pero ahora ya puede andar.

—Qué bien —celebró Justin—. Estoy deseando hacer negocios con él.

Keisha oyó un zumbido familiar y vio entrar la camioneta de Kirk. La zona de carga del camión, por lo que Keisha alcanzaba a ver, estaba totalmente vacía. Kirk salió y se acercó pavoneándose por el camino como un hombre que no solo estaba orgulloso de sí mismo, sino que también esperaba echar un polvo.

Entró en casa.

—Hola. ¡Nena! —saludó.

—Estoy aquí —dijo Keisha.

Dio un par de pasos dentro de la casa y recorrió con la mirada el salón. Justin se levantó y le tendió la mano.

—Hola, ¿qué tal? —Kirk le estrechó la mano, con expresión confusa —. Creo que no nos han presentado. Soy Justin. La última vez que estuve aquí estabas durmiendo. —Hizo una mueca—. Tuve que bajar la voz. Keisha no quería molestar a la bestia.

Kirk no sabía lo que estaba pasando. Nunca había visto a Justin, aunque Keisha le había hablado de la estafa que había hecho con él. Aunque ella le había dicho que su parte eran mil, no dos mil quinientos.

—Justin y yo hicimos el trabajo ese juntos —le recordó Keisha—. En el que sus padres me contrataron para encontrarlo. Lo preparamos todo antes.

—Ah, sí, me acuerdo —dijo Kirk—. Fue una pasada.

—Sí —sonrió Justin—. Lo planeé yo todo. Le estaba diciendo a Keisha que deberíamos trabajar más veces juntos.

Kirk se encogió de hombros, como si pensara que era buena idea.

—¿Has venido por eso? ¿Estás planeando algo?

—No, se trata de otra cosa —aclaró Keisha.

—Keisha me ha dicho que estás al tanto de lo que ha pasado hoy —comentó Justin. Kirk lo miró con recelo. Ni siquiera él era tan tonto como para admitir nada hasta enterarse de lo que Justin sabía.

—Es posible —dijo lentamente.

Justin entendía su cautela.

—La casa Garfield. Lo sé todo.

Kirk fulminó a Keisha con la mirada.

—¿En qué demonios estabas pensando?

—Yo no le he contado nada —replicó Keisha—. Él estaba allí. Mirando por la ventana. Espiando.

—Bueno —contestó Justin—, creo que llamarlo espiar es un poco injusto. Sobre todo teniendo en cuenta que tú has ido allí a timarlo. Y además, no estaba espiando. Solo quería ampliar mis horizontes,

ver cómo trabajaba Keisha. ¿Quién iba a saber que había pasado de hacer predicciones de mierda a la cirugía ocular?

—¿Cómo sabía que debía ir allí? —preguntó Kirk.

Keisha le explicó rápidamente que Justin había pasado por la casa por la mañana, sospechó que podría ir a ver a Wendell Garfield y la siguió.

—Sí —confirmó Justin con orgullo—. Y mi madre diciendo que me falta iniciativa.

Pero incluso después de la explicación, Kirk seguía confuso.

—Entonces, ¿a qué has venido si no es porque has planeado algo nuevo?

—Ha venido a chantajearme —contestó Keisha.

—¿Qué?

—Quiere que le dé dinero a cambio de no decir nada de lo que ha visto.

Kirk, en un acto reflejo, estiró la mano para tocar el bulto que tenía bajo el abrigo.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Cuatro mil quinientos —dijo Justin alegremente—. La parte de Keisha de la estafa que hicimos a mis padres, más otros dos de los grandes.

Keisha pensó: «Mierda». Podía ver a Kirk hacer cálculos mentales. Parecía un cavernícola intentando averiguar cómo hacer fotos con un *smartphone*.

—Me dijiste que solo habías sacado mil en ese trabajo.

Keisha se encogió de hombros.

—Me has pillado.

Kirk se ocuparía de ella más tarde. Se centró en Justin.

—Entonces, si no te damos casi cinco de los grandes, le dirás a la policía que Keisha ha matado a Garfield.

—Correcto —asintió Justin, como si Kirk tuviera cinco años—, te

mereces una pegatina.

—Y te crees que te los vamos a dar.

—¿No te parece que sería una estupidez no hacerlo? Una llamada anónima a la policía y estará perdida. Y si has estado ayudándola a encubrir lo que hizo, eso te convierte en cómplice, así que te interesa tanto mantener todo esto en secreto como a ella. —Esperó algún tipo de respuesta—. ¿Hola?

—Sí, sí, te he oído. —Kirk se adentró más en el salón, se acercó a Justin y lo obligó a dar un par de pasos hacia atrás—. Pues resulta que estás de suerte, porque llevo el dinero encima.

No era exactamente lo que Keisha esperaba. Lo miró, estupefacta.

—¿En serio? —preguntó Justin, como un yonqui que está a punto de meterse una raya—. Estás de coña, ¿verdad? Nadie lleva tanto dinero encima. Te habría dado un par de días para conseguirlo.

—No, no, lo tengo —repitió Kirk, y cogió el fajo de billetes que Gail le había dado a Keisha.

—¡Me cago en la puta! —exclamó Justin, sin creérselo mientras Kirk extendía los billetes con las dos manos.

—Me voy a quedar con quinientos, porque aquí hay cinco mil —dijo Kirk.

—Mierda, ¿has robado un banco o qué? —El chico no podía apartar los ojos del dinero.

Kirk cogió los quinientos y se los metió en el bolsillo delantero de los vaqueros. Ofreció el resto de los billetes a Justin, y justo cuando el joven estaba a punto de cogerlos, Kirk los dejó caer al suelo. Revolotearon como si fueran confeti gigante.

—Ay, mierda, lo siento, pensé que los habías cogido —se disculpó Kirk.

—No pasa nada —dijo Justin, y se arrodilló para recoger los billetes desperdigados. Kirk levantó la rodilla y golpeó a Justin en la nariz—. ¡Joder! —gritó, retrocediendo a trompicones mientras se echaba las

dos manos a la cara, con la sangre escurriéndole entre los dedos—. ¿Qué demonios…?

Cuando Kirk se acercó a él, Justin se quitó la mano ensangrentada de la cara para defenderse y golpeó a Kirk en el pecho para obligarlo a alejarse. Kirk miró hacia abajo, vio las manchas de sangre de su camisa, y lo empujó hacia atrás, con fuerza. La espalda de Justin se estrelló contra la pared que estaba a la derecha de la estantería que exhibía las llantas nuevas para la camioneta de Kirk.

—¿Te crees que puedes venir aquí y amenazarnos de esa manera? —bramó Kirk—. ¿Crees que te voy a dar el dinero así por las buenas?

—¡No me hagas daño! —gritó Justin—. ¡Creo que me has roto la nariz! ¡Joder!

—No vas a salir de aquí ni con un puto centavo, antes te rompo todos los huesos del cuerpo.

—¡Lo contaré! —gritó—. ¡La policía vendrá a por ella! —Kirk acortó la distancia que los separaba y rodeó el cuello del joven con las manos, igual que había hecho antes con Keisha. Justin tosió—. No puedo…

Esa vez, fue Justin quien uso la rodilla. La levantó rápido y con fuerza, y alcanzó a Kirk en los testículos.

—¡Mierda!

Kirk soltó el cuello de Justin y se dobló sobre sí mismo, con las manos sobre la entrepierna, sintiendo como se extendía el dolor a través de su cuerpo. Dio un paso atrás y a la izquierda.

Justin extendió la mano derecha, la deslizó entre la pared y la estantería y la empujó hacia delante. Tuvo que ayudarse con el hombro. Las llantas hacían que la estantería pesara tanto como si hubiera estado llena de libros de arriba abajo. Justin tuvo varias cosas a su favor. La estantería era inestable. Esto se debía en parte a su que el material era endeble, pero también a que Kirk no había

puesto las llantas de aluminio en el estante inferior para anclarlo de forma eficiente. Dos llantas estaban en el estante central y dos en la parte superior. A Kirk le gustaba tenerlas bien arriba, para poder admirarlas. Además, no había fijado la estantería a la pared.

Se tambaleó, al principio a cámara lenta y después con un impulso creciente.

Primero cayeron las dos llantas de arriba. Una alcanzó a Kirk en el hombro y lo tiró al suelo. Una fracción de segundo después, la otra llanta aterrizó sobre la parte superior de su cuerpo y se dio la vuelta una vez, cubriéndole la cara, con el borde presionándole el cuello.

Cuando la estantería continuó su caída, las dos llantas del estante central se cayeron. Una aterrizó en la rodilla de Kirk y la otra cayó en la alfombra.

—¡Sí! —dijo Justin—. ¡Chúpate esa, imbécil!

Giró sobre sí mismo, mareado, y le sonrió a Keisha, justo a tiempo para ver la botella de cerveza que se acercaba a su cabeza.

En cuanto lo golpeó, dejó caer la botella. Sintió que el dolor del impacto —le había golpeado con la botella de lleno en la frente— le subía por el brazo. La botella no se rompió, ni siquiera al caer al suelo, pero había hecho su función. Justin se tambaleó hacia atrás, se desplomó y se golpeó contra la pared que estaba justo al lado de donde se encontraba la estantería y se deslizó de espaldas hasta el suelo.

Keisha se quedó allí de pie, con su respiración agitada como único sonido de la habitación.

Inspeccionó la debacle. La estantería volcada, las llantas esparcidas, Kirk atrapado bajo los restos. Justin, inconsciente.

O eso pensaba ella.

—Dios mío —dijo.

Se arrodilló y puso la mano en el pecho de Justin. Estaba

inconsciente, pero vivo. Podía sentir su respiración bajo la palma de su mano.

Kirk también estaba vivo. Tosió débilmente.

—Nena —dijo—. No puedo… No puedo moverme.

Le dio una arcada. Keisha se acercó a él, pasó una pierna por encima de uno de los postes verticales de la estantería y se sentó a horcajadas para poder ver a Kirk. Pudo ver un ojo detrás de la llanta y observó que el aro estaba presionando la tráquea de Kirk. La estantería había aterrizado encima de la llanta, dejándola fija en esa posición.

Keisha tendría que mover el estante para poder quitarle la llanta de encima.

—Eh —dijo Kirk—. Quítame esto. Quítame esto. —Intentaba usar las manos para mover el aro, pero tenía una atrapada detrás de la espalda y no podía hacer palanca con la que le quedaba libre.

Keisha pensó.

Examinó la situación.

Pensó en Matthew.

A lo mejor todavía había una manera de salir de rositas. Una forma de librarse de todo, de quedarse con su niño.

—¡Hola! —exclamó Kirk—. ¿Estás… sorda o qué? Necesito… ayuda. —Tosió.

Había muchas cosas que resolver en poco tiempo. Tendría que hacerlo antes de que Justin se despertara.

Pero lo que tenía allí era una oportunidad de oro.

—Hola —repitió Keisha, mirando a Kirk a través de las aberturas que había entre los radios de las llantas de aluminio.

—No puedo… respirar —dijo él.

—Tiene mala pinta —comentó ella—. Debe de doler un huevo.

—¿Qué coño… estás haciendo? Mueve… la estantería —jadeó.

—Creo que veo una salida, Kirk —dijo—. Puede que funcione o

puede que no. Hay que arriesgarse.

—Qué… hija…

—Pero no va a funcionar contigo. Cuando Wedmore te meta en una sala y empiece a hacerte preguntas, no creo que seas capaz de engañarla, ¿me entiendes?

—… de perra…

—Eres mi talón de Aquiles, Kirk. Lo siento. Eras un buen tipo, ¿sabes? Cuándo nos conocimos me enamoré de ti de verdad. Parecías tan dulce… —Otra vez tenía un nudo en la garganta—. Pero me engañaste. Te metiste dentro de mí —puso su mano entre sus pechos— antes de darme cuenta de lo inútil que eras. —Él no dijo nada. La observaba con el único ojo que se veía—. Pero incluso hace un par de horas, no habría sido capaz de esto. Puede que te hubiera ayudado. ¿Pero lo qué le dijiste a Matthew? ¿Que iba a mandarlo a una escuela militar? —Sacudió la cabeza y una lágrima cayó de su mejilla, se deslizó entre los radios y aterrizó en la frente de Kirk—. Esa fue la gota que colmó el vaso.

—Nena…

Apoyó su peso en la estantería, lo que hizo que la llanta cayera con más fuerza sobre el cuello de Kirk. Consiguió levantar un pie del suelo, posarlo en el borde del estante central y luego el otro.

Kirk emitió algunos sonidos bastante espeluznantes. Sonidos que Keisha escucharía durante el resto de su vida.

Se quedó allí sentada un par de minutos hasta que estuvo segura, echando un vistazo cada pocos segundos a Justin para asegurarse de que no había recobrado el conocimiento.

Una vez que estuvo segura de que Kirk había muerto, entró en acción.

Keisha se movió con una velocidad controlada, pensándolo todo detenidamente.

Ensayó la historia en su cabeza.

Puso todo el atrezo en su lugar.

Luego sacó del bolsillo de su chaqueta la tarjeta que Rona Wedmore le había dado en casa de los Garfield. Fue al teléfono del dormitorio y marcó el número.

Wedmore descolgó al tercer tono.

—¿Hola?

—Soy Keisha Ceylon. Quiero confesar algo.

# TREINTA Y TRES

**Justin:** Mierda, ya era hora. Llevo horas aquí sentado. ¿Esta es una de esas salas de interrogatorio? Aquí hace mucho frío. Me han quitado la chaqueta y también los zapatos. ¿Por qué demonios se han llevado mis zapatos?

**Wedmore**: Lo siento, Justin. Déjame ver si puedo subir la calefacción. Ni siquiera sé si funciona el termostato. ¿Cómo te encuentras?

**Justin:** Siento que me va a estallar la cabeza. Gracias por preguntar. Esa zorra me ha golpeado en la cabeza con una botella de cerveza. Está loca. Casi tan loca como su novio. Los dos están chiflados.

**Wedmore:** El médico dice que podrías tener una conmoción cerebral leve. Pero la buena noticia es que no tienes la nariz rota.

**Justin:** Pues duele como si lo estuviera. Quiero irme a casa. ¿Ha venido mi madre?

**Wedmore:** No estoy segura. Escucha, ¿te han explicado lo del abogado y todo lo demás?

**Justin:** Sí, pero no lo necesito. Le va a encantar lo que tengo que decir sobre Keisha y ese tipo.

**Wedmore:** Perfecto, porque me gustaría hacerte algunas preguntas antes de que te vayas.

**Justin:** ¿Han detenido a ese gilipollas por intentar matarme?

**Wedmore:** ¿Hablas de Kirk?

**Justin:** Sí.

**Wedmore:** Kirk Nicholson está muerto, Justin.

**Justin:** ¿Muerto?

**Wedmore:** Sí.

**Justin:** Vaya, joder. ¿Ha sido porque le ha caído la estantería encima? ¿Y las llantas? ¿Es eso lo que pasó?

**Wedmore:** ¿Por qué has ido a casa de Keisha Ceylon?

**Justin:** Pues quería darle las gracias otra vez por encontrarme antes de que me hiciera daño a mí mismo. Hace un par de semanas estaba deprimido, todo lo veía negro, y mis padres la contrataron para que usara su, ya sabe, sexto sentido, para encontrarme.

**Wedmore:** Sé que eso no es verdad, Justin. ¿Por qué has ido allí realmente?

**Justin:** ¿Eh? No, es verdad.

**Wedmore:** ¿Así que has ido solo para dar las gracias, y eso ha provocado una gran pelea que ha terminado con un hombre muerto?

**Justin:** Todo está borroso.

**Wedmore:** ¿Seguro que no has ido a presumir?

**Justin:** ¿A presumir?

**Wedmore:** De que le habías ganado a Keisha en su propio terreno.

**Justin:** Yo no… ¿Qué?

**Wedmore:** Keisha nos ha contado la verdad.

**Justin:** ¿Contar la verdad? ¿Qué? ¿Ha confesado?

**Wedmore:** Nos ha contado algunas cosas.

**Justin:** ¿Te ha dicho que ha matado a ese tal Garfield?

**Wedmore:** No, no ha confesado eso, Justin.

**Justin:** Bueno, ¿qué otra cosa iba a confesar? Ella ha matado a ese tipo.

**Wedmore:** Volveremos a ello dentro de un momento. No, lo que Keisha ha confesado es la jugada que le hicisteis tu madre y a tu padrastro.

**Justin:** No… no sé de lo que habla.

**Wedmore:** Keisha dice que has ido a verla para contarle una idea

que se te había ocurrido para estafarles cinco mil dólares.

**Justin:** ¿Le ha contado eso?

**Wedmore:** ¿Cómo se te ocurrió la idea?

**Justin:** No sé de qué está hablando. Como ya le he dicho, estaba deprimido y me escapé de casa un tiempo. Mis padres contrataron a esa mujer para que me encontrara. Tuvo una visión de mí en una oficina vacía que mi madre había tenido alquilada a una empresa de cirugía plástica.

**Wedmore:** ¿A qué instituto fuiste, Justin?

**Justin:** ¿Instituto?

**Wedmore:** ¿Alguna vez tuviste un profesor llamado Terry Archer?

**Justin:** ¿El señor Archer? Sí, tuve un profesor de inglés llamado señor Archer.

**Wedmore:** Acabamos de hablar por teléfono con él. Se acuerda de ti.

**Justin:** Ah, ¿sí?

**Wedmore:** Sí. Dice que recuerda una clase en la que se puso a hablar de un suceso terrible que les pasó a él y a su mujer. Dice que estabas en esa clase, que hiciste muchas preguntas.

**Justin:** Recuerdo algo de eso. La familia de su mujer desapareció o algo así.

**Wedmore:** Muy bien. Te acuerdas. ¿Y supongo que recuerdas la parte en la que el señor Archer les habló a sus alumnos de una vidente que les dijo que les contaría lo que le había pasado a la familia a cambio de mil dólares?

**Justin:** No siempre prestaba atención en clase.

**Wedmore:** El señor Archer dice que le preguntaste, después de clase, el nombre de la vidente.

**Justin:** Supongo que es posible, pero no lo recuerdo.

**Wedmore:** ¿No le hablaste de ella a tu padrastro, el señor

Taggart? Tengo entendido que a tu padre le interesan ese tipo de cosas.

**Justin:** No sé adónde quiere llegar con esto.

**Wedmore:** Cuando Keisha Ceylon llevó a tus padres hasta ti, no era la primera vez que la veías, ¿verdad?

**Justin:** Eh…

**Wedmore:** Sabías lo que hacía, el tipo de estafas que realizaba, y se te ocurrió una idea para sacarles cinco mil dólares a tus padres. Tras convencerla, la señora Ceylon aceptó.

**Justin:** Mire, mi madre y mi padrastro tienen toneladas de dinero, y cualquier cosa que yo haya hecho en lo que a ellos concierne, es asunto nuestro. Tampoco es que haya estafado a ningún desconocido ni nada parecido. Keisha… ¿De verdad le ha contado todo esto?

**Wedmore:** Me ha dicho dijo que eres un gran admirador de su trabajo. Un auténtico fan. Que te inspiraba. Que después de engañar a tus padres, querías hacer más trabajos con ella, pero que te ha dicho que no. ¿Es eso correcto?

**Justin:** Yo no diría eso.

**Wedmore**: ¿Qué parte he entendido mal? Acláramela.

**Justin:** No sé. Es que no me suena nada de eso.

**Wedmore:** ¿No? ¿Me estás diciendo que no has ido a casa del señor Garfield y te has ofrecido a prestarle el mismo tipo de servicio que Keisha?

**Justin:** Mierda, no. ¿No ve lo que está haciendo? Ha confesado ese otro asunto, con mi madre, su marido y conmigo, porque cree… Porque así parecerá casi honrada. ¿Entiende? Está dispuesta a admitir todo eso para que la crea cuando diga que no ha hecho lo verdaderamente grave, que es matar a ese tipo.

**Wedmore:** ¿No te has pasado por su casa y le has dicho que eras el nuevo falso vidente de la ciudad? ¿Que le habías sacado mil

dólares al señor Garfield antes que ella? ¿Y eso ha enfadado tanto a su novio, que te metieras en el territorio de su novia, que te ha atacado? ¿No ha habido una pelea en la que le has tirado la estantería encima?

**Justin:** Vale, eso no es cierto en absoluto. Ha habido una pelea, sí, pero no de la forma en que lo está planteando.

**Wedmore:** ¿No has amenazado a su hijo para que no dijera nada?

**Justin:** ¿Amenazar a quién?

**Wedmore:** ¿Por eso hay una foto de él en tu teléfono? La misma que le has enviado por correo electrónico para que supiera que lo estabas vigilando y no te delatara.

**Justin:** Eso es totalmente… El niño me pidió que le hiciera una foto.

**Wedmore:** En esta caja hay un par de cosas que quiero enseñarte. A ver… Son estas. ¿Has visto este dinero antes, Justin?

**Justin:** ¿De dónde ha salido eso?

**Wedmore:** Te he preguntado si lo habías visto antes.

**Justin:** Es dinero. El dinero es dinero. Todo parece igual.

**Wedmore:** ¿Ves la sangre que hay en el borde de algunos de los billetes?

**Justin:** Ah, sí, la veo. ¿Y?

**Wedmore:** Nos hemos quedado con par de billetes y los están analizando, pero creemos que los resultados van a indicar que se trata de sangre de Wendell Garfield.

**Justin:** Vaya.

**Wedmore:** ¿Sabes dónde encontramos este dinero, Justin?

**Justin:** No sé. Si es sangre de Garfield, supongo que lo tendría Keisha.

**Wedmore:** Encontramos este dinero en tu chaqueta, Justin.

**Justin:** ¿Eh?

**Wedmore:** ¿Cómo crees que ha llegado este dinero a tu

chaqueta?

**Justin**: ¿En serio? Lo habrá puesto ella allí. Ha tenido que ser ella. Cuando yo estaba inconsciente.

**Wedmore:** Sí, supongo que podría haber ocurrido así. Entiendo lo que quieres decir. El médico dice que has estado sin conocimiento unos diez minutos.

**Justin:** Sí, bueno. Ahí tiene la explicación.

**Wedmore:** ¿Me haces un favor, Justin?

**Justin:** ¿Qué?

**Wedmore:** ¿Podrías escribir tu nombre en este papel?

**Justin:** ¿Por qué?

**Wedmore:** Sígueme la corriente.

**Justin:** ¿Van a pegarlo al final de una confesión falsa?

**Wedmore:** No, no vamos a hacer eso. Déjame ver si este boli tiene tinta… Sí, este servirá. Toma.

**Justin:** ¿Solo quiere que escriba mi nombre?

**Wedmore:** Tú nombre y tu apellido.

**Justin:** No entiendo nada.

**Wedmore:** Justin.

**Justin:** Vale, joder. Aquí lo tiene. Tres veces.

**Wedmore**: Gracias. ¿Así es como sueles firmar?

**Justin:** Sí.

**Wedmore:** Mmm.

**Justin:** ¿Por qué?

**Wedmore:** Era por curiosidad. Me gustaría enseñarte otra cosa.

**Justin:** ¿El qué?

**Wedmore:** Está en otra bolsa de pruebas, aunque lo hemos encontrado metido dentro del dinero. A ver, aquí está. ¿Reconoces esto, Justin?

**Justin**: ¿Qué…? Es un cheque.

**Wedmore:** Correcto. ¿Ves el nombre del titular de la cuenta de

este cheque?

**Justin:** Garfield. Wendell Garfield.

**Wedmore:** Es un cheque de quinientos ochenta dólares.

**Justin:** Sí.

**Wedmore:** Y como ves, también hay algo de sangre en el borde del cheque. Tendremos que hacer una prueba para ver de quién es la sangre, pero al igual que con el dinero, tenemos una idea bastante aproximada.

**Justin:** Vale.

**Wedmore:** Y supongo que te habrás dado cuenta de otra cosa muy interesante. Lo más interesante de todo.

**Justin:** No le encuentro ningún sentido a lo que está diciendo.

**Wedmore:** Ves a nombre de quién está el cheque, ¿verdad, Justin?

**Justin:** No sé. Apenas puedo leerlo.

**Wedmore:** Venga, vamos. ¿Qué pone?

**Justin:** Se parece a mi nombre.

**Wedmore:** Correcto. ¿Notas que la letra no coincide? ¿Ves que la letra del señor Garfield es totalmente diferente de la de tu nombre?

**Justin:** Lo veo.

**Wedmore:** Me imagino que el señor Garfield rellenó el cheque, pero dejó en blanco el espacio para el nombre. Algunas personas lo cobrarían o rellenarían su nombre ellos mismos. ¿Es eso lo que has hecho tú?

**Justin:** Yo no he escrito mi nombre ahí.

**Wedmore:** ¿No?

**Justin:** De ninguna manera.

**Wedmore:** Pero, espera… La letra del cheque es casi idéntica a estas firmas que acabas de hacerme.

**Justin**: Yo no he escrito mi nombre ahí. Debe de haberlo hecho Keisha.

**Wedmore:** ¿Crees que te ha puesto un bolígrafo en la mano y ha escrito tu nombre mientras estabas inconsciente?

**Justin:** Debe de haberlo copiado.

**Wedmore**: ¿De dónde?

**Justin:** No sé. ¿De mi carné de conducir? Seguro que aparece ahí.

**Wedmore:** Esa parte de tu carné, lo hemos mirado, está tan desgastada que apenas se ve. Sabes lo que parece, ¿verdad, Justin?

**Justin:** Esto es una gilipollez.

**Wedmore:** Has ido a ver al señor Garfield. Le has dado la tarjeta de Keisha Ceylon como referencia, le has dicho que eras su socio y que habías tenido una visión sobre su mujer. Garfield ha debido de entrar en pánico pensando que tal vez sabías que estaba involucrado en su muerte. Algo salió mal. Te atacó, y lo apuñalaste en el ojo con la aguja de tejer. Podemos situarte en la escena del crimen, Justin. Había huellas fuera de la ventana. Tus huellas estaban en el marco de la ventana. ¿Has mirado dentro antes para ver si estaba allí, o después, para ver el desastre que habías dejado? Hemos encontrado dinero con lo que probablemente sea sangre de Garfield, en tu bolsillo. Y por último, el cheque sanguinolento de Garfield, a tu nombre, escrito de tu puño y letra, en ese mismo bolsillo. Tiene mala pinta, ¿no crees, Justin?

**Justin:** Lo ha hecho ella. Se lo aseguro. Ha ido allí a sacarle dinero a Garfield. Lo ha apuñalado en el ojo y lo ha matado.

**Wedmore:** ¿Y cómo lo sabes?

**Justin:** Como le he dicho antes, la he seguido hasta allí. Estaba mirando por la ventana.

**Wedmore:** Así que admites que estabas en la escena del crimen…

**Justin:** ¡Estaba fuera! No dentro.

**Wedmore:** Entonces, ¿cómo has conseguido este cheque, firmado por el señor Garfield, a tu nombre, escrito por ti?

**Justin:** Yo… Yo…

**Wedmore:** Si tienes alguna prueba, algo que sitúe a Keisha ahí en vez de a ti, dámela.

**Justin:** ¡Estaba llena de sangre! Registren su casa para buscar la ropa.

**Wedmore:** Ya lo hemos hecho, Justin. No hemos encontrado nada. Su casa y su coche estaban limpios.

**Justin:** ¡Entonces es que los ha limpiado! ¡La gente hace eso después de matar a una persona! ¡Limpian!

**Wedmore:** ¿Es eso lo que has hecho tú, Justin? ¿Te has limpiado después de matar al señor Garfield?

**Justin:** Quiero a un abogado.

# TREINTA Y CUATRO

—Entonces, ¿vas a venir a San Francisco conmigo? —preguntó Matthew a su madre.

—Sí, pero no vamos a quedarnos con mi prima —respondió Keisha —. He pensado que podíamos buscar un lugar para alojarnos, quizá no en la ciudad, porque allí será muy caro, pero a lo mejor en las afueras. Ver cómo es y quizá incluso mudarnos allí.

—No sé —dudó el niño.

—Creo que necesitamos empezar de cero —dijo—. No puedo volver a esa casa después de lo que pasó allí. No vamos a volver a pasar ni una noche más en ese lugar.

—¿Y quién va a coger mis cosas?

—Iré el tiempo suficiente para hacer las maletas —explicó Keisha. Todavía tenía los cinco mil dólares de Gail. Tenía derecho a ese dinero. No eran pruebas de las que tuviera que deshacerse. No como ese fragmento de cheque que le habían dado los padres de Justin, con su firma al dorso. Lo había tirado por el retrete antes de que llegara la policía, después de copiar su firma en el cheque en blanco que Garfield le había extendido aquella mañana. Todas esas firmas falsas que había puesto en los cheques de la Seguridad Social para su madre habían valido para algo.

Lo había dejado todo bien atado. Justin empezó a despertarse segundos después de que ella hubiera metido el dinero y el cheque en los bolsillos de su chaqueta. De momento, la historia estaba cuajando. Tenían más pruebas contra él que contra ella. Y los padres de Justin aún no habían puesto ninguna denuncia por fraude. Quizá ya tenían bastante con conseguir un abogado que lo defendiera de

dos cargos de asesinato. O tal vez Marcia Taggart no quería que se hiciera público que a ella y a su marido los habían timado.

No solo Keisha, también su propio hijo.

Parecía un buen momento para irse de la ciudad. Empezar de nuevo. Darle un giro a su vida. Conseguir un trabajo. A lo mejor encontraba trabajo en uno de esos mostradores de maquillaje de unos grandes almacenes. También se le daría bien trabajar de secretaria. Keisha era bastante organizada, podía llevar la oficina de alguien, ocuparse de la correspondencia, cosas así.

Y si tardaba en conseguir un puesto decente, siempre podría, temporalmente —no para siempre, eso seguro—, leer las cartas. Consultar la carta astral de alguien.

Si se veía muy apurada, ayudar a alguien a ponerse en contacto con un ser querido fallecido.

O incluso alguien que estuviera, en paradero desconocido.

Decirle a la gente lo que quería oír.

Darles esperanza.

Había que ganarse la vida de algún modo.




# No hay casa segura

Barclay, Linwood

9788742813904

400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hace siete años, Terry Archer y su familia vivieron una experiencia aterradora que casi les costó la vida. Hoy, las secuelas de aquella

fatídica noche aún les afectan y Terry lucha por seguir manteniendo unida a su familia.

Pero cuando su hija Grace, de forma imprudente, entra con su problemático novio en una casa desconocida, los Archer tendrán que hacer más que solo mantenerse unidos. Tendrán que sobrevivir. Porque ahora se han visto envueltos, contra su voluntad, en los asuntos más oscuros y turbios de su aparentemente idílica ciudad natal. Pronto aprenderán que hay cosas que las personas valoran mucho más que el dinero y que están dispuestas a hacer cualquier cosa para conseguirlas.

Atrapado en un laberinto entre la lealtad familiar y la traición, Terry debe encontrar la manera de sacar a su familia de una situación letal que no comprende del todo. Lo único que sabe es que, para seguir con vida, tendrá que hacer lo impensable…

«**Un maestro del suspense**».
*Stephen King* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«[Este libro] es **lo mejor de Barclay hasta ahora**… una lectura **llena de giros emocionantes**».
*William Landay* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«El thriller de Barclay está **impulsado por diálogos** y es **cinematográfico** en su estructura, con una trama marcada por **giros vertiginosos**».
*Minneapolis Star-Tribune* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Con un **humor oscuro** aunque **inquietante**… La acción **retorcida** y **hábilmente trazada** se acelera junto con el recuento de cadáveres, ofreciendo **mucho suspense** y un sorprendente número de risas, para los lectores dispuestos a tolerar cosas muy malas que les suceden a personas bastante buenas».
*Publishers Weekly* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)




# Morir solo

Kernick, Simon

9788742813768
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Político carismático. Marido leal. Asesino en serie.**

Alastair Sheridan lo tiene todo. Es joven, atractivo y un millonario hecho a sí mismo, con una hermosa mujer y un hijo. En el caótico mundo de la política británica, donde los héroes escasean, tiene una oportunidad real de convertirse en primer ministro.

Pero Alastair guarda un oscuro secreto: es un asesino en serie al que le gustan las mujeres jóvenes. Protegido y ayudado por personas muy influyentes, ha matado durante años sin que lo atrapen.

Solo unas pocas personas saben qué tipo de monstruo es en realidad. Una de ellas es el antiguo sargento detective Ray Mason, que ahora está en prisión a la espera de ser juzgado por asesinato. Pero, durante un traslado al hospital, Ray es liberado por unos hombres armados, que le hacen una oferta: si asesina a Alastair Sheridan, podrá comenzar una nueva vida en el extranjero con otra identidad. Estos hombres afirman ser del MI6, y su razón para querer a Sheridan muerto es que representa una amenaza para la seguridad nacional. Sin embargo, Ray pronto descubre que sus motivos son mucho más oscuros.

Con la policía pisándole los talones y enemigos por todas partes, la endurecida detective privada y exagente de policía Tina Boyd es la única persona en la que Ray puede confiar.

En un juego en el que todos son enemigos, ¿podrán Ray y Tina salir con vida?

---

«**Simon Kernick es un auténtico maestro de los thrillers llenos de adrenalina**».
*Peter James* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Simon Kernick escribe **tramas excelentes**, con **grandes personajes** y **llenas de acción**».
*Lee Child* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Simon Kernick escribe a todo gas. **¡Agárrate fuerte!**».
*Harlan Coben* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Como siempre, Kernick entrega **un thriller rápido** y **contundente** con un personaje principal que ya ha cruzado muchos límites, y que en este libro cruza algunos más… **Kernick nunca decepciona**».
*Crime Review* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Una maravillosa adición a la serie que mantiene al lector en vilo de principio a fin**… Excelente trabajo, señor Kernick».
*Book Reviews to Ponder* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Los libros de Kernick son como las películas de Bond: acción y emoción sin parar**».
*BelEdit Book Reviews* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«He visto libros descritos como trepidantes, pero pocos realmente lo cumplen. "Morir solo" lo hace. **Una lectura increíble**».

*The Bookbag* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)




# Rencor sangriento

Marsons, Angela

9788742813669

400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**El pasado no perdona…**
**y ha llegado la hora de la venganza.**

El cuerpo yace bajo los árboles, con los brazos levantados por encima de la cabeza, en una postura antinatural. Sus músculos están relajados. Sus ojos, vacíos. No hay signos de vida. Pero aún no está muerto del todo…

Cuando la detective Kim Stone llega a la escena del crimen, no hay un cadáver esperándola, sino que se encuentra con los sanitarios luchando desesperadamente por salvarle la vida. Por desgracia, muere de camino al hospital, y deja a Kim con un escenario donde todas las pruebas han sido destruidas. Aun así, tiene claro que se trata de un asesinato.

A simple vista, la víctima, Eric Gould, parece una persona normal y corriente, hasta que el equipo empieza a investigar su pasado. De adolescente, lo encerraron por agredir a su novia, y Kim sospecha que en la actualidad estaba maltratando a su prometida.

Entonces aparece otro hombre al borde de la muerte, con los huesos rotos para forzar su postura, y el equipo se da cuenta de que el asesino les está enviando un mensaje con la colocación de los cuerpos.

Alguien parece conocer el oscuro pasado de las víctimas, pero ¿se trata de una venganza o se está tomando la justicia por su mano? Kim y su equipo tienen que encontrar respuestas con rapidez antes de que aparezca otra víctima.

---

«Definitivamente es **una de las mejores sagas** que he leído. **Amo a Kim Stone** desde el primer libro. ¡Dios mío! **¡Esta novela es increíble!**».
*@our.bookish.reads* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Después de diecinueve libros, **Marsons sigue siendo igual de astuta y retorcida**, con una historia tan **llena de adrenalina y emoción** como cabría esperar… **Otro libro espectacular** que les encantará a los fans de la serie».
*Jen Med's Book Reviews* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Una vez más, **Marsons ha escrito una joya de libro** que he devorado casi de una sentada. Ya estoy esperando ansiosamente el siguiente».
*The Book Review Café* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

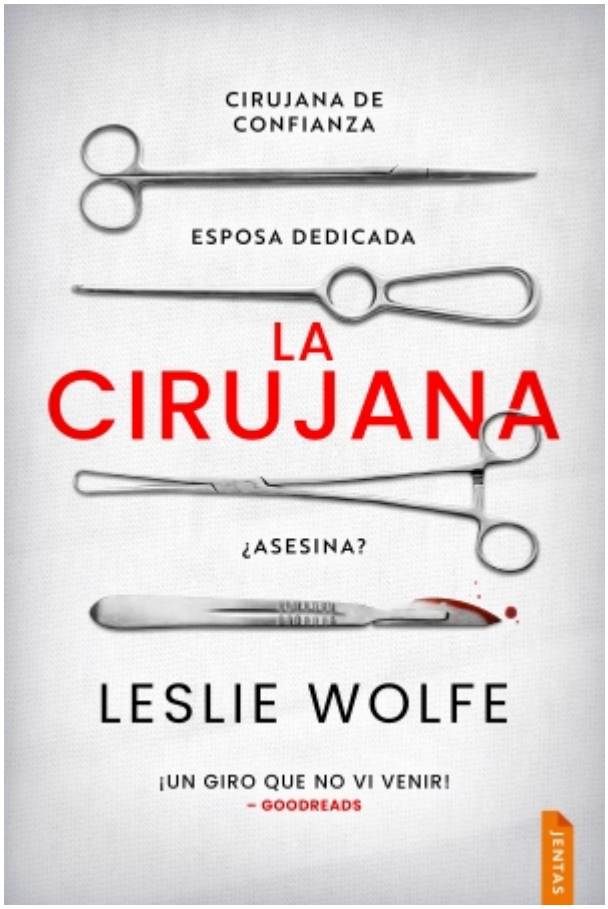
«**Otro misterio fascinante de la reina del crimen moderno inglés**».
*The Book Review Crew* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**¡Una lectura fantástica! Absorbente, llena de giros y completamente adictiva**… Me enganchó y disfruté cada palabra. ¿Qué más puedo decir? **¡Simplemente fabulosa!**».
*Stardust Book Reviews* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡Me ha encantado este libro! **Un thriller brillantemente adictivo**… Posiblemente **el mejor que he leído este año**. Muy muy recomendable».
*Donna's Book Blog* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Rápido, absorbente y retorcido**».
*It's All About Books* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)




# La cirujana

Wolfe, Leslie

9788742812631

320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina?**

Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa, donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura.
Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados.

**Nunca he perdido a un paciente hasta hoy.**

Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho.

**Nunca he odiado a un paciente hasta hoy.**

Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido?

**¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad?**

Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final.

---

***Opiniones sobre "La cirujana":***

«**¡¡¡Guau!!!... ¡¡¡Un thriller psicológico que no podrás dejar**!!!... ¡¡**Te sorprenderá una y otra vez**!!... Absolutamente adictivo». – *Ratón de biblioteca86* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Me estaba aferrando a cada palabra**... **Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y algunos giros inesperados**... ¡Definitivamente no te pierdas este libro!». – *Reseña en NetGalley* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡¡¡**Nunca he leído un thriller tan fantástico en mi vida**!!! Estaba constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro... ¡**Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas**!». – *Reseña en Goodreads* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Un thriller fascinante y de ritmo rápido... Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje salvaje y retorcido... Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más... ¡**Suspense increíble, absolutamente adictivo**!». – *@rubie_reads*
⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡**Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado**... Me enganchó de principio a fin. Devoré "La cirujana" en menos de 2 días... ¡Absolutamente perfecto!». – Reseña en NetGalley «**No podía dejar de leer**... ¡Alucinante!». – *Reseña en Goodreads*
⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)




# Verano en Primrose Tower

Robertson, Annie

9788742813980

350

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

**Con los nuevos comienzos, el amor tiene una segunda oportunidad para florecer…**

Cuando la florista Jennie Treloar consigue el trabajo de sus sueños, decide romper con su prometido para perseguir su felicidad. Pero, después de que una clienta adinerada provoque su despido, Jennie decide arriesgarse y montar su propio negocio.

Al mudarse al edificio Primrose Tower con su nueva amiga Kat, Jennie conoce a un grupo de mujeres fuertes, a las que pedirá ayuda cuando la boda que le han encargado pasa de ser algo íntimo y familiar a ser un evento con cientos de invitados. Pero mantenerse enfocada en el trabajo no será fácil porque James, un médico encantador, no deja de distraerla.

Con nuevos problemas surgiendo a cada paso, además de que su ex todavía se está entrometiendo en su vida, ¿será capaz Jennie de resolver todas las complicaciones y dar un paso decisivo en su carrera?

Y, este verano en Primrose Tower, ¿florecerá también el amor entre Jennie y James?

---

«Se lleva **cinco estrellas** bien grandes y brillantes de mi parte. **Si buscas comunidad, amistad y amor, esta es la lectura perfecta**».
*Sue Moorcroft* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Inspiradora, romántica y divertida**, ¡te sacará más de una sonrisa!».
*Holly Martin* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Una historia tan **encantadora** como un ramo de flores. **Un elenco de personajes entrañable** y una buena dosis de **amistad, amor** y desafíos en el camino. **Un auténtico bálsamo para la vida real**».
*Kate Frost* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Una lectura preciosa, a ratos conmovedora, que **te deja una sensación cálida y una sonrisa hasta el final**… Acompáñala con una bebida fría y disfrútala en el jardín, porque **esta comedia romántica es perfecta para el verano**».
*Lizzie's Little Book Nook* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Esta historia es inspiradora y la lectura ideal para el verano**. La devoré en una sola sentada porque es **simplemente maravillosa**».
*Reseña en Amazon* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)